

EL FERRO-CARRIL.
BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

NOVELA ESCRITA

POR

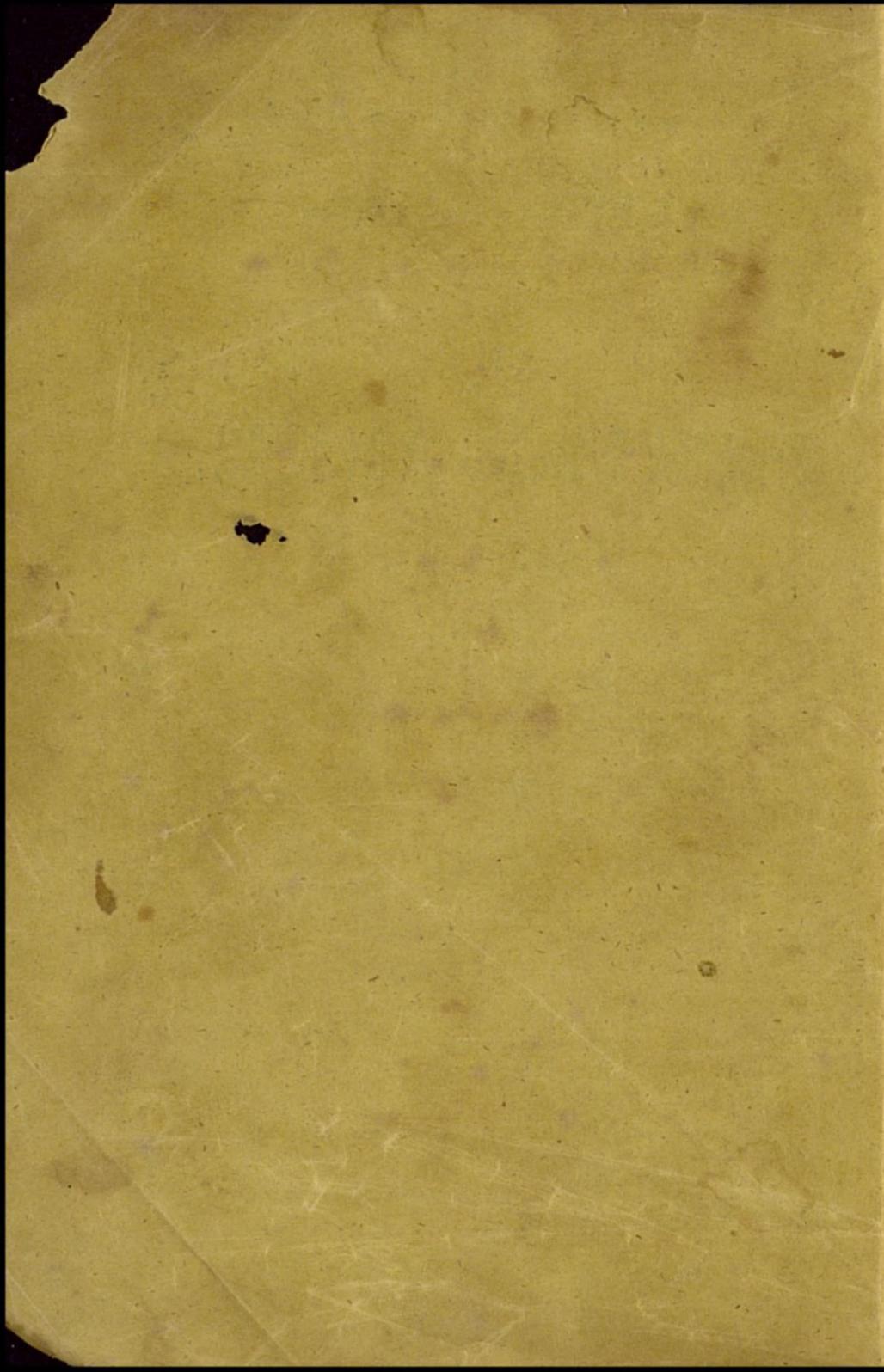
FEDERICO SOULIE.

TOMO I.

CADIZ.—1867.

IMPRESA GADITANA,

calle de Santa Inés, núm. 14.



LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

103

DE LAS DISCOJODOS.

EL FERRO-CARRIL.
BIBLIOTECA ECONÓMICA POPULAR.

LOS
DRAMAS DESCONOCIDOS.

NOVELA ESCRITA
POR
FEDERICO SOULIE.



CADIZ.—1867.

IMPRESA GADITANA,
calle de Santa Inés, núm. 14.

EL FERRO-CARRIL

BIBLIOTECA ECONOMICA POPULAR

202

DRAMAS DESECOGIDOS

NOVELA ESCRITA

POR

FERRICO ZOFFI



CADIZ - 1867

LIBRERIA GARCIA

Calle de Santa Ana, núm. 11

CARTA DE REMISION

A

MR. TEODORO HANMAN EN RUSIA.

*Siendo este libro verdadero,
no necesita ser verosímil.*

PARIS 15 de Febrero de 1844.

Mi querido Hanman:

Sin duda se acuerda Vd. todavía de la noche que pasamos hace cuatro años en la tertulia de madama D... interrumpida por una escena que escandalizó en alto grado á toda la concurrencia, y no habrá olvidado la curiosidad que escitó en Vd. el hombre cuyos ásperos apóstrofes dieron lugar á aquella escena. Me preguntó Vd. su nombre, y habiéndole dicho que se llamaba Miguel Meilan, la celebridad del artista hizo que desease conocer mas particularmente la historia del hombre. Entonces dije á Vd. no lo que todos sabian de él, sino lo que

él contaba de sí mismo, y le prometí que si alguna vez conseguía penetrar mas en el misterio de una existencia, que muchos han observado con demasiada curiosidad para no haberla calumniado, le comunicaría lo que supiese de él.

Algunos días despues de la escena que acabo de recordar á Vd., hubiera podido satisfacer su deseo, pues lo que yo habia esperado llegar á saber por mí me lo confió el mismo Miguel Meilan. Con efecto, vino este á mi casa con un legajo de papeles, y me dijo:

—Amigo mio: la disputa que hubo hace unos quince días en casa de madama D... me ha valido una carta que quiero que Vd. guarde, con la respuesta que he dado y el manuscrito que va unido á ella. La mujer á quien lo dirijo todo, es una de aquellas á quienes la virtud deberia dar valor suficiente para hacer justicia; pero se hallaba dominada por una cohorte de clérigos y de *Magdalenas* reformadas que le prohibirán, bajo pena de condenarse, que deje ver la luz á una sóla de las líneas que la escribo. Probablemente entregará todo esto al fuego la señora á quien lo confio, y sin embargo, sin saber por qué me parece que llegará un día en que yo desee que esta justificacion que hoy he escrito solo para ella venga á conocimiento de todos.

—¿Pues no está en manos de Vd., le pregunté, publicarla cuando crea que le conviene?

—Ese día, me respondió en tono abatido, no

existiré ya en este mundo.

—¡Usted! exclamé mirándole con inquietud, porque Miguel Meilan no era de los fraseólogos vacíos, que con frecuencia representan escenas de dolor fingido.

Comprendió él mi mirada y me contestó sonriéndose:

—¡Oh! no imagine Vd. nada malo, amigo mio. No tengo ningun deseo de levantarme la tapa de los sesos, y me encuentro bueno; pero tengo una enfermedad que conozco que acabará conmigo; me fastidio.

Yo me eché á reír, y él continuó:

—Tambien yo he tenido en otro tiempo por ridiculo lo que se decia del esplin; pero desde que me veo dominado por esa estraña disposicion, he llegado á tomarla miedo. En ninguna época de mi vida he buscado la sociedad con tanto ahinco como ahora, nunca he aplicado tanto el poderoso remedio que llaman distraccion. No aborrezco la vida, siento llena la cabeza, y conozco que aun existen en ella la mayor y mejor parte de las ideas que Dios me ha dado; pero tengo el corazon muerto, ó por mejor decir, pues no sé como esplicarlo, me parece que tengo el pecho vacío; nada late en él, nada se mueve, nada se agita, y Vd. sabe bien el por qué.

Quedóse Miguel silencioso, mas viendo que yo queria hablarle, meneó la cabeza y prosiguió:

¿Vendrá el tiempo á socorrerme? No lo sé; pero en fin, si debo partir de este mundo, y despues de mi muerte quieren atribuir á mi nombre una de esas despiadadas é irreflexivas censuras que empañan toda la existencia de un hombre, ruego á Vd. que defienda mi memoria. Este manuscrito que le entrego es la historia de mi vida.

Se detuvo de nuevo, pensativo, y lanzando un suspiro, repitió:

—Sí, es la historia de mi vida, aunque no hago en ella sino un papel bastante corto; pero en los sucesos de que se compone esa historia he aprendido lo que es la vida, y eso ha sido acaso lo que ha hecho que yo mire con tanto desden lo que constituye la felicidad de los demás, y lo que me ha hecho despreciar igualmente el bien y el mal, tales como la sociedad los entiende. Este manuscrito no me justificará á los ojos de nadie, pero me explicará á los de algunos amigos. ¡Se sonrie usted! ¡Supone que quiero darme importancia y pasar por un alma y un corazon que los demás no han sabido comprender! A la verdad somos un pueblo de tontos y monos; entre nosotros todo se imita, hasta el dolor, hasta la desesperacion, hasta el fastidio, y lo que hacen tales imitaciones es ponerse en ridículo. A Vd. le parece impertinente que yo esté triste con todo aquello que causa la alegría de los demás.

—No por cierto, le dije: no necesito saber cómo ha vivido Vd. para saber que puede haber sufrido

mucho.

—Lea Vd. este manuscrito; en él verá lo que me ha echado á perder el corazon. Saque usted una copia de él, y guárdela, pues le dejo el cuidado de decidir qué parte de él es la que puede dar á conocer cuando sea tiempo. Luego que esté hecha la copia, hágame el obsequio de enviar el original con la carta á mi madrina la condesa de L...

Despues de esta conversacion se separó Miguel de mí, y marchó, segun me dijo y a varios otros amigos, á Florencia; pero desde entonces ninguno de nosotros ha podido adquirir noticias suyas. ¿Habrá muerto por efecto del fastidio que habia llegado á quebrantar aquella alma tan ardiente y aquel carácter tan absoluto? ¿Se habrá retirado á alguno de esos asilos religiosos de que la Francia carece y que Italia ofrece todavia á los corazones fatigados y á los espíritus enfermos? No hemos podido saberlo, por mas que todos nos preguntamos unos á otros qué es de nuestro amigo. He referido á algunos de los que le querian como yo, la última conferencia que tuve con él: les he mostrado el depósito que me confió, y todos han opinado que debia publicar el manuscrito de Miguel.

Para unos esta publicacion es una respuesta á los absurdos rumores que han circulado con motivo de su desaparicion: para otros es un medio de hacer llegar nuestros recuerdos al solitario retiro en que le suponemos encerrado, y arrancarle acaso de

la desesperacion.

Los cien mil pliegos del periódico que tiene á bien encargarse de esta publicacion (1) vuelan desde Paris hasta los extremos del mundo, y alguno de ellos llegará á manos de Miguel; si no es el número de hoy será el de mañana, el de otro dia, cualquiera que sea le demostrará que hay un pensamiento que se fija en él, y acaso responderá á ese pensamiento. Esta es nuestra única esperanza.

Como quiera que sea, tengo tanta fé en la bondad del método que empleo para comunicarme con él, que le uso tambien con respecto á Vd., amigo mio, seguro de que mi carta llegará á sus manos en cualquiera parte que se encuentre, sea de Alemania ó de Rusia, países que recorre con su real violín en la mano.

Así, pues, artista mio vagabundo, si encuentra Vd. las primeras páginas de este libro en Berlin, no por eso se detenga, que las siguientes las hallará en Viena, las otras en Smolensko, en Moscou, en San Petersburgo, en Odesa, en una palabra, en todas partes encontrará Vd. mi pensamiento que le espera.

¿No le parece á Vd. que esta es una manera agradable y magnífica de escribir á sus amigos, escogiendo por mensajero ese periódico, que seguramente ha de llegar á su poder en cualquier parte en que se encuentre, aunque sea en aquel pais de don-

(1) *El Jurnal des Debats.*

de escribia Ovidio: «Aquí soy yo el bárbaro, puesto que los otros no me comprenden?»

Por lo demás, Vd. no tiene que temer esta desgracia de Ovidio, porque la lengua que Vd. habla tan superiormente es universal, y ya sea que espere en su violin los lamentos de Raveuswood, ó la desesperacion de Guido, en lo mas retirado del golfo de Finlandia ó en las orillas del Ponto Euxino, en todas partes encontrará oídos inteligentes, corazones simpáticos y manos dispuestas para aplaudir con entusiasmo y darle la bienvenida.

Si entre sus hermosos triunfos puede usted disponer de una hora para leer lo que le envío, y pensar en los que le quieren y le esperan habré conseguido cuanto deseo. Adios. pues, y el cielo le conserve en su gracia.

Su afectísimo amigo

FEDERICO SOULIE.

P. D. Acaso al leer esta narracion, juzgará Vd. que mas bien que la historia de Meilan es la de las personas en cuya compañía empezó su vida; pero si es cierto que esos sucesos estraños, que esas tristes revelaciones han hecho que él sea lo que ha sido, convendrá Vd. en que la verdadera historia de un hombre es aquella en que se estudia la educacion de su corazon, y por consiguiente el principio en virtud del cual ha vivido.

CAPITULO PRIMERO.

CORRESPONDENCIA DE 1840.

Carta de la condesa de L.... á Miguel Meilan.

PARIS 15 de Febrero de 1840.

«Mi querido amigo: ha llegado Vd. ya á una edad mas razonable pues á pesar de su talle delgado, barba negra, cabello cuidadosamente rizado, guantes de *Bowin*, botas charoladas y puños vueltos; á pesar de su aspecto determinado y de sus pretensiones de saltar muros y fosos en una carrera á caballo, tiene ya sus 40 años cumplidos. Debo saberlo mejor que nadie, puesto que soy su madrina, y si no me engaño fué en Febrero de 1800 cuando le tuve en la pila bautismal.

Usted sabe con cuanta seriedad acepté yo este título de madrina; su madre de usted habia muerto, y su padre estaba demasiado entregado á los placeres para pensar en Vd. de un modo conveniente:

y por otra parte los hombres no comprenden las necesidades de la infancia, sus dolorcillos y sus caprichos turbulentos: no ven en los niños mas que una materia animada, bulliciosa, indócil, embarazosa é incapaz de comprenderlos, y en su consecuencia entregan de buena voluntad sus hijos á una direccion mercenaria que altera siempre la candidéz de sus primeras impresiones, cuando no llega á viciar su naturaleza.

Solo en el momento en que los niños llegan á la edad de los estudios que separan á los hombres de las mujeres, piensan los padres en sus hijos, y aun entonces mismo son muchísimos los que creen haber cumplido con su obligacion tomando de sus haberes algunos centenares de francos y enviando al niño á un colegio.

Usted puede recordar que yo temí que le alcanzase este abandono, hijo mio; y este título que le doy no es ridículo entre nosotros, porque tengo sesenta años, y á pesar de la edad de Vd. me parece tan jóven, y yo me cuento tan vieja, que creo siempre que hay entre nosotros la misma distancia que separaba á la séria madrina de veinte y cuatro años, del arrapiezo jugueton que la robaba el colorete para pintar soldados en su cometa.

Temí digo, aquèl abandono, y pedí á su padre de Vd. que me confiase su hijo, á lo cual accedió haciéndome pagar con un discurso lleno de sentencias morales el servicio que le hacia.

El día que llevó á Vd. á mi casa con su nodriza, iba él á cenar á casa de la señorita C... con la hermosa Cipriana, y á la mañana siguiente me lo trajeron atravesado con una estocada que le dió por entre dos bugías cierto emigrado á quien disgustó su sociedad porque al disputar gritaba sin estar ébrio.

Pero no quiero ofender á Vd., mi querido Miguel y al recordarle sus primeros años se podría imaginar que yo creia que los habia Vd. olvidado; Vd. es bueno, es generoso, y sus acciones lo demuestran á quien puede observarlas en el retiro en que vive encerrado; por consiguiente no puede Vd. ser ingrato. Sin embargo, hago como todos los que tienen que dar una leccion severa, tomo un sesgo, y empiezo por establecer el derecho que me asiste para dirigir á Vd. mis observaciones: llamo en mi auxilio todas las circunstancias que puede justificar la oportunidad de la leccion, y le acaricio para asegurarle á mi gusto, y poderle dar una buena reprimenda.

Usted ha cometido muchas locuras, y una entre otras bastante ruidosa, para obligarle á vivir lejos de Francia por espacio de algunos años.

Un marido muerto en un desafío, una mujer perdida, una familia desolada, son crímenes que la ley no castiga, pero que por lo mismo debe juzgar mas severamente la sociedad. A Vd. le pareció esta injusta, muy injusta hace diez años, cuando despues

de aquel fatal escándalo le trató con despego, y en vez de humillarse y bajar la cabeza, prefirió Vd. corresponder á ella con una especie de reto insolente.

Retirado á Florencia con esa mujer á quien debió dejar para que la sociedad la olvidase, hizo Vd. cuanto pudo para dar á esa desdichada amistad un esplendor insultante, y para coronar á su víctima con una triste celebridad. Todos los años enviaba Vd. desdeñosamente desde su retiro esos cuadros que han labrado su gloria y su fortuna, y en ninguno de ellos ha dejado de colocar ese rostro querido, de manera que domine á todos los otros, como una protesta permanente contra el anatema que habia recaído sobre Vds. dos. El público aplaudía y celebraba todas las pinturas, pero ni una sola puerta se abrió para recibir á la mujer culpada, ni Vd. encontró una voz de aprobacion que le sostuviese en su lucha.

Tres años hace que la muerte de esa muger rompió la cadena: y sus antiguos amigos de Vd., satisfechos de sus triunfos, y contentos de poderle tener de nuevo en su compañía, le llamaron con entusiasmo. Este le engañó á Vd. Miguel, y le hizo volver á su pais con la cabeza erguida como un vencedor; la falta ha sido de todos ellos: pero no recaerá sino en Vd.; la muerte ha hecho cesar el combate, pero no le ha dado la victoria; le perdonarán á Vd. lo pasado, pero juzgarán por lo mismo

con mas severidad lo futuro.

El mundo jamás abdica sus derechos con respecto á un hombre, por mas célebre y poderoso que sea. Considerará en Vd. el gran artista, el pintor atrevido y fecundo; le mirará con curiosidad: le aplaudirá con fuego, pero le negará constantemente la consideracion tranquila y pura que concede al honrado padre de familia los goces del hogar doméstico, el afecto fraternal de la vida casera, la santa intimidad en que el dolor encuentra una tierna compasion, y en que la felicidad se vé rodeada de rostros risueños; en fin, todas aquellas cosas que constituyen la verdadera vida del corazon. En las fiestas públicas tendrá Vd. un lugar preferente en que podrá envanecerse, pero nunca tendrá un puesto al lado de una chimenea en una casa virtuosa. Mientras Vd. triunfe con su arte, hallará una multitud que le rodee; pero se quedará solo el dia que tenga necesidad de llorar.

—Hijo mio, mi querido hijo, considere Vd. bien lo que hace. Examine con prudencia y con vista tranquila el camino que vá á emprender... porque me dá Vd. miedo y le escribo dominada todavia por la impresion que me causó la escena que pasó anoche en casa de madama D....

Mi querido Miguel: en otro que en Vd. las palabras que pronunció anoche no hubieran tenido consecuencia; pero en su boca han producido un efecto desagradable y se han vuelto contra Vd. y

contra la persona á quien intentaba defender. No comprendo á la verdad porqué en el momento en que M. Brunelle referia alegremente las mil aventuras escandalosas de madama Fazio se presentó Vd. con su rostro macilento, sus ojos negros y su triste fisonomía á decirle en tono amenazador:

—¿Le ha hecho á Vd. algun grave mal esa señora?

—No por cierto le respondió á Vd. él: al contrario, es muy amable, escelente mujer, y cuando la encuentro en cualquiera sociedad, se muestra sumamente fina conmigo.

—¿Y por eso la arrastra Vd. por el lodo con tanta jovialidad? replicó Vd.

El apóstrofe era duro, pero acaso no se hubiera reparado en él, ó se habria atribuido á uno de esos movimientos de mal humor que tan comunes son en Vd. Pero no se contentó con eso, sino que cuando M. Brunelle respondió que si hablaba de aquel modo de madama Fazio era porque nada tenia que perder, pues habia pertenecido á todo el que lo habia deseado, no es posible que Vd. se figure la furia con que le dijo:

—Pues seguramente deberá Vd. saber los nombres por lo menos de media docena de amantes de una mujer que los ha tenido por cientos.

Y como M. Brunelle no pudo nombrar á usted mas que uno ó dos, se constituyó defensor de aquella virtud desconocida, protestó contra la voz pú-

blica que censura justamente el vicio, y entabló una discusion que hubiera podido terminar de un modo muy sério si M. Brunelle no se hubiese retirado como hombre de mundo.

Pero ¿qué locura le dió á Vd. para sostener la estraña tésis que tomó á su cargo? ¿qué le importa á Vd. lo que pueden decir de Mad. Fazio? ¿O será cierto lo que digeron despues que Vd. se marchó y no haria otra cosa que defender á su nueva querida? ¡Oh Miguel hijo mio! ¿Adónde va Vd? Lo que una vez le perdonaron por consideracion al fuego de la edad, hoy se miraria como una falta imperdonable. ¡Si supiese Vd. con cuánto pesar hube de oir los juicios que hicieron de su conducta! Hablaron de vicio inveterado, de hombre en quien se han estinguido todos los principios de la buena moral... ¿qué se yo? Lo cierto es que yo me afligí en estremo.

Ruego á Vd. encarecidamente, que olvide todos esos resentimientos que le han estraviado, y vuelva al respeto de las leyes comunes de la honradéz. Huya de ese mundo perverso en que ha vivido demasiado, y abandone esas odiosas paradojas que nuestra literatura moderna ha sostenido por algun tiempo, y que quieren dar al vicio una aureola de interés que le hace amable á las imaginaciones corrompidas. Soy vieja y tengo derecho para aconsejarle; le amo á Vd. y aquel derecho se convierte en obligacion. Respóndame Vd., pues estoy segura de que

se justificará, y entonces me atreveré á defenderle mejor que lo hice anoche.

De Vd. afectísima de corazon, á pesar de todo,

LA CONDESA DE L....

Carta de Miguel Meilan á la condesa de L...

Mi querida madrina: su carta de Vd. me ha sorprendido, pero me ha hecho mucho bien. La censura que contiene me ha entristecido, pero casi la he olvidado al ver que hay todavia alguien que me ama en el mundo. Sin embargo, ha hecho Vd. con mi corazon, recordándome lo que ya no existe, lo mismo que un amigo hizo ayer con mi mano; me la apretaba con fuerza en señal de amistad, sin notar que me la rompía con un anillo que llevo en el dedo. Como quiera que sea no se ha engañado Vd.; me pide una justificacion y se la envio. Por lo que hace á Mad. Fazio personalmente, mi respuesta es muy sencilla, ni la conozco, ni la he visto jamás. En cuanto al sentimiento que me dictó mi salida contra M. Brunelle, solamente mi historia podria explicar á Vd. esa contradiccion estraña de mi corazon. Con efecto, estimando como estimo muy poco á las mujeres, no sé por qué estoy siempre dispuesto á desmentir á quien las acusa.

Lo que hice respecto á Mad. Fazio, le hubiera hecho con cualquiera otra de quien hubiesen habla-

do mal. No, señora, no fué una pasión la que me hizo incomodar contra M. Brunelle, sino que al ver aquel hombre con su cara pálida y amarillenta, sus ojos parduscos, su cabello flojo y su voz gangosa, recordé involuntariamente un malvado que me ha hecho mucho mas mal que el que Vd. puede imaginar.

M. Brunelle escitó en mí un recuerdo terrible y fatal; hizo vibrar en mi alma un dolor que se oculta en ella hace veinte años; me colocó bajo el influjo del funesto pensamiento que me ha impelido acaso á cometer las locuras que Vd. me echa en cara, bajo el influjo del pensamiento que me hizo empeñar una lucha que esperaba fuese mas larga, pero que la muerte terminó sin que me hubiese cansado; del pensamiento en fin, que ha producido en mí este humor melancólico que me devora y esa afición al retiro en que he abrigado los pocos afectos que he encontrado en este mundo, agitó en mí un remordimiento que veinte años de arrepentimiento no han podido borrar.

En fin, señora, al defender á esa Mad. Fazio, á quien no conozco, acaso no hice otra cosa que cumplir un juramento pronunciado sobre un sepulcro cerrado hace mucho tiempo porque mi vida está llena de tristeza, y cuando vuelvo la vista á lo pasado encuentro muy pocos recuerdos que no estén marcados por una tumba.

Si hice mal, fué en responder á un hombre como

M. Brunelle, que se retiró porque es un cobarde, no porque sea hombre de mundo, como Vd. dice.

Comprendo muy bien la maledicencia contra una mujer en boca de otra mujer, porque la envidia puede servirla de excusa; pero el hombre que habla mal con exceso de una mujer cualquiera que sea, de una mujer que tiene marido, familia, hijos, es abominable á mis ojos. Por lo demás, respondiendo á una frase de la carta de Vd., diré que si el vicio no tuviese, mas bien que los que le refieren, sus oyentes apasionados, seria menos temible, porque moriría en la oscuridad.

La literatura dice Vd. que ha querido darle encantos engañosos; posible es que así sea; pero seguramente no ha hecho que las gentes se complazcan en oír esas cosas y las acojan con ardor. Apelo á Vd. misma; ¿no es cierto que no hay conversacion que se escuche con mas avidéz que la que gira sobre cualquier escándalo? Es verdad tambien que las mismas personas que lo escuchan, lo censuran; que los lábios de las devotas se fruncen desdeñosamente, que cada cual para justificarse lanza una santa palabra de desprecio sobre las mujeres que acaban de inmolarse á la malicia universal y á la necesidad de hablar del vicio y de los viciosos; en fin, es preciso confesar que todos están dispuestos á absolverse del placer que causa la maledicencia, escupiendo sobre la víctima. ¿Es en eso la sociedad mas moral que la literatura?

En cuanto a mi, señora, confieso que he vivido demasiado tiempo desterrado del mundo, como Vd. dice, para no encontrarme en él fuera de mi elemento. Yo no le comprendo absolutamente. Maltratado, insultado, rechazado, por ese mismo mundo, á causa de una mujer á quien faltó una posición, pero no una virtud, un sacrificio, un deseo de ser útil, creí al volver á entrar en ese mundo tan severo é insolente que iba á penetrar en un santuario immaculado, blanco, puro, casto y poblado únicamente por sentimientos virtuosos. Pero señora, ¿qué es lo que he visto? A la verdad, ese mundo está maravillosamente barnizado por la hipocresía y la mentira; pero cuando he querido penetrar algo mas allá de esa superficie brillante, cuando he raspado con la uña esa pintura de virtud, he encontrado al momento una corrupción mas profunda que en el mas desvergonzado desorden.

Perdoneme Vd. lo que voy á decir, señora; pero si alguna vez llego á encontrar á Mad. Fazio, la saludaré con mas respeto que saludaría á ninguna de las mujeres que tan indignamente la trataron ayer. Con efecto, respecto á ella la probabilidad está porque valga mas que lo que se dice, mientras que respecto á esas otras bien se puede asegurar que valen menos que lo que se cree. Además, si es cierto que un vicio es siempre vicio, no podré convenir jamás en que dos vicios juntos compongan una virtud; y sin embargo, ¡cuántas veces se admite en

los salones de la buena sociedad al libertinaje unido con la hipocresía! Acaso en química sea cierto que dos venenos combinados compongan una bebida saludable, y acaso la sociedad ejercite una química moral; podrá ser así; pero yo confieso que no lo entiendo.

Eso es lo que me irrita y lo que me hizo tomar la defensa de Mad. Fazio, y eso lo que ahora me hace decir una cosa que sorprenderá á Vd. mucho mas que todo cuanto he dicho, á saber, que deseo que Mad. Fazio sea lo que han dicho de ella, porque si no lo es, acaso llegue el dia en que alguno la repita lo que de ella dicen, y tal vez le suceda lo que sucedió á la muger, cuya historia quiero referir á Vd. Si mi narracion me justifica á sus ojos, habré conseguido el único objeto que me propongo; pues en cuanto á lo que puedan decir los demás acerca de mi quijotismo en favor de ciertas mujeres, no se me dá absolutamente nada. Una parte de mi vida ha pertenecido al mundo y puede desgarrarla á su gusto. Mañana vuelvo á Florencia y dentro de algunos dias me encontraré en aquel estudio, ahora solitario, á quien falta su musa. Aquel es el rincon señora, en que lloraré, si alguna vez lloro, y desde allí tambien hablaré al mundo con mi pincel en el lenguaje de las artes; ignoro el que se habla solo con los lábios, y se reiran del que saliese de mi corazon.

A Dios, señora y amiga mia; es de Vd. siempre

su afectísimo ahijado,

MIGUEL MEILAM.

P. D. Envío á Vd. este manuscrito tal como le escribí hace diez años, cuando me tomaba el trabajo de querer entender á los hombres; por eso encontrará Vd. en él algunos análisis que no haria ahora, pues he llegado á ser demasiado indiferente á todo lo que no es mi arte, para tratar de conocer la razon de las acciones humanas; las veo y las sufro sin explicarlas, porque ya nada me interesan. Sin embargo, hallará Vd. algunas reflexiones que he añadido, porque al volverle á leer ha habido momentos en que me ha parecido á mi mismo muy necio o muy impertinente. Reconocerá Vd. estas notas por la fecha que llevan.

Es copia conforme con su original,

FEDERICO SOULIE.



II.

MANUSCRITO DE 1826.

(Vista general tomada desde mi ventana.)

En 1821 tenia yo veinte y un años, y despues de haber estado seis meses en Burdeos con mi padre, recibió este el nombramiento de cónsul para una de las ciudades de Levante, y me trajo á París, donde me dejó para que siguiese la carrera de leyes. Por una singular precaucion alquiló para mí una habitacion pequeña en la calle de Provence número 3, casi á una legua de la escuela de leyes. La razon que para esto tuvo fué que lo que mas temia con respecto á mí era que pasase la vida en los cafés y los bailes, como suelen hacer los habitantes del barrio Latino, y preferia que perdiese un curso por llegar tarde, á que pasase un dia en el villar, persuadido de que con un poco de talen-

to se aprende en dos meses lo que la universidad enseña en tres años de pago y holgazanería.

Por otra parte, me dejaba mi padre en un barrio en que vivían algunos de sus amigos, en cuya casa me habia presentado, y me encontraba bajo la inspeccion inmediata de M. Bonsenne, que vivia en el número 2 de la misma calle. M. Bonsenne era el corresponsal a quien mi padre habia encargado el cuidado de pagar mi posada y de revisar mis certificados de exámen; además era uno de los amigos antiguos de la familia, y creyó mi padre que su severidad seria el mejor medio de evitar los estrávíos á que yo probahlemente me inclinaria. Sin embargo, Mr. Bonsenne habia hecho un triste ensayo de severidad con su propio hijo, como se verá en el curso de esta historia.

Pero estas razones de mi permanencia en París y de la eleccion de mi vivienda, importan muy poco para lo esencial de esta narracion mientras que seria difícil comprender algunas circunstancias de ella, sino hiciese una descripcion exacta de la casa que habitaba.

El número 3 de la calle Provence forma un rectángulo, cuyo lado menor es paralelo á la calle. La fachada ó parte exterior se compone de un edificio doble que tiene cuatro pisos, y en el cual se entra por una puerta cochera, hallándose la escalera por donde se sube á los pisos superiores á mano derecha, al extremo del portal y casi á la salida al patio.

En este patio, tambien á la derecha, pero algo retirado, se halla otro edificio menor que ocupaba todo lo largo de aquel lado, y tiene cuatro pisos como el principal: la escalera por donde se sube á estos se halla colocada en medio; de suerte que cada piso se divide en dos habitaciones bastante mezquinas. Sin embargo, las que se hallan á la parte del edificio principal tienen una gran ventaja, y es la de tener dos salidas, una á la escalera grande y otra á la pequeña de que acabamos de hablar.

El fondo del patio que da frente á la calle le forma otro edificio de dos pisos de altura solamente y con su escalera particular; y el lado izquierdo le ocupa en parte otra construccion unida al edificio principal en que están las cocinas de las habitaciones grandes, y tiene la singularidad de que á pesar de estar contiguo al edificio grande, no se comunica con las habitaciones de este, sino por unos corredores esternos que ocupan el rincon del patio y van de cada comedor á su cocina. Estos corredores están, como debe suponerse, unos encima de otros, pero no los han podido cerrar porque caen delante de las ventanas de los comedores.

El resto del patio en este lado izquierdo está cerrado por una pared de medianería, de ocho ó diez pies de alto, que le separa de otro patio inmenso, á cuyo rededor se agrupan los muchos edificios del número 33 del *fanbourg Montmartre*, á cuyo extremo se vé una fia de casas que va á dar al

Boulevard.

Ya ocupaba la habitacion del edificio de la derecha, á la parte interior del patio, y si se ha comprendido bien la descripcion que acabo de hacer, se verá que estaba enfrente de la pared de medianeria, presentándose delante de mí todo el patio inmediato; tenia á la derecha las dos habitaciones del fondo del patio; á la izquierda, pero mas lejos, las ventanas de los comedores de las habitaciones principales, y enfrente tambien, aunque algo á la izquierda, las de las cocinas, quedando entre unas y otras los corredores.

Mis miradas se introducian tambien bastante en el portal, y cuando queria bajarme un poco, nadie podia entrar en la casa sin sujetarse á mi inspeccion. Tenia, pues, una escelente posicion para observar á mis vecinos, aunque no tan buena como la del fondo del patio, que dominaba á mi habitacion, y á todas las demás.

El 5 de agosto de 1821 tomé posesion de mi nuevo domicilio de la manera siguiente:

Mi padre, que llegó conmigo á Paris á las diez de la noche, mandó colocar mis baules y equipages en mi habitacion, y acto continuo nos condujo su silla de posta al ministerio de Negocios estrangeros, á cuya puerta esperé yo en el carruaje cerca de dos horas que duró la audiencia que le dió el ministro. Cuando salió del ministerio me pareció que estaba irritado y pensativo á un mismo tiempo, y temiendo

que no le hubiesen recibido como correspondia á sus méritos y servicios, le pregunté si era así.

—No por cierto, me contestó; sino que esta noche tiene reunion el ministro, y mientras él estaba en su gabinete, y yo en la sala con los demas, ha ocurrido una cosa, que sin tocarme en nada personalmente, me ha puesto de muy mal humor.

—¿Y qué ha sido?

—Nada acaso... y acaso mucho.

Yo tenia gran deseo de saber lo que era; pero no me atrevia á preguntar mas á mi padre. Al fin se decidió este á hablar y me dijo:

—Escúchame: es una necedad, pero es una de tantas historias del mundo. Estaba en la sala del ministro cierta duquesa de... (el nombre no hace al caso) que te aseguro que es la mujer mas abominable de que yo tengo noticia; pero que ha sabido cubrir sus maldades con la audacia, la hipocresía, y un desprecio afectado de todos los demás. Entró la condesa de... (tampoco necesito nombrarla) y despues de saludar á la mujer del ministro pasó por delante de la duquesa: figúrate tú cuanto se escandalizaria esta. Llevó inmediatamente á la nariz un pomito de esencia, y habiéndola preguntado qué tenia, respondió en voz bastanta alta para que lo pudiesen oír diez personas: «Esa mujer huele á niño muerto.»

—Me parece bastante puerco, dige á mi padre,

—Y abominable sobre todo, me contestó, des-

pues de las voces que han corrido; y mas que abominable en la boca de quien lo ha dicho; porque.... Pero es inútil que ocupe tu imaginacion con tales cosas.

No quise instar mas á mi padre; la aventura y sus palabras me parecieron cosas bastante indiferentes, y no tardé en olvidarlas escuchando los consejos que me dió sobre la conducta que debia observar.

A las doce de la noche me dejaba en mi nueva casa y se despedia de mí, y á la una me encontraba yo acostado en la calle de Provence, número 3, sin tener la mas mínima idea, ni del total de la casa, ni de la habitacion que ocupaba.

El dia siguiente cuando me desperté, pasé revista á mi cuarto, y luego que me cercioré de que mi padre no habia olvidado nada, ni el caballete y la caja de colores, que yo preferia á los libros de derecho, ni aun el mal piano en que me divertia en tocar alguna piececillas, abrí la vidriera para examinar las inmediaciones.

Lo primero que se presentó á mi vista fué una multitud de cabezas que me hicieron creer que esperaban mi venida; pero cuando bajé los ojos hácia el suelo, ví la verdadera causa de aquella alluencia de curiosidades, pues habia en el patio tres caballos, uno de ellos con silla de señora.

Sin embargo, mi venida era una novedad y todos me miraban. Una cara nueva tiene siempre un atrac-

tivo irresistible, á lo menos por un minuto: no hay mujer que no separe los ojos del amante á quien adora para mirar la cara del que llega, y si el rostro es lindo, si hay en algo que revele que el individuo se halla dotado de algun talento y de pasiones vivas, la mirada se prolonga por lo regular el tiempo necesario para que el amante llegue á incomodarse.

«(NOTA DE 1840). Me complazco en creer «que no pensaba en mi mismo cuando escribí esto. «Sin embargo, recuerdo que habiendo tenido el atrevimiento de decir á una mujer que yo valia mas «que su amante, que era muy feo, me trató de necio y «presumido, lo cual no me hubiera sucedido indudablemente, si hubiese dicho que era mejor que su «marido que era un buen mozo.»

Iba yo tambien á examinar á los que tanto me examinaban, cuando ví salir de mi misma escalera un joven con bigotes retorcidos (y en aquella época solo los llevaban los militares) al cual seguia una mujer de veinte años escasos que dirigió sus ojos hácia el corredor del primer piso, y siguiendo probablemente las miradas de la persona que se hallaba en él, se volvió de repente á mirarme á mi, dió con el codo á su compañero, y me señaló con el puño de su fusta; el jóven me miró ligeramente, se sonrió al mismo tiempo que la amazona, ambos montaron á caballo y salieron del patio, despues de haber hecho caracolear un momento á sus caballos, como en agradecimiento de la curiosidad que habian es-

citado.

Aquel día no vi nada mas, no porque se hubiesen retirado simultáneamente todos mis vecinos y vecinas, sino porque me fui á lo mas retirado de mi cuarto, deslumbrado y casi sin sentido, pues jamás habia imaginado una criatura mas hermosa que la que acababa de presentarse á mi vista. Su aspecto solo me habia fascinado, y habia conseguido con la primera mirada la victoria mas completa.

Presumiendo, como jóven, de conocedor de mujeres, habia yo dicho muchas veces con la mayor impertinencia posible, que no comprendia que nadie pudiera amar á una mujer, si no tenia la tez trigueña de las andaluzas, el cabello de un negro brillante como el razo, y los ojos oscuros con aquello reflejos que pasan como relámpagos por entre las largas pestañas de las morenas provenzales; y precisamente la mujer que me habia encantado era rubia.

Su frente habia brillado, por decirlo asi, á mis ojos con la blancura del marfil; al dirigir su mirada hácia mi, me pareció ver dos joyas preciosísimas en que lucian unos pálidos záfiro engastados en un fondo de diamantes: y cuando despues se sonrió parecia que una doble fila de perlas se habia desarrollado graciosamente entre sus labios de rosa. El efecto de aquella primera mirada habia sido deslumbrador, y aquella misma noche se lo referia á un compañero que me respondió friamente: «Pues es una señora á propósito para guardarla en un estuche.» Me pare-

y tenia cuarenta años. Las gruesas capas de mante-
ca que rodeaban su cuerpo no habian hecho desapa-
recer completamente las formas de una mano muy lin-
da, ni la elegancia de un hermoso pié, y sobre el
sonrosado de sus mejillas brillaban dos ojos en que se
notaba sagacidad y travesura.

Por entre las ventanas, que solian estar abiertas,
habia yo notado que el caballero del primer piso su-
bia todas las mañanas á tomar el café á casa de aque-
lla señora. Salia inmediatamente despues de haber-
se desayunado, volvia á comer con ella, pero nunca
estaba alli por la noche: venia á su casa á las doce, y
no pocas veces le veia yo desnudarse con mucha de-
cencia, porque á no ser que la noche estuviese fria,
casi siempre dormia con las ventanas abiertas. Era
un segundon que habia servido en la India como ca-
pitan hasta la revolucion de 89; parece que habia
emigrado en 92, y como la restauracion le contó por
tiempo de servicio hecho á la patria los veinte y dos
años de ociosidad que habia pasado jugando al cha-
quete con un gran señor aleman, habia llegado al
grado de mariscal de campo, y disfrutaba de la pen-
sion de retiro correspondiente á aquel grado. Su nom-
bre era de los mas ilustres de Francia, pues se lla-
maba el conde Corton de Favreuse; tenia sesenta y
ocho años, y no le quedaba de la hermosa figura que
en otro tiempo habia pavoneado en Versailles, mas
que unos dientes blancos como los de un niño, y de
las costumbres de lujo que le habia hecho célebre,

no conservaba sino la de gastar dos cubos de agua cada mañana para su aseo. Este era el único gasto escesivo que se permitía, y probablemente por eso madama Smith, á cuya fortuna habia asociado la suya, era muy económica en aquel artículo del presupuesto comun.

Ademas de estos dos personajes habia observado otros dos habitantes de la casa que me desagradaban en extremo; uno ocupaba el tercer piso del edificio que daba á la calle, y otro el segundo.

Era uno un caballero de cara regular, buen cuerpo, piés y manos muy lindas, ojos azules hermosos, cabello negro, nariz griega, boca pequeña, y dientes blancos y brillantes; mas todas estas ventajas desaparecian bajo unas enormes patillas negras, rizadas, dadas de aceite y cortadas con mas cuidado que los bojes del palacio episcopal de Castres, que son una maravilla en este género. Yo no sé en que consistia, pero de un extremo á otro del patio olia yo el aceite perfumado con que se empapaba aquel hombre, y no sé á que compararle sino á los Apolos con peluca que suelen verse detrás de las vidrieras de los peluqueros. Llamábase marqués de Chabron, y él solo ocupaba todas las cuadras y cocheras de la casa, pues tenia nada menos que tres carruajes y seis caballos. Tenia tambien en la cuadra un perro danés y un mastin, y en su habitacion un lebrél muy corpulento.

Era de Perpiñan por lo que pude inferir de su acento. En París llaman gascones á los naturales del

Rosellon; pero es un grande error: el rosellonés supera tanto á la franca exageracion del gascon, como los Pirineos á las humildes colinas de la Gascuña. El buen marqués tenia la mania de las confiancias, pero de otra manera que madama Smith. Cuatro veces al dia se presentaba en su corredor (ya van Vds. viendo cuán importantes eran estos corredores) y desde allí á voz en grito daba sus órdenes á los criados que estaban en el patio ó en las cuadras; de esta manera toda la casa tenia noticia de los proyectos del señor, porque siempre cuidaba de decir: «El tilbury y un jokey... voy al bosque de Bolonia.— El birlocho... voy á comer á casa del duque de... —La berlina... tengo que llevar á la ópera á madama de...

Ademas de este sistema de mando publicamente confidencial, que era insoportable para mi, llevaba aquel hombre pantalones de casimir encarnado con pié que me lastimaban los ojos, y una bata de seda verde manzana que me hacia rechinar los dientes. Por otra parte, tenia á mis ojos un defecto mucho mas terrible todavia, y era que cada vez que salia al corredor, hacia un saludo con cruel familiaridad á mi hermosa rubia, sin que yo pudiese ver cómo recibia ella aquella señal de intimidad ni como le contestaba. En fin por cualquiera razon que fuese, yo aborrecia al tal hombre, y ocurrió una circunstancia que me le hizo aborrecer mucho mas, y me dió á conocer el segundo habitante de la casa á quien debia detestar.

Un dia que el señor marqués me miraba con bastan-

de altanería y yo le correspondía con toda la insolencia que me era posible, sacó el cuerpo fuera del corredor para mirar al del piso segundo, como si siguiese mis miradas, é imitando yo al marqués ví á una mujer apoyada en la barandilla y con los ojos fijos en mí. Me disgustó que aquel caballero imaginase que yo la estaba mirando, cuando era á él á quien por decirlo así, desafiaba con los ojos é iba á decir, algo, cuando asomó á las ventanas inmediatas á las mias una cabeza rubia, una frente de marfil, unos ojos de záfiro, unos dientes... en fin, Fanny. Me miró, miró á la señora, y dirigió una sonrisa al marqués mientras este contaba por los dedos hasta no sé cuantos, é indicándome con una mirada parece que me añadía á la numerosa lista que habia recorrido. Uno y otro se rieron, y ambos desaparecieron retirándose cada uno á su habitación.

Esta escena de miradas me esplicó el movimiento del primer dia, pues me dió á conocer que mi amada y hermosa Fanny imaginaba que yo hacia señas á la señora del corredor, y tomé aversion á esta, á pesar de que era rubia tambien y en toda la fuerza de la juventud y de la robustéz. Examinándola mejor, vi que ella no me miraba á mí, pues tenia los ojos fijos en el suelo, y sin duda alguna no veia otra cosa que la imágen de los pensamientos en que estaba absorta; á lo menos así lo indicaba lo fruncido de sus grandes cejas negras. De repente dejó la posición en que estaba, dió una palmada con las manos, abrió con

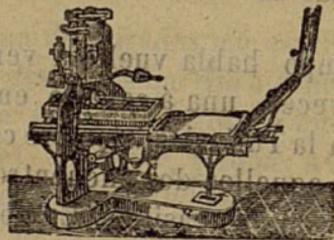
violencia la puerta de su cocina, y dijo en voz tan fuerte que llegó hasta mi oído: «Diga Vd. á mi marido que voy á comer á casa de mi madre.»

Pocos minutos despues, cuando yo salia á la calle, la encontré en el portal, y aunque no miré si era hermosa ó fea, me llamó la atencion el lujo con que iba vestida, y ví que subió en un coche de alquiler cuyas persianas bajó. Todo en ella me desagradó mucho, y como tenia la costumbre de venir á sentarse al balcon, junto á la puerta de su comedor, para leer y bordar, é incomodaba mucho á la guerra de ojos que yo hacia á mi hermosa rubia, llegué á tenerla un ódio decidido.

Esta posicion de observador que no vé nada de lo que deseaba ver, hubiera podido durar mucho tiempo si una casualidad no hubiese venido en mi auxilio despues de mas de dos meses de una vigilancia inútil.

En este tiempo habia vuelto á ver á mi hermosa rubia dos veces, una á caballo en los campos Elíseos y otra en la Tullerias, siempre con el militar, de los bigotes, y aquellos dos encuentros me habian acabado de sacar de mis casillas. Estaba pues, decidido á una declaracion ó á un suicidio, cuando un dia vi entraren mi casa y atravesar el patio á mi compañero de colegio Mateo Morinlaid. Levantó la vista, me conoció, me saludó, y empezó á subir la escalera, de suerte que ya no dudaba de su visita; pero en el momento que iba á abrirle la puerta, ví que llamaba

en casa de mi hermosa vecina, en la habitacion de la
 rubia Fanny, con lo cual se me oprimió el corazon y
 estuve á punto de desmallarme.



III.

PRIMERA PALABRA DE UNA DESGRACIA.

No fué ciertamente la presencia de mi amigo Morinlaid, á quien no veía hacia siete ú ocho años, la que me causó la emoción que sentí, pues si le hubiese encontrado en la calle, me hubiera costado trabajo el atravesarla para ir á hablarle. Mateo Morinlaid tenía cinco años mas que yo, había salido del colegio cuándo yo estaba todovía en *tercera*, y sin embargo, á pesar de toda su retórica, le había yo castigado á puñetazos mas de una vez, por su mania de espiar y delatar. Los profesores le despreciaban aun mas como discípulo que sus compañeros como amigo; y en una palabra, Morinlaid era lo que sellama en los colegios espía y soplón.

A pesar de lo jóven que yo era, había tenido

ocasion de conocer cuánto se modifican despues estos primeros juicios de la niñez, y á decir la verdad, así como no habiera tenido ninguna impaciencia por ver á Mateo en cualquiera otra circunstancia, no hubiese tampoco conservado ninguna prevencion contra él. Un segundo antes era para mí el hombre mas indiferente, pero en aquel momento se habia convertido en el hombre mas importante del universo, habia llamado en casa de Mad. de Saint-Marc, iba á visitarla sin duda, luego la conocia.

Para que quien lea este escrito pudiese comprender bien lo que esperimenté en aquel momento, seria preciso darles á conocer lo que soy y lo que he sido. Pintarse así mismo, apreciarse con justicia, darse á conocer á los demás, parece una cosa imposible, porque yo no he visto nunca que los demás ratifiquen el juicio que uno forma de sí mismo. En vista de tal dificultad y con el sincero deseo de emplear la mas completa buena fé en esta narracion, no creo que puedo hacer cosa mejor que trasladar aquí el juicio que formó de mí algunos años despues un hombre que me queria lo bastante para no adularme. Este juicio, resultado de lo que yo habia sido ya, debe tomarse aqui como una prevision de lo que habia de ser; de todos modos, no disputaré acerca de su exactitud, aunque no convengo en ella.

ob Cuando un hombre sumamente feo y que puede

verse en un espejo cree que le han desfigurado en un retrato en que le han hecho mucho favor (y esto sucede con frecuencia), ¿cómo ha de creerse que tendrá por fiel la pintura severa que otro ha hecho de su corazón? Es de advertir que en este último caso no hay espejo para comparar. Mas sea lo que quiera de esa eterna ceguera del hombre con respecto á sí mismo, el juicio de que he hablado es el siguiente:

«Es Vd. un loco, Miguel, y se cree un hombre grave é importante. En todas las cosas relativas al corazón introduce Vd. una pasión oscura que juzga que es severidad; y siendo sumamente indulgente con todo lo que censura la sociedad, impone á sus amigos, en lo que le toca personalmente, deberes mucho más rigurosos que los más rígidos moralistas impondrían á la amistad. Amante desconfiado, mas bien que celoso, persigue Vd. á la mujer á quien ama con los más vergonzosos espionajes, sin respetarla y sin atender á su propio decoro. Lleno de vanidad, no teme Vd. perder el amor de su amada porque encuentre un amante que valga más que Vd. sino porque no tiene fé en su cariño, y porque el corazón de Vd. está viciado por el desprecio con que mira á las mujeres. Indiferente á la mayor parte de los intereses de la sociedad, poco aficionado á los placeres del mundo y á las distracciones comunes de la vida, con pocas necesidades y pudiendo vivir por lo mismo con muy poco, será un hom-

bre muy complaciente en lo interior de su casa. Sufrirá Vd. sin quejarse los caprichos de una mujer, y parecerá que hace en su favor enormes sacrificios, porque dejará por ella costumbres que le incomodan: se dirá que es Vd. generoso porque la dará un dinero que le es inútil... y por eso exigirá Vd. de aquella mujer toda su vida, su honor, su consideracion, su reposo, como la justa recompensa de sacrificios que cuestan á Vd. mucho. Sin embargo, eso no será cierto, y hará Vd. con ella un contrato leonino, imponiéndola todas las obligaciones, y conservando para sí todas las apariencias del afecto y de la generosidad.

Si alguna vez contrariase esa misma mujer la marcha ambiciosa que Vd. se ha propuesto, seguramente no la sacrificaría, porque su propio orgullo le impediría renegar del culto que una vez habia elegido, aunque ya no creyese en él, pero seria indecible lo que tendria que sufrir de parte de Vd. Una mujer, cualquiera que sea, no ocupará jamás sino una porcion muy pequeña de su corazon de Vd., pues casi todo él le ocupa una ambicion tanto mayor cuanto mas la disfraza bajo la apariencia de un ligero desden respecto á si mismo, ó de una admiracion afectada con respecto á los demas; y cuando la mejor parte de las potencias de su espíritu y de su corazon se hallen subyugadas por la ambicion, exigirá de la mujer que le ame, no solamente lo que ya he dicho, sino todos sus pensamientos de todas horas,

penetrará Vd. con violencia en sus sueños, en sus esperanzas, en sus pesares, y supondrá que comete otros tantos crímenes si no vé que siempre ocupa el primer lugar.

«Y ese ardiente despotismo, no le imitará Vd. tan solo á lo presente, que es suyo, y al porvenir de que se cree dueño, sino que querrá estenderle tambien á lo pasado. Deseará poder matar en el corazon de la que ama el recuerdo de lo que fué, si es honroso, y si acaso no lo fuese, lo convertirá en un suplicio horrible para aquella á quien lo estará recordando siempre.»

«Sin embargo, le amarán á Vd., Miguel, porque llevado por la estraña locura de un corazon, nada le parecerá costoso para consolar el dolor que Vd. mismo haya causado, ni los trabajos mas increíbles, ni debilidades inauditas, ni serviles complacencias; y porque á todos los sacrificios que parezca que ha hecho añadirá otro que le costará horrosamente. Dando una grande importancia á lo que digan las gentes y temblando á la vista de su juicio, será Vd. capaz de insultarlos con la mayor audacia si hay quien se atreva á decir que los teme. En fin, Miguel, tiene Vd. una cualidad que le hará ser amado por grande que sea su tiranía, la de estar siempre y declaradamente del lado de la mujer á quien ame, de ser su defensor contra todos, de rodearla de su amor y sus cuidados, de sostenerla con su respeto y sobre todo de hacerla creer en el

amor de Vd. y en su propia felicidad, porque hay momentos en que una mujer se considera bastante feliz con saber que la envidian todas sus rivales.»

Tal es el juicio de que hablo y que me parece que se escribió en un momento de cólera. Dejo á los que me lean, y á quienes diré, sin disimular nada, mis pensamientos y acciones, que decidan si no deberian mas bien atribuirse á una sensibilidad inquieta esos ásperos movimientos tan duramente calificados. Acaso no sea cierto tampoco que yo desdeñase todos esos placeres, cuyo sacrificio ha parecido fácil porque se ha hecho con resolucion; y en cuanto á la falsa modestia que se me atribuye, me atrevo á asegurar...

Pero ¡ah! Estoy haciendo sin pensarlo aquello mismo que trataba de evitar; y no habiendo querido juzgarme estoy discutiendo el juicio que otro ha hecho de mí. Callo, pues; mis lectores pueden tenerle por buenó y continuo.

(Nota de 1840). «No: el hombre que hace diez años formó de mí este juicio no fué demasiado severo. Ahora que me veo solo en el mundo, ahora que el único afecto que anima mi vida ha huido de mí, conozco cuán cruel he sido muchas veces, y he aprendido apreciar lo que valen para la felicidad de una mujer aquellos hombres que sin tener un amor tan absoluto tienen un cariño mas constante, y que no sitiéndose con fuerzas para consagrar toda su existencia á sanar una herida que han hecho, se

de Saint-Marc, y al retirarla saludó ligeramente á alguién.

—¿A quién saludas? le pregunté:

—A M. Leopoldo Deslaurierés, que ocupa el pi-
nso segundo que da á la calle.

Yo que no tenia deseo ninguno de saber quien
era M. Deslaurierés, le pregunté:

—¿Y Mad. de Saint-Marc es prima hermana tu-
ya, ó es parienta lejana?

Morinlaid era bastante bestia y lo es todavía;
pero yo tenia la desgracia de estar enamorado, y
en aquella ocasion fui todavía mas bestia que él,

pues no supe hacerle esta pregunta sin que se alte-
rara mi voz. Mateo fijó en mí sus dos ojillos, y sen-
ti que á mi vez me salian los colores á la cara. To-
mó un aspecto casi sério y me dijo con gravedad:

—Mad. de Saint-Marc es prima mia bastante in-
mediata, viuda del conde de Saint-Marc, coronel
de granaderos de la guardia, muerto en la batalla
de Waterloo.

Abri un palmo de ojos y oidos al escucharle,
porque en 1821 aun los hombres de cuarenta años
creian en las viudas de coroneles muertos en Wa-
terloo; ¿qué habia de suceder á un estudiante de
veinte y uno! Sentí que mi amor se aumentaba con
todo el bonapartismo que tenia en el pecho, y mi
rostro debió espresar una especie de éxtasis alta-
mente amoroso y patriótico. En aquel momento se
me escapó una de aquellas preguntas que bastan

por sí solas para caracterizar á un hombre.

—¿Y sigue llorando á su marido? pregunté á Morinlaid.

Sin duda le parecí cada vez mas bestia, y sin embargo, aquella pregunta era ya un indicio de mi carácter celoso, pues juzgaba que si Mad. Saint-Marc lloraba todavia á su marido, no queria á ningun otro. Mateo, conteniendo con trabajo el deseo de reirse de mí en mis barbas, me respondió:

—Le llora todos los dias porque no tiene bienes de que vivir. Está en París de paso, porque ha venido á liquidar su viudedad, y por eso recibe algunas veces la visita del hijo del mariscal duque de Payá, que es su protector con el ministro de la Guerra.

Yo callé, pero el recuerdo del jóven de bigotes retorcidos vino á causarme un nuevo estremecimiento.

—¿La has reparado bien? me preguntó Morinlaid con indiferencia.

—No; contesté yo lanzando un suspiro y mordéndome los lábios, lo cual no pudo ver Mateo, porque en aquel momento se habia levantado y sacado otra vez la cabeza fuera de la ventana para mirar á las de Fanny. Esto me incomodó y me levanté tambien para ver qué era lo que miraba, pero en el momento que me asomaba oí una voz que atravesaba el patio y le decia:

—¡Eh! tú, Mateo; ya sabes que esta tarde nos

reunimos á la seis en casa de Grignon.

Morinlaid respondió con un movimiento de cabeza afirmativo á un caballero regordete, rubio, y muy rizado, que atravesaba el corredor del piso segundo con un jarro de agua en la mano. Levantó el jarro, hizo la accion de un hombre que se dá jabon para afeitarse, y exclamó:

—Iremos guapos y nos reiremos un poco.

Acabada aquella escena cómica se retiró cantando entre dientes, y conocí que vivia en la misma habitacion que la señora que tanto me desagradaba. No sabiendo entonces cómo renovar la conversacion acerca de Mad. de Saint-Marc, pregunté á Mateo, que se retiraba de la ventana:

—¿Es ese M. Leopoldo Deslaurieres?

—El mismo.

—¿Y qué es ese caballero?

—¡Cómo! ¿No conoces á M. Deslaurieres, gefe de seccion en el ministerio de la Guerra, rival de Armando Gouffé y de Desaugiers? Es uno de los corifeos de nuestra sociedad de cantó. No sale de entre los bastidores de *Vaudevilles* y de *Varietés*. No canta mal, pero con facilidad se le puede aventajar, porque tiene mal gusto y lo que canta es anticuado. Yo he adoptado el género de Beranger, la cancion politica... Deslaurieres se ha empañado en trabajar para el teatro, y no tiene ni una idea, mientras que á mí ya me han admitido tres piezas. Yo iria á verle con más frecuencia sino fuese por no...

Interrumpí esta serie de confidencias vanidosas de Morinlaid, preguntándole:

—¿Qué edad tendrá Mad. Saint-Marc?

Arrugó el entrecejo en el primer momento, pero al punto se repuso y respondió:

Veintitres años, todo lo mas.

Esta respuesta me arrancó del pecho otro suspiro. Morinlaid me miraba con ademan pensativo, y yo á él como miran los niños cuando desean una cosa que no se atreven á pedir. Le hubiera hecho do los brazos al cuello si me hubiese dicho: ¿Quiéres que te presente en su casa? Pero fuese por no entenderlo ó no quererlo entender, volvió á asomarse á la ventana, miró otra vez á las de madama Saint-Marc, y tomó el bástón y el sombrero diciéndome:

Perdona, Miguel, que te haya detenido tanto tiempo; acaso será ya hora de comer para tí y no quiero incomodarte mas.

Mientras me decía estas palabras volvió á sacar la cabeza, pero al momento se retiró diciendo incomodado:

—¡Siempre esa mujer!

En mi imaginacion no tenia cabida otra mujer que Mad. de Saint-Marc, y sus palabras me sorprendieron tanto que miré por la ventana y vi en su corredor á la mujer que me habia incomodado tanto el dia en que Mad. Saint-Marc y el marqués de Chabron habian estado haciéndose señas de inteligen-

cia. Morinlaid la saludó respetuosamente, y ella le correspondió con un gracioso saludo.

—¿Quién es esa señora? le pregunté.

—¿Quién ha de ser? Mad. Deslaurières.

—Yo deseaba con ansias encontrar en Morinlaid una pasión que no tuviese por objeto á Mad. Saint-Marc, y por lo mismo le dije:

—Es muy linda.

—¡Oh! me respondió haciendo un gesto de desden; aunque fuese cien veces mas hermosa me importaria á mí muy poco.

—¿Y por qué? dije yo, mas bien por responder á lo que él habia dicho que por averiguar nada.

—Porque no tengo gana de ir detrás de todo el universo, contestó.

Yo apenas entendí aquellas palabras, porque no pensaba mas que en Mad. de Saint-Marc, y Mateo añadió mientras se iba acercando á la puerta para marcharse:

—Si te agrada no tienes mas que decir una palabra... es mujer que te entenderá fácilmente.

Si me hubieran preguntado estas palabras un cuarto de hora despues, no me hubiera acordado de ellas, porque para mí no existia la persona á quien se referian, ni habia en el mundo mas mujer que Mad. Saint-Marc. Me puse á la ventana para ver salir á Morinlaid: pero oí sonar otra vez la campanilla de Fanny, y en el mismo instante retiraron con viveza una cortina de muselina que habian co-

locado fuera de la ventana de Mad. Saint-Marc. Morinlaid no salió, luego le habian recibido y la cortinilla era una señal para indicarle cuando podria entrar. En la actualidad, y aun solamente seis meses despues de aquella aventura, lo hubiera comprendido todo; pero entonces no pensé sino en la desesperacion de no poder tratar á Mad. de Saint-Marc. ¡ Estaba, pues, bien enamorado y estúpido! ¡ Ah! es que tenia veinte años.

IV.

Distracciones de una vecina que se fastidia.

La esperanza que habia fundado por un momento en mi encuentro con Morinlaid se desvaneció al cabo de pocos dias, pues no volví á verle, y aunque no hacia mas que salir y entrar para mirar de frente á las ventanas de Mad. Saint-Marc, no habia conseguido percibirla. El estado en que me encontraba no era tolerable, y si alguien se admira de la violencia de semejante pasion, le diré que yo mismo me admiro, y que no puedo esplicármela.

(Nota de 1840). «¿Dónde tendria yo la cabeza cuando escribí esta frase? ¿No habia experimentado todavía en 1829 la estravagancia de mi carácter para comprender que el irresistible atractivo de Mad. Seint-Marc consistia en que no podia llegar á ella?

¿No recordaba ya que despues de haber pasado horas enteras esperando para poderla ver, no me detenía á mirarla sino algunos minutos cuando la habia encontrado? ¿Ignoraba que jamás he vivido con la realidad sino con mis sueños é ilusiones, y que madama Saint-Marc ausente, y solo fija en mi imaginacion, tenia para mí el atractivo de lo desconocido, poder que constituye todas las grandes pasiones.?

Como quiera que sea, lo cierto es que yo la amaba con una especie de furor, y que solo pensaba dia y noche en inventar un medio de llegar á madama de Saint-Marc. Si se pregunta al mas terrible seductor del mundo cuál es el medio de llegar á una mujer, dificilmente indicará mas que uno de dos, ó escribirla ó hacer que le presenten á uno en su casa; este último medio me estaba prohibido, luego hube de resignarme al primero. La única diferencia que hay entre un gran seductor y un verdadero enamorado está en el modo de escribir la carta, y sobre todo de entregarla. Escribirla, pues, y como he conservado el borrador, voy á trasladarla aquí, para que se vea hasta qué punto pudo decir necesidades en pocas líneas un hombre que despues ha pasado por tener algun talento.

«Señora: no arroje Vd. esta carta sin haberla leído hasta el fin, ni se considere ofendida porque me atrevo á escribirla sin conocerla. Amo á Vd. señora, y mi pasion me hace prescindir de todo,

y olvidar el respeto que debo tener á Vd. y que la tengo en efecto. ¿Qué podría decir para escusarme? Nada sino cosa que acaso la ofenda á Vd. mas todavia, y es que la amo, si, señora, la amo. La primera vez que la ví me pareció que el cielo se habria delante de mis ojos, y que uno de sus ángeles me cubria con un rayo de luz reflejada en sus azules ojos.

«¡Ah señora! ¿Qué felicidad podría compararse á la de ser amado por Vd? ¿Qué dicha inefable debe ser la de oír su voz de Vd., la de estrechar su mano, la de poder decirla á todas horas: yo te amo, te amo, te amo! No soy por desgracia sino un pobre estudiante, pero quisiera ser un rey para reparar en Vd. las injusticias de la fortuna. ¡Oh! Si Vd. me permitiese que la viera, que me presentara en su casa, tal vez con el tiempo llegaria Vd. á creer que no era indigno de hablarla de la pasion que me devora; acaso llegaria Vd. á aceptar este amor que llena toda mi alma. Pertenezco, señora, á una familia honrada, y mi nombre; si no es tan ilustre como el de Vd. no podrá nunca avergonzar á la que se digne aceptarle.

«Soy con el mayor respeto, su afectisimo servidor y apasionado,

MIGUEL MEILAN.

Tal era la necia carta que la escribí.
 (Nota de 1840). La observacion es mas necia que la carta. ¿Por qué se ha de calificar esta de necia? El que escribe sinceramente lo que piensa, y habla á una muger el lenguaje que cree que ella merece, podrá muy bien engañarse, pero la peor necesidad de todas sería la de conceder una superioridad de talento á los que mienten, con respecto á los que dicen la verdad.

Estuve mucho tiempo para decidir si enviaria esta carta por el correo, ó si haria que la entregase un mozo de esquina: el primer medio me parecia mezquino y vergonzoso, y el segundo podia comprometerla, y además me hubiera avergonzado de confiar mi carta á manos de un mozo de esquina de los que se hallan siempre en *faubourg Montmartre*, que por entonces no sabia yo que los médicos y los mozos de esquina son confidentes mucho mas discretos que los mas íntimos amigos.

Aun no habia yo encontrado entonces á mi compañero Belion que habia inventado una manera admirable en materia de cartas amorosas.

Cuando tenia que entregar alguna, se situaba en las inmediaciones de la casa de la hermosa que trataba de conquistar, y esperaba allí á que pasase algun lacayo de buena presencia y librea elegante, á quien detenia y entregaba el billete y una moneda de cinco francos.

Rara vez le sucedia que el lacayo se negase á

desempeñar un encargo tan bien pagado, y la carta llegaba á su destino con una brillantéz que contribuia no pocas veces á abrir las puertas á que llamaba mi amigo Belion.

Es verdad tambien que yo no podia adoptar este medio, pues conocian demasiado á mi modesta patrona y criada, para que pudiera enviar á un criado de librea.

En medio de las dudas en que me hallaba, tomé un partido que no hacia confidente de mi secreto á nadie, y fué el de entregar yo mismo la carta.

Penoso y lleno de temores fué el viage que hice desde mi segundo piso al principal en que vivia madama Saint-Marc.

El temor del soldado que marcha á su primera batalla no es comparable á la opresion de corazon que siente el amante que va á llevar su primera carta.

El soldado obedece á una órden, y está á la vista de millares de hombres que le animan; el amante necesita tener á un mismo tiempo la fuerza de querer y la de ejecutar; para el soldado es vergonzoso huir, para el amante es acaso ridiculo el ir adelante. La idea de que se podrian reir de mi carta, me helaba el corazon.

(1840). «Esto me parece muy verdadero y exacto, y lo creo todavia como lo creia entonces. En todas las penas y desgracias del amor, la mas sen-

sible es la de ponerse en ridículo.» Además, el soldado va á esponer su vida, y el amante su amor, es decir la vida de su vida, lo cual es espantoso.

Bajé uno á uno y lentamente los veinte escalones que separaban los dos pisos, repasando en mi interior la carta que habia escrito, y en seguida, cuando me ví delante de la inexorable puerta de Fanny, me quedé inmóvil. Oí que venia alguien y en tres saltos volví al tramó de mi habitación.

Desde él ví que subia un jóven de buena presencia, con el sombrero inclinado á un lado como con descuido, y me imaginé que iba á casa de madama Saint-Marc, porque ¿á dónde podria ir un jóven elegante sino á su casa?

Sin embargo me engañé, porque subió hasta el piso segundo, manifestó admirarse de encontrarme allí, me miró bien de los piés á la cabeza, y continuó subiendo hasta el piso cuarto. Oí que metia una llave en una cerradura, y creí que seria alguno de mis vecinos á quien todavia no conociera.

Mas aquel incidente que habia estado á punto de hacerme renunciar á mi proyecto, determinó por lo contrario su ejecucion, pues hice como los que al ir á bañarse están un cuarto de hora tocando el agua con la punta del pié, y pareciendoles que está demasiado fria para ir entrando en ella poco á poco, meten todo el cuerpo de una vez.

ció la chansa de mal gusto, y no volví á hablar mas á la tal mujer; prueba de que el amor se habia ya entrado en mi corazon, quando no queria que se burlasen de mi con respecto á ella.

Pasáronse bastantes días sin que pudiese volverla á ver, porque vivia el mismo edificio que yó; pero en el lado de las habitaciones que tenian dos escaleras, y en vano sacaba yo el cuerpo fuera de mi ventana para si conseguiria ver la punta de un dedo, un pliegue de su vestido, aunque no fuese mas que su sombra, pues nada pude lograr. Sin embargo, el recuerdo de aquella mujer me abrasaba. Una hora despues de haberla visto sabia que se llamaba la condesa Fanny de Saint-Marc, y una quinceña despues habia empleado inútilmente seis horas diarias en tratar de verla.

Esta ocupacion, que de nada me servia con respecto á mi hermosa rubia, me habia puesto en el caso de observar las demas partes de la casa, porque no siempre miraba al punto en que á nadie veia. Lo que descubrí á mi derecha en el edificio situado en el fondo del patio fué lo que voy á decir:

Ocupaba la habitacion del primer piso un caballero viejo, con peinado de ala de pichon y zapatos con hebilla. Los dias que estaba bueno el tiempo se ponía medias de seda blancas y un pantalon de mahon ceñido y atado al tobillo con cintas del mismo color: quando llovía ó estaba el tiempo cubierto, las medias eran de seda negra y el pantalon de casimir

negro; pero tambien ceñido y atado con cintas por el tobillo. El resto de su traje se componia de un frac azul con botones dorados, chaleco blanco, corbata igualmente blanca y sombrero redondo que dejaba siempre sobre las alas cuando se le quitaba, de donde resultaba que estas habian tomado el vicio de levantarse por detras y por delante, lo cual daban al buen señor un aspecto particular en que habia un poco de necio y un poco de sátiro.

En el piso segundo vivia una mujer enormemente bella, que abundaba en ciertos atractivos, sobre los cuales descansaba gravemente su triple barbilla, cuando cruzando los brazos y apoyándose en el antepecho de la ventana, sacaba aquellas enormes bellezas de su posicion natural. Esta mujer preponderante en todo, de faz rubicunda, cabello suelto, y cuerpo libre envuelto en un inmenso peinador, pasaba las tres cuartas partes del dia en reirse á careajadas.

Pero ¿de qué se reia? Del gato que se cogia la cola entre una puerta; de la cotorra que colocada sobre el busto de su difunto esposo se habia ensuciado cerca de la nariz; de que alguno entraba ó salia, y sobre todo reia como una loca si trataba de cojer sobre su cuerpo alguna pulga; entonces llamaba á su doncella para que asistiese á la expedicion, y nombraba á voces las partes del cuerpo en que trataba de abrigarse el animalejo.

Era viuda de un coronel inglés que murió desesperado de verla reir tanto; se llamaba madama Smith

guardan de hacerla como prudentes.»

Cuando oí sonar la campanilla de la habitación de Mad. de Saint-Marc, movida por la mano de mi amigo Morinlaid, circuló por mis venas un movimiento de fría cólera. Ni un instante se me presentó la esperanza de que podría servirme para llegar hasta ella, pues solo ví en él un hombre que tenía un derecho de que yo carecía. ¿Y por qué tenía ese derecho? ¿Cómo le habia merecido? ¿Cómo le admitian á que manifestase su amor? (Perque para mí, adorar á Mad. de Saint-Marc cuando se llegaba á conocerla, era una cosa tan necesaria como sentir calor cuando se está espuesto al sol del verano). ¿Con qué derecho habia de hablar de su amor M. Morinlaid á Fanny? Yo la llamaba siempre Fanny en mi corazón y en mis versos, pues hacia versos para ella.

Apenas me ocurrió la idea de que Morinlaid estuviese enamorado, me lo figuré en casa de la hermosa Saint-Marc, cogiéndole la mano y besándosela: él, cuya mano larga y huesosa, con los dedos como espátulas, tenia aquella frialdad húmeda que siente uno al tocar la piel de un reptil; él, cuyos labios descoloridos no habian abrigado jamás una alegre sonrisa.

Como por una especie de intuicion veia que fijaba en ella sus ojillos pardos; me le representaba con su cara enjuta, y mal sana, su nariz de pié de marmita, su barbilla en que cada pelo salia al lado de un

grano, su talle desvencijado, su cuello mal colocado entre sus hombros que parecian chichones hechos con un garrote, sus piernas delgadas que nadaban cómodamente en un ancho pantalon, y sus piés anchos y aplastados; y me parecia oír su voz melosa que dirigia al oído de Fanny una de aquellas frases en que se prende como en un lazo la vanidad de las mujeres.

Dí una patada en el suelo, y dejé escapar una exclamacion contra mi destino, y no sé si me hubiera entregado á algun acceso de rabia si no hubiese oído llamar á mi puerta. Abrí y era mi amigo Morinlaid.

—Buenos dias, mi querido Miguel, me dijo; he venido á hacer una visita á esta casa, y como no he hallado á nadie, aprovecho la ocasion, para darte la mano y renovar nuestra antigua amistad.

Alargué la mano á Morinlaid, y en aquel momento ya no le queria mal. Estaba seguro de que madama Saint-Marc se hallaba en casa, porque la acababa de ver entrar, y por consiguiente no habia querido recibirle. Me alegré de que dejasen á la puerta á Morinlaid, y le recibí tanto mejor cuanto que la idea que me ocurrió en aquel momento fué la de valerme de él para adquirir algunas noticias acerca de mi vecina.

Hablamos al principio de cosas indiferentes, y entretanto estuve examinando á mi amigo; y sea que el buen humor que yo tenia le hermosease á sus ojos;

sea que, estando mas tranquilo, juzgase con mas equidad, á mí me pareció que habia cambiado y ganado mucho, pues si bien era tal como acabo de pintarle, cierta franqueza en sus modales, un traje elegante, un aseo exterior que yo no trataba de profundizar, un aplomo familiar en su voz y en sus miradas, le convertian en otro hombre que aquel cuyos recuerdos conservaba. Le invité á que entrase, le dije que se sentara, y habiéndolo hecho, con afecto, en una butaca cerca de la ventana, entablamos, poco mas ó menos, la conversacion siguiente:

—¿Cuánto tiempo hace que vives en esta casa, querido Miguel?

—Dos meses con corta diferencia.

—Justamente el tiempo que hace que marché yo á Bretaña.

—Con efecto, no te he visto nunca entrar en ella.

—Pues vengo muy amenudo porque conozco á varias personas.

—¿Y entre ellas á Mad. Saint-Marc?

Morinlaid se puso colorado. ¿Por qué le sucedia eso al oír el nombre de madama de Saint-Marc? El estremecimiento que sentí al oírle llamar á la puerta de Fanny volvió á apoderarse de mí.

El me respondió algo cortado.

—Me parece que nada tiene de particular que la conozca, porque es mi prima.

Si Morinlaid me hubiese dicho que era mariscal

de Francia, no me hubiera sorprendido tanto como diciéndome que era primo de Mad. de Saint-Marc. ¡Un hombre tan feo primo de una mujer tan hermosa! Me chocaba eso como me hubiera chocado una falta de armonía en los colores de un cuadro. Debí conocer mi admiración y se puso todavía mas colorado. Me pareció que tenia deseos de alabarse: pero nada pude saber, porque él me dijo inmediatamente:

—¿Y como diablos te has venido tan lejos para estudiar leyes? Pues te prevengo que M. Delvincourt es sumamente rígido en punto á asistencia al curso, y si quieres llegar á ser abogado te aconsejo que te vayas á vivir mas cerca de la clase.

—Tú debes entender muy bien eso, le dije creyendo adivinar en su consejo la idea de alejarme de Fanny. Y tú, ¿concurres tambien á la universidad?

—Yo ya soy abogado, amigo mio, me han dado el derecho de pleitear...

—Y tú le ejercitas...

—Muy poco; respondió Morinlaid en tono misterioso. Tengo otras ocupaciones mejores... Reparto la vida entre... Pero no se debe hablar de estas cosas con el hijo de un funcionario público.

—¿Pero qué ibas á decir?

—Nada, nada.

En este momento sacó la cabeza fuera de la ventana lo bastante para poder ver las de madama

Volví á bajar la escalera á galope y tiré de la campanilla de Fanny con toda mi fuerza: al momento oi abrir y cerrar tumultuosamente puertas interiores, y al fin vinieron á abrir.

La sonrisa que sin duda estaba preparada para la persona á quien se reconocia el derecho de llamar tan fuerte, se mudó al momento en una mirada de disgusto, y el semblante de la criada que vino á abrir me pasó repentinamente de gracioso á irritado; de suerte que yo me quedé cortado.

La criada me examinó atentamente y esperó un minuto á que yo hablase, mas yo no sabia que decir y así me estuve hasta que un movimiento de cabeza y una sonrisa burlona me advirtieron mi torpeza, pero no por eso supe salir de ella. Al fin, la muger se compadeció de mí y alargó la mano diciéndome:

—Vamos, vamos, deme usted su carta.
 ¡Cuánto decias aquella palabra y cuántas cosas hubiera debido descubrirme, si hubiese sido capaz de conocer su estension! ¡Cuánta esperiencia manifestaba! ¡Cuántos rostros parecidos al mio debia haber visto aquella muger para adivinar tan fácilmente el objeto de mi venida! Pues aquellas palabras me acabaron de perturbar de tal manera, que buscaba la carta en el bolsillo, siendo así que la tenia en la mano. La dí al fin á Victoria, que volvió á mirarme con mucha atencion y me dijo con voz cuya inflexion tenia algo de triste:

—Entregaré la carta á la señora.

Me alejé de allí y oí que la criada murmuraba entre dientes.

—Pero espero que no responderá á ella.

Esta otra frase hubiera debido ilustrarme tambien algo, pero yo la tomé por una mal querencia contra mí. ¡Estaba bien ciego!

¿Entregó la criada mi carta? No pude saberlo por entonces, pero no solamente no recibí respuesta sino que la primera vez que encontré á madama Saint-Marc, me miró como me habia mirado un mes antes, sin que nada mostrase que fuera para ella otra cosa que un desconocido. Aquella fué la primera vez que espermenté cuánto mas vale ser aborrecido y rechazado que indiferente.

Todo esto me hacia sufrir horrorosamente, cuando sucedió una cosa que debia tener muy tristes consecuencias. Hacia quince dias que vivia á la ventana; cuando madama Saint-Marc salia, la seguia yo, y cuando atravesaba solo el patio me paraba en frente de sus ventanas para ver si la percibia. Si no hubiese sido tan torpe habria observado que la portera madama Dumesnil me miraba con ademán triste, y no hubiera dejado de fijar la atención en estas palabras que me dirigió Victoria al pásar un dia á mi lado: «Es Vd. muy niño.»

Hubiera debido observar tambien que al entrar y salir era yo objeto de una activa vigilancia de parte de madama Smith que se sentaba junto á su venta-

na para espiar todos mis movimientos. Unos de los errores de los caracteres ardientes, que los entrega atados de pies y manos á las personas de carácter frio, es que jamás creen que hacen bastante para probar lo que quieren. Asi es que yo me habia puesto ya terriblemente en ridículo á los ojos de todos los vecinos, y todavia pensaba que madama Saint-Marc ignoraba mi amor.

La escitacion que causaba en mí aquel estado de esperanza, cada vez mas ardiente y cada dia mas chasqueado, iba siendo para mí una verdadera desgracia, cuando una mañana madama Dumesnil, contra su costumbre, me subió á mi habitacion una carta. A la verdad me avergonzaria casi de referir todas estas pequeñeses, si no sirviesen para mostrar por qué medios tan imperceptibles llega á organizarse una desdicha inmensa.

El airecillo malicioso con que la portera me entregó la carta, me hizo sospechar que no ignoraba de dónde venia, pero creí haberme engañado al ver el sello del correo. Sin embargo, aquella carta me turbó, porque el papel estaba perfumado y el sobre escrito con una letra tan menuda que solo podia haberla escrito una mano de mujer. Devoraba yo con la vista el sobre de la carta, en tanto que madama Dumesnil me miraba como persona que tenia que decirme algo en secreto. Confieso que esta vez la comprendí, pero no quizo recibir su confidencia, pues me parecia que iba á destruir la dicha que tenia en-

tre las manos. ¡Cuántas veces y en circunstancias mas importantes he sido tan necio como entonces! ¡Cuántas veces me he negado á escuchar un consejo que podia salvarme! Respondí á madama Dumeslin con un «está bien,» que equivalia á decirle: «váyase vd.,» de manera que ella dió un suspiro y volviéndome la espalda se fué diciendo.

—En fin, yo no he querido encargarme de ella, la han echado en el correo, y de nada soy responsable.

No me tomé el trabajo de reflexionar sobre estas palabras, y apenas se marchó la portera abrí la carta. Cuando recuerdo la alegría que me causó, y pienso que la habia dictado el deseo de una frívola diversion, no puedo menos de preguntarme si las que la escribieron no eran las personas mas malas del mundo.

(1840.) «No eran seguramente mas malas que lo son todas las personas alegres, para las cuales toda pasion seria es una presa, no porque son malas, sino porque son alegres. La vida cambia de tal modo de aspecto segun los ojos conque se la mira, que no creen hacer en eso ningun mal: y verdaderamente es preciso confesar que lo mismo que escita la risa de unos, hace derramar lágrimas á otros. ¿De quién se rie mas la sociedad que de los maridos engañados, personajes terribles del drama moderno? ¿De qué nos reimos en Moliere sino de los hijos que se burlan de sus padres y que en las novelas modernas

se han convertido en seres malditos? ¿Qué cosa mas divertida que el destino de un presidario cumplido; explotado por un Robert-Macaire, ni mas lamentable que el mismo en la pluma de un filántropo humanitario?

Y ¿puede haber cosa mas terrible y mas cómica á un mismo tiempo que un amante celoso, que segun su carácter hace de él un Oteló ó un Bartolo?

La carta decia lo siguiente:

«He comprendido su pasion de Vd. y me atemoriza tanto como me encanta por su imprudencia. Es imposible que le reciba á Vd. en mi casa, porque nos acechaban demasiadas miradas. Mañana martes á las diez me pasearé en la calle ancha de los Campos Eliseos.»

¡Era una cita! ¡una cita! ¡una cita! Empecé á saltar por mi cuarto, besé la carta, besé la pared, di gritos, me reí, canté y acabé por colocarme delante del espejo, en el cual me parecí muy bien..... ¡cómo que tenia una cita!

Me quedaban que pasar todavia las dos terceras partes de aquel dia, toda la noche y algunas horas del dia siguiente antes que llegase la hora de la cita. Me pareció que le felicidad que tenia en mí mismo se iba á escapar con el contacto de las gentes, como la electricidad puesta en contacto con la tierra, y por lo mismo me encerré con mi alegria, no salí de casa y ni siquiera abrí las ventanas. En mí juicio, Fanny hubiera tenido motivo para inco-

modarse si hubiera salido de casa con tal esperanza en la cabeza, pues hubiera sido casi una indiscrecion. Su confesion hubiera podido conocerse en mi alegría, y leerse su carta en mis ojos.

¡Cuán feliz, Dios mio, es el hombre cuando ama, y de cuántas maneras percibe la felicidad! Durante aquellas horas interminables que tenía que estar esperando, me forjé dos veces una novela sobre mi encuentro con Fanny. Una vez me la figuré trémula y confusa delante de mí, otra altanera y atrevida; ya me imaginaba que imponia un amor respetuoso y sumiso, ya la veia entregándose á mi honradéz con una sencilla confianza; me la representaba ardiente y helada, tristemente severa ó alegremente loca; pero siempre me encontraba feliz de cualquiera manera que mi amor me la presentase.

Llegó al fin el dia siguiente, y con él lo que yo creia que habia de hacer mi felicidad, para cuya escena me preparé con la mayor fé del mundo.

Una de las cosas mas divertidas para cualquiera que pudiese mirar por el agujero de una cerradura, seria ver cómo se viste y compone un enamorado cuando tiene que ir á su primera cita. No hablo aqui de un hombre acostumbrado á las galanterías del amor, de un hombre que tiene esperiencia y sabe vestirse como mas le conviene, sino de un pobre jóven que imagina que cuanto mas se adorna segun el gusto vulgar, honra mas á la mujer á quien adora.

Así pensaba yo entónces y lo pensaba tanto, que á las nueve de la mañana me hallaba ya de pañuelo blanco y medias de seda, de suerte que justificaba perfectamente las palabras que me dijo la portera cuando la entregué la llave de mi cuarto:—Parece que va Vd. á una boda.

A las nueve y media entraba ya en los Campos Eliseos, que recorrí en toda su estension, de manera que á las diez estaba al lado de los caballos de Constou. Hasta entonces no habia experimentado mas impaciencia que la que me causaba lo largo del tiempo, pero no tardó en llegar la que causa el estar esperando. Fueron pasando los minutos sin que viese llegar á nadie, luego pasaron los cuartos de hora, y en fin, se pasó hasta una hora entera.

Habia ya subido y bajado varias veces con una rapidéz cada vez mayor aquel largo paseo, deteniéndome en la calle Marigny, volviendo precipitadamente á la plaza de Luis XV (porque la persona á quien esperaba podia venir por uno ú otro lado) y mirando con ánsia hácia todas partes por ver si distinguiria la punta de un chal, la guarnicion de un vestido, la pluma de un sombrero, la sombra de una flor, pues me parecia que la reconoceria en cualquiera partícula accesoria á su persona que se hubiera ofrecido á mis ojos, pero nada percibia.

Entonces sufrí el primer ataque del mal que tanto me ha hecho padecer despues y que será mi su-

plicio mientras viva; entonces me pregunté á mí mismo si se habria burlado de mí madama Saint-Marc: entonces temí ser juguete de otros por efecto de mí corazon; y por un contraste estravagante, coloqué interiormente en un punto inferior al de las mujeres mas despreciables á la misma á quien una hora antes adoraba como una divinidad.

Lo que contribuyó tambien en gran manera á darme aquel mal humor fué el observar las burlo- nas miradas que me dirigian las pocas personas que se encontraban paseando á tal hora en los Campos Eliseos. Seguramente era yo mismo quien me po- nia en ridiculo y daba márgen á las miradas y á las sonrisas por la espresion inquieta y exagerada de mi rostro, y por mi manera de andar, ya rápida y precipitada, ya sosegada y detenida, que daba á co- nocer claramente á todos que estaba esperando á alguien. Lo advertia yo mismo alguna vez, y enton- ces tomaba un ademan sério é hinchado, y devoraba con la vista á todos los que se atrevian á mirarme.

Entre tanto iba pasando el tiempo, nadie venia, y ya diez veces por lo menos habia condenado y ab- suelto á Fanny en mi tribunal interno. La cita ha- bia sido para las diez, eran ya las doce, y no me ha- bia ocurrido ni uu momento que pudiera ser otra que Fanny la que hubiesé tenido et capricho de llevarme á hacer el oso tan neciamente.

Se me acababa ya la paciencia y me iba á mar- char; cuando se paró muy cerca de la calle de árbo.

les donde yo estaba, un coche de alquiler con las persianas echadas. No sé que tenía yo en el corazón ó mas bien en la cabeza, pero la vista de aquel misterioso carruaje dicipó todas mis ideas lúgubres; me persuadí de que era madama de Saint-Marc que llegaba, corrí á toda prisa, mientras el cochero abria la puertecilla, y estaba casi para gritar: «aquí estoy» cuando descubrí un pié un pié elegante que buscaba con timidéz el sucio estribo del coche. Salió de él una señora envuelta en nn chal de cachemira y cubierta con un gran velo, y aunque no pude ver su rostro ni aun su talle, no me quedó duda alguna de que no era Mad. Saint-Marc.

Dirigió una rápida mirada alrededor y me pareció que se habia estremecido al verme. Creí entonces que me habria engañado y me encaminé hácia la desconocida, mas ella volvió á subir inmediatamente en el coche, y este emprendió de nuevo su marcha, siempre con las persianas echadas. Al pasar por enfrente de mí, una mano sumamente fina levantó la persiana, y por entre la rica blonda del velo me pareció que unos ojos centelleantes me miraban con curiosidad. Al ver aquello, me ocurrió una de las ideas que el *Don Juan* de lord Byron habia hecho de moda: ¿no seria posible que aquella señora que sin duda venia en busca de un amante que no llegaba, y yo que habia venido por ver á una bella que ya no habia de venir, nos entendiésemos recíprocamente? ¿No hubiera sido digno de

un galan un poco atrevido el proponérselo? !Mas ah! Mi imaginacion es muy osada, pero mi corazon y mi carácter son muy tímidos, y me contenté con seguir tristemente con la vista el coche, que se paró á corta distancia. ¡Conque segun parece, me dige á mi mismo con el corazon poseido por aquella rabia envidiosa que escita en los desgraciados la felicidad de otros, segun parece hay hombres á quienes las mujeres persiguen y aguardan!

Este pensamiento oprimió de tal manera mi corazon, que me estaba clavando las uñas en la palma de la mano, cuando ví que por el extremo del paseo venia un cabriolé al galope. Cuando uno es desgraciado, todo le parece insoportable. El hombre que podia hacer galopar un birlocho de alquiler, me parecia que disfrutaba de una dicha insolente, y confieso que jamás me he sentido tan dispuesto á buscar camorra con nadie, como lo estuvé al reconocer dentro del birlocho al almibarado jóven que me sorprendió en la escalera el dia que tan torpemente entregué mi carta para Mad. Saint-Marc. El ni aun se dignó mirarme y ví que señalaba al cochero el coche parado como he dicho á alguna distancia.

Desesperado respecto á mi cita, me pareció que no sentiria tanto mi mal si podia incomodar ó interrumpir la dicha de otros, y con este intento seguí al birlocho que se paró inmediato al coche. Bajó el caballero, la señora bajó igualmente de su

carruaje, y empezaron á pasearse juntos. El jóven hablaba con calor y la señora escuchaba con la cabeza baja; yo les seguia á cierta distancia, y siendo así que hacia nada de tiempo esperaba como á un ángel del cielo á la mujer que me habia dado una cita sin conocerme, me parecia que era una mujer muy poco apreciable la que habia citado á aquel caballero.

Segun pude juzgar por el ardor con que hablaba y por los movimientos de cabeza negativos de la señora, mi vecino estaba todavia en el caso de solicitar favores que se le negaban. Sin embargo, creí notar que la resistencia disminuia sensiblemente, y hubo un momento en que cedió del todo, porque la señora se volvió con viveza como para ver si alguien la observaba; con este movimiento repentino se separó el velo y ví que era mi vecina Mad. Deslaurieres. No sé si ella me conoció ni lo que hizo despues, porque yo me separé de allí incomodado.

V.

Segunda palabra de una gran desgracia.—Pequeñeces y miserias.—Placeres de una gorda que se fastidia.—Nuevos personajes.

Gracias á lo que Morinlaid me habia dicho de aquella mujer, la cita dada á un hombre que vivia como yo en su misma casa, me pareció el último extremo de la degradacion; y en su consecuencia desprecié altamente á Mad. Deslaurieres por una accion que hubiera bendecido y adorado en Mad. Saint-Marc, si la hubiese hecho por mi.

Salí de los Campos Eliseos poseido por aquella cólera rencorosa y malvada que choca con cuantas cosas se le presentan, porque no puede vengarse en el objeto que verdaderamente la escita. Pasé por las Tallerías y encontré á mi amigo Morinlaid, que me preguntó la causa de mi tristeza, porque sin duda llevaba yo escritos en la cara mi disgusto y mi rabia.

El hombre debería llevar siempre un espejo en la mano, pues mirándose en él de continuo, tal vez la espresion de su rostro le haria comprender la fealdad de sus pensamientos. No sé verdaderamente cómo llevaba puesto el sombrero, cómo metia la mano en el chaleco, ni cómo echaba los piés para andar, pero debia presentarme de una manera verdaderamente ridícula, porque ví brillar de repente en el rostro de Morinlaid una sonrisa irónica cuando le dije:

—No por cierto, no estoy triste; pero acabo de ser testigo de una porqueria que me ha puesto de mal humor contra todas las mujeres.

—¿Y cuál es la que tanto te interesa para irritarte hasta ese punto? preguntó Morinlaid.

—Yo no la conozco siquiera sino por lo que tú me has dicho; pero cuando pienso que una mujer casada sale de su casa mientras su marido está seriamente ocupado en sus negocios, y que se esconde en un coche para ir á una ctia que le habrán dado de ventana á ventana, me parece eso tan miserable, tan vergonzoso, que creo debería azotarse en una plaza pública á semejantes mujeres, y que todos los hombres deberían ponerse de acuerdo para arrojar de la sociedad á tal canalla.

En tanto que Morinlaid me escuchaba, observé en su rostro una espresion de inquietud que me chocó; mas consiguió reprimirla, y me preguntó procurando usar el mismo tono que yó:

—¿Quién es esa princesa á quien has sorprendido y á quien conoces por mí?

—¿Quién ha de ser? madama Deslaurieres.

Al oír este nombre se puso Morinlaid amarillo de cólera, pero yo tenia bastante con la mia propia para prestar mucha atencion á la suya en aquel momento, Mateo me preguntó con una voz seca que parecia ahogarse:

—¿Y has conocido al caballero como á la señora?

—Perfectamente.

—¿Cómo se llama?

—No lo sé; todo lo que puedo decirte es que vive en mi misma casa, en el cuartó piso.

—Pues es Ernesto Molinos, murmuró en voz algo baja. ¿Y dónde le has dejado? añadió.

!Toma! le respondi con ademan desdeñoso. Los he dejado agarrados del brazo, paseando en los Campos Eliseos.

Lo de ir agarrados del brazo era invencion mia, pero produjo su efecto, porque Morinlaid replicó:

—¡Pues vive Dios! tengo deseo de ver cómo acabará esa comedia.

Y diciendo asi se alejó corriendo. Como me hallaba de humor de desdeñar, me pareció que era muy ridículo en Morinlaid el ocuparse en tan bajas intrigas y continué mi camino con aire orgulloso.

Cuando un hombre está destinado á causar risa, la casualidad se encarga de completar lo que él no hace sino á medias.

No habia dado todavia una vuelta por las Tuilerías cuando empezó á descargar un aguacero, y por mas que yo quisiera persuadirme á mí mismo de que el chasco que me habia llevado no me importaba nada, estaba tan distraido que no me percibí que la lluvia arreciaba, sino cuando los demás habian tomado ya todos los coches y birlochos que habia en las inmediaciones.

Tomé, pues, la calle Castiglione, la plaza Vendome y los boulevards subiendome el lodo por encima de los zapatos escarpines hasta las medias de seda, porque en aquella época no estaban los boulevards enlosados ni con aceras de betun, y se parecian á los caminos de travesía de los pueblécillos del departamento del Sena, que son los caminos mas abominables de Francia.

De aquí resultaba que no podia dar un paso sin dejar en el lodo uno de mis escarpines que tenia que sacar con mucho trabajo, porque entonces no se usaban trabillas en los pantalones.

Hübiera podido detenerme y guarecerme en un café ó en un portal, pero antes hubiera consentido en batirme contra el mismo cielo que no volver inmediatamente á mi casa pues acababa de tomar una resolución que queria llevar á cabo luego, luego; la de escribir á Mad. Saint-Marc una carta

irritada y grave al mismo tiempo.

Llegué de este modo á la puerta de mi casa, lleno de lodo y chorreando agua, y para colmo de desgracia me encontré cara á cara con Mad. Deslaurieres que bajaba de su coche y pasó rápidamente por delante de mí.

Llevaba pintada la alegría en su semblante, y sabia yo qué casta de alegría era; de suerte que me pareció la muger mas descarada del mundo; me miró por encima del hombro y aun se rió en mis barbas, si yo no percibi mal.

Apenas habria veinte pasos entre la puerta exterior de la casa y el pié de mi escalera, y sin embargo, aquella travesía fué tormentosa para mí.

Caia el agua con tal violencia, que casi era un objeto de curiosidad el ver llover. Cuando llegué al cuarto de la portera, estaba ella en el portal aprovechando el enorme arroyo que salia del pátio para limpiar el enlosado, y tuve que pedirla diez veces mi llave que al fin me dió diciéndome:

—No tiene Vd. que cepillarse mucho, no.

Al entrar en el patio, ví en frente de mí á madama de Smith y M. de Favreuse que á un mismo tiempo soltaron la carcajada, y á la derecha con la ventana abierta y la mano apoyada en el hombro del jóven de los bigotes retorcidos estaba madama de Saint-Marc, vestida con un peinador, la sonrisa en los lábios, ademán lánguido y aquella alegre calma que suele ser síntoma de felicidad. Cuando pasé

cerca de la ventana oí que decia á su compañero en tono de compasion:

—¡Válgame Dios! ¡Cómo viene ese pobre joven!

Quando subí á mi habitacion tuve tentaciones de romper cuanto en ella habia, pero caí sin fuerzas en un sitial agoviado por la cólera y el dolor, y no sé cuanto tiempo permanecí en el mismo sitio. Al salir de aquel estado de apatía tenia muchos escalofrios, dos horas despues estaba acostado y devorado por una ardiente calentura, y el dia siguiente me hallaba enfermo de cuidado; todo esto por haber servido de diversion á la ociosidad de una mujer que no sabia en quién vengarse del fastidio que le causaba el estar sola, porque la historia de la carta y de la cita era la siguiente, que no supe hasta mucho tiempo despues.

Mad. Smith pasaba, como he dicho, la mayor parte del tiempo en observar á sus vecinos, y gracias á esta observacion constante, que ejercitaba casi siempre detrás de la persiana, habia descubierto que Mad. Deslaurieres desde las ventanas de su corredor hacia señas á mi elegante vecino Ernesto Molinos; pero no hubiera sido fácil que toda su habilidad é inteligencia en el lenguaje de los signos la hubiera dado á conocer á qué altura se hallaban en sus amores, si no hubiesen venido á comunicarse de una manera mas inteligible. Con efecto, la víspera del dia que recibí la carta, habia notado mada-

ma Smith que en el comedor de Mad. Deslaurieres se movia al principio un papel bastante grande, que al fin permaneció inmóvil. Colocada entonces aquella comadreja detrás de la persiana, dirigió un antejo al papel, y vió que decia en letras muy gordas: *mañana á las once en los Campos Eliseos*. Habiendo sorprendido así aquella cita, le pareció que seria muy gracioso enviarme á ella, por ver mi aire triunfante cuando saliese de casa, y mi triste figura cuando volviese á ella. En aquel enredo se habia propuesto ganar dos cosas; la primera incomodar á los que suponía enamorados, y la segunda burlarse de mí, y debió creer que lo habia conseguido á su satisfaccion porque yo la oia reir como nunca, á pesar de la lluvia, de las ventanas y de las paredes.

Entre tanto la indisposicion que me habia resultado de aquella chanza era bastante grave y fué preciso llamar al médico. Yo no tenia ninguno determinado, y mi portera, que se habia hecho enfermera mia, avisó á uno que vivia en la casa y se llamaba M. Bequillet, el cual habitaba en el piso tercero de mi escalera, pero al lado mismo que madama de Saint-Marc. Todos hablaban de él con mucho respeto, á pesar de que educaba con el mayor cuidado un niño, cuyos padres nadie sabia quienes fuesen, y a pesar tambien de que la comodidad y la abundancia habian entrado en la habitacion del doctor el mismo dia que el niño que parecia caido

del cielo á aquella casa. El tal niño que se llamaba Luisito, tenia una hermosura triste y angélica que no podia comprometer la buena reputacion del doctor, porque no se le parecia en nada.

M. Bequillet hacia pocas vlsitas, pero recibia en su casa á mucha gente, y yo habia encontrado en diversas ocasiones en la escalera un gran número de señoras cubiertas con velo, que venian á su casa con frecuencia; mas á fuerza de examinar á aquellas mujeres tapadas habia llegado á conocer que todas ellas eran una misma que mudaba de traje para cada visita. Todo esto habia yo observado antes que conociése siquiera al doctor.

M. Bequillet era hombre de 60 años, enteramente calvo, pues solo tenia junto á las sienes y en la parte posterior de la cabeza unos mechones de canas, tan finas y tan blancas, que casi daba gusto el verlas. Su frente poco espaciosa, no anunciaba una grande inteligencia, pero si una perspicacia fina y penetrante; se sonreía mucho, hablaba con los ojos, y brillaba habitualmente en su semblante una alegre bondad.

Lá primera vez que entró en mi cuarto, me habló ya como si nos hubiésemos conocido hacia mucho tiempo.

—Vamos, hijo mio, me dijo: ¿qué tenemos? ¿Qué es lo que sentimos?

La noche que acababa de pasar habia sido espantosa y llena de aquellos sueños fantásticos que

destrozan el cerebro de cualquier hombre: madama Saint-Marc, Morinlaid, mi vecino Molinos y madama Deslaurieres, habian bailado en mi cabeza una contradanza interminable, y sin saber yo cómo, se habia mezclado con estos personajes la imájen de mi padre ausente, sin duda porque en los sueños como en la vigilia, cuando el hombre sufre, le ocurre el pensamiento de llamar al verdadero amigo, único que puede consolarle. Yo estaba principalmente enfermo de corazon, pero se habia posesionado de mí aquella altanería que hace que la desgracia sea un huésped incómodo que se procura ocultar á la vista de todos; así es que solo dije á M. Bequillet que me habia mojado mucho la vispera, y que eso me habia puesto malo. El quiso saber cuales eran mis costumbres é inclinaciones, pero yo eludí responder á tales preguntas; al fin me preguntó si cuando volví á casa habia tenido la precaucion de mudarme inmediatamente de ropa, y como yo le digese que no, exclamó meneando la cabeza.

—¡Muy distraido debia Vd. estar!

Sentí que estas palabras me hicieron poner colorado, y el facultativo no llevó mas allá una investigacion que conoció me desagradaba. Me mandó algunas aguas cocidas, y se retiró diciendo:

—Vd. tiene mucha predisposicion á las enfermedades nerviosas; haga Vd. mucho ejercicio; no viva encerrado en su casa como hasta aquí, y trate muy especialmente de evitar las emociones vivas

que pueden agravar esa disposicion natural.

Nada habia yo dicho que pudiera hacer presumir al doctor que un pesar tuviera parte en mi enfermedad; luego se lo habia dicho otra persona, pues conocí perfectamente lo que querian decir sus últimas palabras. Estuve reflexionando bastante tiempo sobre eso, y solo entonces llegué á sospechar que habia sido juguete y víctima de una burla. Fácil me hubiera sido cerciorarme de ello preguntando á la portera Mad. Dumesnil, que como he dicho, se habia constituido en mi enfermera, pero tenia demasiada vanidad para permitir que nadie me probase que me habian tenido, y con razon, por mentecato.

Permanecí unos quince dias sin salir de casa, durante los cuales me visitó con frecuencia Morinlaid, pero siempre que venia á verme tenia cuidado de sentarse cerca de la ventana.

Durante este tiempo tambien pasó en mi casa una cosa en que no fijé la atencion como en otras muchas, y que sin embargo debió haberme ilustrado acerca de lo que valian las personas que me rodeaban. Entre los pocos estudiantes con quienes habia hecho conocimiento en la cátedra de leyes, habia uno que llamaba particularmente mi atencion. Si me hubieran mandado que esplicase la clase de afecto que me inspiraba aquel jóven, me hubiera sido muy difícil hacerlo, pero ello es que tenia para mí un atractivo irresistible. La gracia de su perso-

na, la elegancia de sus modales, la facilidad con que se espresaba, me agradaban tanto, que me complacia en estar con él aunque no fuese mas que por verle y oírle; pero al mismo tiempo el desdeñoso orgullo de sus opiniones, los juicios absolutos que formaba de las personas y de las cosas, y que no se tomaba el trabajo de defender luego que los habia pronunciado, la gran confianza que tenia en si mismo y la reserva de que usaba con todos sus compañeros, me disgustaba y hasta cierto punto humillaba mi vanidad.

Así sucedia muchas veces que después de haber pasado largas horas sujeto al imperio que Oliver Dubamel ejercia sobre mí, me censuraba yo mismo mi debilidad. Tan pronto como me separaba de él me parecia que encontraba mil respuestas á lo que habia aceptado sin discusion; prometía no dejarme tratar en lo sucesivo como un chiquillo, y aun formaba la resolucion de no tratar mas con Olivier; pero apenas volvía á encontrarle, no sabia sustraerme al imperioso atractivo de su persona, y volvía á ser su oyente sumiso. No pocas veces me envanecia á los ojos de mis compañeros por el afecto particular que me manifestaban, pues aunque Olivier era casi tan joven como yo, era ya antiguo en la universidad y le citaban entre los estudiantes, no solo como uno de los mas aplicados é instruidos, sino tambien el mas valiente y el que mejor manejaba las armas.

Además de todas estas cualidades, tenia Duhamel sobre mí, cuya imaginacion era tan fácil de conmover dos grandísimas ventajas: la primera el modo con que nos habiamos conocido, y la segunda la manera misteriosa en que vivia.

El dia primero que me presenté yo en la escuela de leyes, cuando el profesor leyó mi nombre al pasar lista á todos los discipulos, observé que se levantó un jóven y empezó á buscar con la vista al que habia respondido por el nombre de Miguel Meilan, y sin duda no pudo distinguirme al principio porque noté que se informaba de los que se hallaban junto á él, alguno de los cuales me señalaba. Picado de aquella curiosidad me levanté tambien y le miré de manera que conociese que habia notado el empeño con que trataba de descubrirme: él me hizo un ligero saludo y volvió á sentarse.

Esta insignificante circunstancia fué casi un suceso importante alrededor de mí, y algunos me digeron:

—Es Olivier Duhamel, el mejor tirador y el estudiante mas adelantado de la escuela. ¿Le conoce usted?

Yo respondí que era la primera vez que le veia y oia pronunciar su nombre; y la atencion con que me habia mirado me parecia una especie de provocacion. En vano me aseguraban que no era Olivier de los estudiantes que insultan y prueban á los recién llegados; yo me persuadia de que iba á tener

con él el primer lance en la universidad, y me prometia portarme de manera que nadie quisiera tener otro conmigo.

Esperé á Olivier al fin de la leccion y ví que él tambien me andaba buscando. Algunos estudiantes nos rodearon con curiosidad, él se acercó á mi sonriéndose y me dijo:

—¿Es Vd. acaso M. Miguel Meilan?

—Servidor de Vd., respondí.

—Pues dispéñseme Vd. (replicó sin dar muestras de ofenderse por el tono altivo con que yo le habia contestado). dispéñseme usted la curiosidad que he manifestado al oírle nombrar.

Y añadió en voz alta, como dirigiéndose á los que nos rodeaban.

—He oido hablar tanto de su padre de Vd, M. Meilan, que es para mí una verdadera satisfaccion el conocer á su hijo.

El temor de pasar por débil ó por ridículo, ese desgraciado miedo á las miradas y á los dichos de las gentes que me ha dominado por tanto tiempo, hicieron que recibiese con bastante frialdad aquellas demostraciones amistosas, y dije con un tono de duda, poco lisonjero para Olivier:

—¡Ah! ¡Conoce Vd. á mi padre, caballero!

—He dicho á Vd., respondió tomando un tono sério, que he oido hablar mucho de él, pero es posible que me engañe y que Vd. no sea hijo de M. Meilan, que fué algun tiempo secretario de em-

bajada en Roma, despues prefecto en Holanda, y en el dia, si no me engaño, cónsul general.

—No se ha engañado Vd., diga á Duhamel, y ahora yo soy quien ruego á Vd. me disimule la frialdad que le he mostrado.

Aunque este encuentro nada tenia de extraordinario, no se estrañará que á consecuencia de él procurase tratar mas á Duhamel que á otros compañeros; pero por mas que hice jamás pude conseguir que me digese cuándo y á quien habia oido hablar de mi padre. Constantemente eludia estas preguntas, y solo me decia de una manera general y vaga, que lo habia oido á su familia; mas cuando le preguntaba algo de esa familia, Duhamel me respondia con dos solas palabras:

—Soy huérfano.

Y cualquiera conversacion ó pregunta sobre este punto parece que le incomodaba tanto que pronto, dejé de indicarle nada acerca de él.

Yo vivia mucho con Duhamel, es decir, pasábamos juntos una gran parte de la vida, pero nunca habia ido á su casa, ni él habia venido á la mia. Mas hária unos ocho dias que me encontraba malo, y Morinlaid acababa de salir de mi cuarto, cuando ví entrar en él á Olivier.

—Estaba casi seguro de que estaria Vd. malo, me dijo y no le perdono el que no me haya avisado.

—Está tan lejos de aquí la calle de la Harpa, que no queria que Vd. se molestase, le respondí.

—Mas lejos está de la calle de Provenza la escuela de leyes, y el camino que Vd. anda todos los días por ir á escuchar á M. Delvincourt y á M. Blondeau, bien puedo andarle yo para venir á visitar á un amigo enfermo.

Hablamos un rato de las cosas de la universidad; pero Olivier me parecia muy distraido y al fin me dijo:

—Perdone Vd., pero tengo que hacerle una pregunta. Al atravesar el patio me ha parecido ver por entre los vidrios, de una ventana que cae casi debajo de la de Vd., á una persona á quien busco hace mucho tiempo.

Creí que Olivier me hablaba de madama Saint-Marc, y al momento mis celos me hicieron desconfiar de él.

—¿Habla Vd., le pregunté, de una señora encantadora que vive en el piso principal, pero en el otro lado?

—La cara que yo he visto, me dijo Duhamel sonriéndose; está muy lejos de ser encantadora, y además á quien yo busco no es una mujer; pero segun lo que Vd. acaba de decirme, no sería extraño que en casa de su vecina encontrase el sujeto con quien tengo que ajustar unas cuentas.

Hay un moviento de vanidad que se experimenta con respecto á quien se ama, y que es todavia mas necio que el que siente uno con respecto á sí mismo; pues ese movimiento me hizo que digese á

Olivier con la mayor tontería:

—Será alguna persona de categoría esa que Vd. busca, porque la señora condesa de Saint-Marc no recibe en su casa sino á sujetos de suposición.

Olivier me escuchaba como admirado, y en seguida se quedó reflexionando y como recordando alguna cosa.

—¡La condesa de Saint-Marc! repitió. ¿Sería acaso la mujer del general conde de Saint-Marc?

—La misma.

—Pues madama Saint-Marc debe ser ya bastante vieja.

—En tal caso no puede ser la misma, porque esta es jóven y hermosa. Es viuda de un coronel de granaderos de la guardia, que murió en Waterloo.

—!Pues es extraño! replicó Olivier. No sé que haya habido otro conde de Saint-Marc, que un general á quien no mataron en la batalla de Waterloo, sino que murió de muerte natural hará unos tres años. Y ahora recuerdo que en efecto era viudo y tenía por querida á una muchacha muy linda que creo que se llamaba Fanny.

Al oír este nombre me puse tan pálido y me conmoví de tal manera que Olivier lo notó y viendo el efecto que me habia causado, añadió inmediatamente:

—Es probable que se casase con ella, y tambien podrá engañarme mi memoria, así como me he en-

gañado sin duda cuando he creído ver en casa de esa señora la cara de un tunante, con quien es necesario que tenga una esplicacion muy seria.

Me habian picado de tal manera las vagas sospechas que Olivier habia escitado en mí con respecto á Mad. Saint-Marc, que le dije:

—Dígame Vd. el nombre de ese sugeto y acaso podré informarle algo acerca de él, porque conozco algunas de las personas que vienen á casa de Mad. Saint-Marc. ¿Será acaso el marqués de Chabron, el marqués de Pavia?

—No, no, me respondió riéndose. El nombre del picaro á quien busco desdiria en sociedad tan elevada, y no creo que M. Morinlaid sea admitido entre personas de esta categoria.

—¡Morinlaid! exclamé yo sorprendido de oir el nombre de mi amigo, y unido con el epíteto de picaro.

—¿Le conoce Vd? me preguntó Olivier, mirándome con atencion.

El grado de estupidez á que pueden llevar á un hombre el amor y la vanidad, es seguramente increíble. Yo estaba bien seguro de que Morinlaid, que acabada de salir de mi casa, era el que Olivier habia visto en la de Mad. Saint-Marc, pero confesar que esta, mi idolo, recibia en su casa á un hombre á quien Duhamel no tenia reparo en tratar de picaro y de tunante, fué cosa superior á mis fuerzas; así es que le respondí:

—No, no le conozco, y no puede ser un hombre de esa especie el que ha visto Vd. en casa de Mad. Saint-Marc.

Olivier se sonrió tristemente; conoció, sin duda, que yo estaba dominado por una pasión que me cegaba, y sea que me mirase con indiferencia, sea que esperase á un momento mas favorable para darme á conocer la verdad, mudó al punto de conversacion y me preguntó qué distracciones tenia en aquella soledad.

Despues de lo que acaba de decir, no podia alabarme de las frecuentes visitas de Morinlaid, y dije á Olivier, que escepto M. Bonsenne, amigo y corresponsal de mi padre, que venia á verme algunas veces, estaba casi siempre solo.

Mi amigo era un jóven muy singular seguramente. Al oirme nombrar á M. Bonsenne se mostró admirado, y me hizo algunas preguntas acerca de él, que me probaron que le conocia mejor que yo. Entre otras cosas me preguntó si sabia qué se habia hecho una señorita llamada Caristía Lambert, á quien habia educado M. Bonsenne.

Recordé entonces que con efecto habia oido á mi padre alguna vez aquel nombre, pero dije á Olivier, como era la verdad, que no la conocia.

—Tiene Vd. razon, me respondió, porque esa jóven se casó cuando Vd. estaba todavia en el colegio; pero pudiera haberla visto en casa de su tutor, asi como á su marido M. Deslaurieres.

—Pues si es Mad. Deslaurieres, vive en esta casa, exclamé yo admirado de esa nueva coincidencia.

—¡En esta casa! repitió Olivier, con un interés que me pareció extraordinario. ¿Y qué dicen de ella?

—Cosas muy malas.

¿Pues qué motivos dá para eso?

—Creo que dá demasiados, aunque yo no los sé con exactitud.

Olivier volvió á quedarse triste, y despues de haber reflexionado uu momento me dijo:

—Es posible que Vd. tenga razon; pero por muy culpada que esa muger sea, acaso es mas digna de compasion que lo que usted cree.

—Pero hombre, ¡Vd. conoce á todo el mundo! exclamé.

Esta exclamacion sorprendió un poco á Duhamel que me respondió despues de un instante de silencio:

—Puesto que conozco hace tiempo á Mr. Bon-senne, nada tiene de particular que conozca á una muger que ha sido pupila suya. Pero dejemos eso, y prométame Vd. que irá á verme, ó mas bien que irá á nuestro gabinete de lectura, luego que salga de casa.

Se marchó poco despues, y el dia siguiente apenas me acordaba de nada de lo que me habia dicho; tan absorto me tenia el pensar en Mad. Saint-Marc!

Morinlaid vino á verme como acostumbraba, y cansado de oírle hablar de sí mismo y de sus triunfos, quise ver si el nombre de Olivier Duhamel abatia algun tanto su presuncion, y le dije que habia venido á visitarme.

No me engañaba, pues se sorprendió al oír que conocia á ese jóven: y como no tenia yo la mejor opinion de Morinlaid, pensé en mi interior que no estaria mal aplicado el epíteto de pícaro que Olivier le habia atribuido.

Sin embargo, tenia yo demasiado deseo de conocer á mi misterioso amigo, para declarar francamente mi pensamiento, y antes bien hice algunas preguntas acerca de él á Morinlaid; pero este se mantuvo en una constante reserva, y solo pude sacarle palabras como las siguientes:

—Es hombre muy peligroso, y aun me parece medio loco, sabe, ó supone saber, muchas cosas con las cuales intimida á los que son bastante necios para creerle. Por lo demás, ya sabrás que obsequia á una muchacha á quien tiene todo el dia encerrada en su cuarto.

Quise saber algo mas acerca de esto, pero Morinlaid cortó la conversacion diciendo:

—En fin, yo te repito lo que he oido decir, pero no salgo garante de que sea verdad.

Muchas veces habia oido hablar del misterio en que vivia Duhamel, y como desde el dia en que volví á verle, los sucesos se precipitaron con una

rapidez tal, que me seria dificil hallar ocasion para colocar estas noticias, voy á valerme de la presente, para referir á mis lectores lo que entonces sabia acerca de este jóven singular.



VI.

Hacia tres años que Olivier concurría á la escuela de leyes; cuando vino á ella tendría unos diez y ocho; pero ya á esta edad era el jóven triste y altanero á quien yo conocí despues. Se habia ido á vivir á la calle de la Harpa, á casa de una vieja que alquilaba una habitacion amueblada independiente de la suya, y como en aquella época recibía Duhamel en su casa á varios amigos, ó mas bien conocidos y compañeros de clase, algunos de estos habian observado el obsequioso respeto con que la vieja recibia las órdenes de su huésped.

Respecto á la admision de Duhamel en la universidad habian circulado rumores muy singulares; unos decian que no habia podido presentar la partida de bautismo; otros suponian que se le habia ins-

crito en virtud de una órden especial del ministro de Instrucion pública.

Duhamel pasaba en concepto de algunos por individuo de una familia ilustre, á quien circunstancias desconocidas obligaban á ocultar su nombre: esto decian los que hacian justicia á sus buenas cualidades; y por lo contrario aquellos á quienes causaba envidia su mérito, suponian que era hijo de un verdugo. Es preciso no olvidar que por aquella época habian estado muy en boga en la literatura los hijos de verdugo.

Sin embargo, todo aquel tumulto de dichos se calmó muy pronto por la manera con que Duhamel supo reprimirlos, y á los seis meses de su llegada, bastaba su nombre para contener la curiosidad de los que tenian que tratar con él. Es, pues, muy probable que tal curiosidad se hubiera desvanecido completamente, si una circunstancia extraordinaria no hubiese venido á escitarla de nuevo, tres ó cuatro meses antes de venir á Paris.

Ruego á los que lean esta narracion que no olviden que estoy refiriendo aqui circunstancias que no supe sino mucho despues y en época, por decirlo así, posterior al desenlace de esta historia, y espero que la conclusion de ella hará que se me dispense de haberlas colocado aqui.

Un dia salió repentinamente Olivier de Paris, sin haber dado noticia de su marcha á ningun compañero, y la vieja en cuya casa vivia, dijo á los

que vinieron á visitarle que ella misma no habia sabido nada hasta pocos minutos antes de marcharse. Trataron de saber si conocia la causa ó motivo del viaje, y le preguntaron si Duhamel habia recibido algunas visitas extraordinarias, si le habian traído cartas que no acostumbrase recibir, si parecia triste ó alegre en el momento de marchar, en fin, cuantas preguntas pueden hacerse para penetrar en un secreto; otras tantas hicieron á la patrona de Duhamel, la cual, bien fuese por una discrecion suma ó bien por una completa ignorancia, nada absolutamente respondió á los curiosos que la interrogaban.

Solo una cosa pudieron saber por la buena mujer, y fué que Duhamel al marchar la habia advertido, que de una manera ó de otra, antes de cumplirse el mes la enviaria á decir si conservaba ó no la habitacion en su casa. Probablemente al comunicar esta circunstancia á los amigos de Olivier, la buena vieja les dijo todo cuanto ella misma sabia.

Aquel viaje misterioso volvió á escitar la curiosidad de los compañeros de Duhamel, é hizo que empezasen de nuevo las hablillas de que habia sido objeto.

Por otra parte observaron que al pasar lista á los discípulos en la clase, el profesor pasaba en blanco el nombre de Duhamel, como si tuviese conocimiento de su ausencia, y por consiguiente nada tuviese

que ver con él, y esto hizo aumentar los comentarios respecto al ausente. Habian ya dicho unos que Duhamel era hijo de un príncipe, otros que era hijo de un verdugo: era preciso inventar algo nuevo, y supusieron que era espía de la policía.

En 1821, mas que en ninguna otra época, la protección del gobierno y de las autoridades hacia sospechosos á los sugetos sobre quien recaia, y en este sentido interpretaron los estudiantes las consideraciones que los profesores tenian con Duhamel.

Sin embargo, como todas aquellas sospechas no se apoyaban en circunstancias alguna que pudiese darles la mas ligera apariencia de verdad, se hubieran calmado sin duda como las primeras, si Olivier no hubiera vuelto á presentarse lo mismo que se marchó, es decir, sin advertir de ello á nadie y sin dar esplicacion alguna ni de su marcha, ni de su regreso.

Desde el primer dia que estuvo de vuelta en París, conoció que las desconfianzas que habia escitado cuando por primera vez se presentó en la universidad, se habian reproducido con mas fuerza que nunca. Sus mejores amigos se negaron á darle la mano; le dejaron solo en los gabinetes de lectura en que solia encontrarse con otros compañeros, y en las fondas en que comia como otros estudiantes, procuraban no sentarse á la mesa en que estaba él. Esta conducta era efecto de la resolucion tomada por los gallitos de la universidad.

Por aquel tiempo estaba muy en moda la cues-

tion de la libertad individual; y como la juventud de 1821 queria pasar por rígida en la observancia de los principios, reconocieron en Olivier sus compañeros el derecho de obrar como se le antojase, añadiendo tan solo que ellos por su parte tenia tambien el de no querer tratar con él.

A la verdad habian contado con el carácter impetuoso de Duhamel para que llegára el caso de una esplicacion. Suponian, y no sin fundamento, que al ver que todos le abandonaban preguntaria alguna vez la causa de ello, en cuyo caso aquel á quien se lo preguntase tendria ocasion muy oportuna de manifestarle las quejas de los demás estndiantes, sin que pudiera apelar á su contestacion ordinaria: «Yo no me mezclo en los negocios de los demás, y no quiero que los demás se metan en los míos.»

Mas los que habian preparado aquel triunfo á su curiosidad y al mal humor que les causaba el no poder satisfacerla, quedaron engañados en sus esperanzas. Duhamel no se dió por entendido de la especie de aislamiento en que le dejaban; no volvió á saludar á los que una vez omitian el contestar á su saludo: no alargó la mano á los que no querian darle la suya y vivió aparentó vivir absolutamente solo.

Entraba en la clase y salia de ella á las horas regulares, pero contra sus costumbres ordinarias nunca volvia á su casa sino despues de haber anocheado.

Es desagradable ciertamente haber formado un plan de conducta tan bien dispuesto como el que habian resuelto los estudiantes, y ver que no produce resultado alguno; asi es que se irritaron de ver que Olivier menospreciaba el desprecio de sus amigos, y llevaron á mal que tuviese con los demás la altanería que los demás mostraban respecto á él.

El hombre dá por lo regular mas importancia á las injurias que á los elogios, y le ofende mas el que se rie de su cólera que el que se burla de la amistad. Duhamel no fué ya solamente hijo de un príncipe, hijo de un verdugo, espía del gobierno, sino un mentecato, un impertinente, un orgulloso á quien era ya tiempo de dar una buena leccion y hacer que ocupase su lugar.

Tanto digeron y tanto repitieron esta amenaza, que al fin fué preciso llevarla á cabo, so pena de merecer los epítetos que daban á Olivier y acaso peores; en su consecuencia nombraron una diputacion que llevase en los pliegues del manto la paz ó la guerra, y fuese encargada de sostener esta última en el caso de que se declarase.

Una mañana mucho antes de la hora de entrar en clase, cuatro estudiantes de los mas antiguos y determinados, se presentaron en casa de Duhamel y llamaron á la puerta de su antigua habitacion, la cual les abrió una jóven sumamente hermosa á quien nadie conocia ni recordaba haber visto en

el barrio. Preguntáronla por M. Olivier Duhamel, y ella respondió con un acento un poco alemán, que M. Olivier Duhamet estaba en su cuarto, en el piso superior.

Esto no quería decir nada, sino que Duhamel no vivía en la misma habitación que antes, y probablemente los cuatro estudiantes ocupados con su embajada no hubieran fijado la atención en ello, si en el momento mismo en que iban á subir al otro piso no se hubiese presentado de repente la dueña de la casa, y dicho en tono cólerico á la jóven.

—¿Por qué ha venido Vd. á abrir la puerta? Bien sabe Vd. que M. Olivier se lo ha prohibido.

—Es verdad, respondió la jóven con mal humor, pero yo creí que era él el que llamaba.

—Pues no ignora Vd. que él tiene su llave, y si llega á saber lo que ha pasado se marchará de mi casa y perderé el mejor huésped que he tenido en mi vida.

Durante este corto diálogo, los estudiantes se miraron unos á otros, y hubo ciertas sonrisas y gestos que podían traducirse por: «Ola! El amigo Duhamel tiene buen gusto. Eso, sin duda, es lo que le hace despreciar nuestro trato. Vamos que yo me pondría de buena gana en su lugar.

Al fin uno de ellos dijo en voz alta:

—Perdone Vd. señorita que la hayamos incomodado en su soledad.

—¡Cómo señorita! dijo otro. Perdona Vd. señora que hayamos engañado su esperanza haciéndola creer que era M. Duhamel quien llamaba á la puerta.

—¿Pues no tiene él su llave? exclamó otro.

Y riendo y saludando iban á retirarse los estudiantes, cuando Duhamel se presentó de repente en medio de ellos.

Dirigió una mirada al rededor y la cólera le hizo ponerse encendido; pero al momento substituyó á aquel color una palidez extraordinaria, y con un tono, cuya calma era mucho mas amenazadora que hubieran sido las mas violentas palabras, dijo á sus compañeros:

—Supongo, señores, que es á mí á quien Vds. vienen á buscar.

—Seguramente, le respondieron.

—Entre Vd. en su casa, Teresa, dijo Olivier con mucha dulzura á la jóven; y volviéndose á la dueña de la casa, añadió:

—Luego daré á Vd. mis órdenes. Señores, dijo entonces á los estudiantes, tengan Vds. la bondad de subir á mi cuarto.

Y con una afectada urbanidad hizo que subiesen los cuatro delante; les abrió la puerta de un cuartito pequeño, entró despues de ellos, echó la llave y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué significa eso? preguntó uno de los estudiantes.

haya abierto esa puerta nos hallará dispuestos á seguirle á donde quiera.

—Pues bien, señores, espérenme Vds. aquí un instante, que luego vuelvo.

—Ni un solo minuto, dijo uno de los estudiantes, colocándose delante de la puerta. No piense Vd. que se nos va á escapar.

—Solo el tiempo preciso para despedirme de una persona y soy de Vds.

—Y ¿supone Vd. que nosotros no tenemos tambien de quien despedirnos? ¿Cree Vd. que previendo una desgracia que pueda sucedernos no querríamos dejar un recuerdo á las personas que bien nos quieren? Para esto necesitábamos un plazo por corto que fuese; usted no ha pensado en darnosle, y nosotros tenemos igual derecho para no concedérsele á Vd.

Olivier quedó como aterrado al oír aquella proposicion, y se conocia que titubeaba su resolucion á vista de la necesidad de arriesgar su vida, sin haber podido tomar ninguna precaucion para el caso en que la suerte le fuese contraria.

—Pues bien, señores, exclamó al fin; denme Vds. su palabra de honor de que no dirán nada de cuanto ha pasado aquí, y aceptaré el dia y la hora que Vds. mismos quieren fijarme.

—A nosotros nos han enviado nuestros compañeros, y debemos darles cuenta de nuestra comision. El alma de Olivier estaba entregada á un terri-

ble combate. Por un lado se conocia que hubiera querido destruir á los cuatro imprudentes que habian venido á interrogarle, y por otro, en el modo triste con que los miraba, se conocia que le era muy penosa la necesidad en que le ponian de sacrificar unos adversarios tan leales al misterio de que tenia que rodearse.

—Vamos claros, les dijo por último; si yo respondo á Vds. en los términos que desean, si les digo lo necesario para satisfacer su delicadeza, me dan Vds. su palabra de honor de que no se repetirá otra escena semejante á ésta? ¿Tienen bastante confianza en Vds. los que les envian, para que diciéndoles Vds. que pueden tratarme como amigo y compañero, no intenten averiguar mas de lo que saben?

—Bajo mi palabra de honor, Duhamel, dijo el que habia hablado primero, si lo que Vd. nos diga es lo bastante para satisfacernos, los curiosos nada tendrán que ver con Vd. sino con nosotros que nos constituiremos sus responsables, sin revelar nada.

—En tal caso, escuchénme Vds.

Los cuatro jóvenes jamás refirieron lo que Olivier les habia dicho, y aun guardaron el mas profundo silencio acerca de la jóven que habian visto; contentándose con responder á todos, que estaban convencidos de que Duhamel era hombre de honor, y que se envanecian en tenerle por com-

pañero. Este lance había ocurrido bastante tiempo antes que yo viniese á la universidad, y yo había oído hablar de él aunque vagamente. Sin embargo, á pesar de la discrecion de los cuatro jóvenes con respecto á los secretos que les había confiado Olivier, no tardó en traspasar que en el aposento que él ocupaba antes de su viage, vivía ahora una jóven muy linda.

Entonces fué esta objeto de los comentarios de los que habian sorprendido aquel secreto, y la calificaron con los supuestos mas magníficos, asi como con los mas vergonzosos. Ya suponian que era una señorita noble que Duhamel había robado de su casa; ya era una jóven rusa, ya era una vendedora de manzanas ya un ángel, ya una mujer perdida. Esto escitó la curiosidad por algun tiempo, y despues, como había sucedido con el mismo Olivier, no se volvió á hablar mas de ella.

Cuando él vino á visitarme á mi casa, esto era lo que yo sabia; y cuando posteriormente, en una circunstancia muy cruel fui á tomar noticias del mismo Duhamel, que había vuelto á desaparecer sin que nadie supiese á dónde había ido, me refirió lo siguiente la dueña de la casa que él había ocupado.

La primera vez que Olivier se presentó en su casa, la ofreció pagar por la habitacion el doble de lo que valia, con la condicion espresa de no tener en su casa otro estudiante. Había pagado exactamente, se había portado siempre muy bien, y jamás

había notado en él su patrona nada de extraordinario, como no fuese el completo silencio que guardaba acerca de su familia. Jamás había hecho nada reprehensible antes de su viaje, y cuando de vuelta de él trajo consigo una jóven, y dijo que iba á vivir en la habitacion que él había ocupado, la dueña de la casa se había escandalizado, y no había querido tener parte en una intriga que consideraba como criminal.

—Escúcheme Vd. señora, le dijo Duhamel; la jóven que traigo conmigo ha de ser mi esposa, y no quiero que pueda censurarse en lo mas mínimo á una mujer que ha de llevar mi nombre. Teresa vivirá aquí, y yo ocuparé el cuartito que hay encima de este aposento; sé que Vd. tiene que estar muchas veces fuera de casa horas enteras por sus ocupaciones, pero yo le doy mi palabra de honor de que no entraré en la habitacion de Teresa, sino cuando usted se encuentre en ella. Créame Vd. que he de mirar mas por la honra de esta jóven que usted misma, y que cuando se la confío es porque hago de Vd. una estimacion que deseo que Vd. haga de mí.

—Pues bien, caballero, me decia aquella mujer, en seis meses que han vivido aquí, todo ha pasado como él me había prometido. Todas las mañanas venia á saludarla, y era un gusto oírle hablar á aquella señorita. ¡Oh! la queria mucho, caballero; la queria mucho, porque jamás la daba sino buenos consejos, y se complacia en instruirla y en

enseñarla el lenguaje de la sociedad, al mismo tiempo que el de los buenos libros. «Quiero poder envanecerme contigo, Teresa, le decia, no solamente porque seas pura y hermosa, sino porque tengas tanto talento como hermosura.»

Si, señor, la queria mucho, porque no pocas veces la jóven, que se fastidiaba de estar sola le hacia mil monadas para que la llevase al teatro ó al baile, y era necesario tener un corazon muy duro ó muy enamorado para resistirse á ellas. ¡Y cuántas veces me llamó para que estuviese con ellos cuando yo me separaba para atender á los quehaceres de la casa!

El queria á toda costa ser juicioso; pero no podia dejar de ser jóven y enamorado, y habia momentos en que se quedaba mirando á Teresa como en una santa contemplanon: sus ojos no se separaban de ella, perdia el color, la cogia las manos convulsivamente y la traia hácia si; yo veia todo esto por entre la puerta-vidriera de la pieza en que estaban; pero nunca me daba lugar á que pudiera advertirle, pues antes se separaba de Teresa, y por lo regular salia de casa como un loco. ¡Oh! aseguro á Vd. que era una cosa muy particular ver á ese jóven luchando contra su amor por la honra de la que habia de ser su mujer, y todo eso sin que nadie le ayudase, porque la jóven no oponia la menor resistencia.

El dia que aquella buena mujer me contó todo

esto, no estaba yo en el caso de tomarme cuidados por la suerte de Teresa: Olivier me inspiraba mucho mas, y solo pensaba en él.

Volviendo ahora á mi historia, no le vi mas mientras estuve malo, y tuve que contentarme con las repetidas visitas de mi amigo Morinlaid. En medio de la soledad en que vivia, bien hubiera podido llamarme la atencion aquella asiduidad, asi como tambien la eleccion del sitio en que Morinlaid se colocaba, pues como he dicho, se sentaba siempre junto á la ventana como en un puesto de observacion: pero yo tenia otras cosas en la cabeza.

Desde el primer dia de mi enfermedad; madama Saint-Marc habia enviado á saber como estaba, y yo solo pensaba en el momento en que podria ir á darle las gracias por su atencion. Es verdad que madama Smith habia hecho otro tanto, y no podia yo suponer en ella la misma intencion que en madama Saint-Marc; pero me alegré mucho de aquella circunstancia, porque me dió motivo para preguntar á mi amigo Morinlaid, si le parecia que estaba en el órden que fuese á hacer una visita á la tal señora: el lo tuvo por muy acertado; y yo deduje en mi interior que lo que era bueno respecto á una, debia serlo tambien necesariamente respecto á la otra. Pero no tuve que pensar mucho en el modo con que me presentaria en casa de madama Smith.

VII.

Un crimen.

Hallábame ya completamente restablecido, aunque no habia salido todavía de casa, cuando una mañana me anunciaron la visita de M. de Favreuse. Yo estaba acostumbrado á ver hombres de muy buen tono, porque mi padre seguia, como he dicho, la carrera diplomática, y en general, entre los hombres que se dedican á la gran ciencia política, se encuentran los modelos mas perfectos del trato social. Sin embargo, jamás habia visto en nadie una manera mas natural y fina de espresarse, un modo mas elegante de saludar, de tomar tabaco, de colocarse en una silla. M. de Favreuse levantaba la cabeza echándola algo hácia atrás, de suerte que miraba de alto á bajo, pero aparecia en su rostro una amabilidad

tal, que era difícil notar que su ademán y su acento tenían algún tanto de desdeñosos.

—Amiguito mío, me dijo haciéndome sentar en el sitio de que me había levantado para recibirle, los enfermos son como los reyes y las señoras; no deben incomodarse por nadie.

Dirigió una mirada rápida á toda mi habitación, y me pareció que le admiraba encontrarla en tan buen orden. Sentóse en una silla que le indiqué, y después de haber terminado la inspección, me dijo en voz muy dulce:

—Querido vecino: mi visita es casi una embajada, como vá Vd. á juzgar por sí mismo.

Me miró haciendo un guiño, y continuó con un tono tan natural que parecía que las palabras se le deslizaban de sus labios.

—Vd. pasa una buena parte del tiempo á la ventana. (Yo arrugué el entrecejo). Le gusta á Vd. el aire libre, ¿eh? Es Vd. lo mismo que yo; me ahogo en estos cuártuchos que hacen en el día. (Hice una señal afirmativa con la cabeza). Aunque sus miradas de Vd. no se detienen por lo regular, en el lado Norte de nuestro patio, no habrá podido menos de observar algunas vez á su ventana á una señora de una hermosura bastante abultada para poder surtir con sus encantos á una docena de mujeres.

—Habla Vd. de Mad. Smith; dígame á M. de Favre que había pronunciado la última frase con la mayor indiferencia.

—¿Sabe Vd. su nombre? exclamó. Me alegro mucho de que la haya Vd. reparado, porque ella ha fijado su atención en Vd.

Al oír esto hice un gesto tan espresivo que alteró, aunque ligeramente, la fría calma de M. de Favreuse. Este bajó imperceptiblemente la cabeza y añadió:

Es una señora de muy buena familia que tiene bienes bastantes para vivir independiente, y de costumbres irreprochables.

No es posible que yo espere la adorable fatuidad con que M. de Favreuse pronunció las palabras *costumbres irreprochables*. A la verdad que no había medio más elocuente para defenderse contra el mal juicio que yo hubiera podido formar acerca de sus relaciones con madama Smith. Sin embargo, mi cara no debió decirle suficientemente que le había entendido, porque añadió al momento:

—He dado varias veces la vuelta al mundo, vecinito, y he llegado ya á la edad del descanso. No obstante me intereso mucho por todo lo que interesa á madama Smith, y he aceptado la misión que ha tenido á bien encargarme. Por razones que ella misma manifestará á Vd. se alegraría mucho de que en vez de pasar aquí solitario las primeras horas de la noche durante su convalecencia, tomase Vd. el partido de hacer algunas visitas á sus vecinos.

Volví á hacer otro gesto como el primero, pero M. de Favreuse, sin hacer caso de él prosigió:

Es mujer de talento, acaso demasiado aficionada á reirse, pero Vd. está triste, segun me han dicho, y eso le alegrará.

No pude permanecer por mas tiempo en silencio, y respondí:

—Creo que Vd. convendrá, señor conde, en que una invitacion hecha en estos términos debe sorprenderme....

—Poco á poco, amíguito mio, dijo él interrumpiéndome, no vaya Vd. á enfadarse. Tan inocente estoy yo respecto á las palabras que acabo de decir, como un mozo de esquina respecto á la carta que le dan para que la entregue á una persona. Todo lo que puedo decir á Vd., añadió tocándose la nariz y con tono malicioso, es que hay una *gavilla* de mujeres que están rabiando por verle.

Cito testualmente lo que me dijo, pues la palabra me chocó demasiado para que la olvidase fácilmente.

—Pero, caballero, le digo con impaciencia, yo no sé como interpretar...

—Ni yo tampoco á fé mia. Lo único que sé es que se jugará, se beberá ponche y se comerán mantecaditos.

El acento con que M. de Favreuse pronunció la palabra *mantecaditos*, me dió á conocer que debian estar hechos con manteca rancia. El continuó:

—Madama Smith ha convidado á toda la casa y sentiria mucho que Vd. no concurriese.

—¿Estará Vd. allí, señor conde? le pregunté en tono que yo pretendía que fuese burlon.

—¡Cómo si estaré! me respondió frunciendo los labios. Pues si soy el rey de la fiesta. No se puede Vd. figurar cuánto me minan. Parece que tendremos á la hermosa madama Deslaurieres...

Hice un gesto de desprecio.

—La lindísima madama de Saint-Marc.

Al oirlo se oprimió mi corazón de tal modo, que no tuve fuerza para responder, y eso sin duda me libró de decir alguna necedad: mas parece que la espresion de mi rostro debió decir lo bastante, porque M. de Favreuse hizo un leve gesto de desden y disgustos, y añadió:

—A pesar de todo, como Vd. se halla convaleciente, si le contraria el ir, puede dejarlo.

—¡Cómo! exclamé habiendo recobrado la voz, me honra demasiado la invitacion de madama Smith para que no la acepte con estrema gratitud.

M. de Favreuse me miró, examinó de nuevo mi cuarto, y levantó los ojos al cielo murmurando entre dientes:

—Los pichones han nacido para que lo desplumen.

Me pareció que habia oido mal, y le pregunté con viveza:

—¿Qué decia Vd. señor conde?

El se levantó de la silla y me respondió sonriéndose:

—Nada; era una reflexion moral que hacia acerca de la prevision de la divinidad, que ha cuidado del sustento de todos los seres.

Y añadió con el tono mas sardónico que es posible oír:

—«Dios á los pajarillos alimenta.» Allí verá Vd. á madama Saint-Marc.

Si ha habido algun hombre á quién hayan advertido claramente lo que le vá á suceder, ese hombre era yo; pero apenas fijé la atencion en la singularidad del convite y en la estraña manera con que se me hacia, pues no pensaba mas que en una sola cosa; en que iba á ver á Mad. Saint-Marc.

A pesar de lo que habia oido, M. de Favreuse me dejó bastante provision de felicidad y de esperanzas, para que pudiese pasar el resto del dia entre dulces ilusiones; pero la suerte enemiga me privó del encanto de aquella grata ocupación, y un suceso importante vino á turbar el delicioso éxtasis en que estaba formando acerca de mi amor castillos en el aire. Poco tiempo despues de haber salido M. de Favreuse, sentí dar pasos precipitados encima de mi habitacion; yo ocupaba el segundo piso, Mr. Molinos el cuarto, luego donde marchaban era en el tercero, y pronto no me quedó duda alguna, porque atravesando el techo llegó á mis oidos el acento de una voz irritada.

La tal voz era de hombre y los intervalos de silencio que separaban el ruido que hacia me dieron

á entender que alguien les respondia; mas no podia adivinar quién fuese el interlocutor de aquel furioso, porque ningun sonido perceptible llegaba hasta mí. Tampoco oia pasos mas que de una sola persona, y á no haber sido por los silencios intermitentes, y por el acento de la voz, cuyo furor iba cada vez aumentando, hubiera creido que era algun actor recitando un papel de tragedia ó algun autor que se leia á sí mismo un drama furibundo.

Aquel rumor, que habia empezado solamente importunándome, llegó á llamarme la atención, porque oí un chillido lamentable, ahogado inmediatamente, é inferí que quien le habia dado era una mujer. Ignoraba completamente quiénes eran las personas que vivian encima de mi aposento, y por consiguiente pude creer que era una riña de matrimonio. Sin embargo, las voces del hombre iban siendo cada vez mas furiosas, y no tardé en oír amenazas mezcladas con súplicas, y luego el ruido de un cuerpo que caia al suelo y los gritos desesperados de una mujer.

Toda la casa empezaba á ponerse en movimiento: abrian por todas partes las ventanas, y se llamaban unos vecinos á otros, cuando se abrió con estrépito la ventana que caia encima de la que yo estaba, y una mujer á quien no veia empezó á pedir auxilio. La lucha continuaba, y no tardé en ver el cuerpo de la desdichada casi vencido fuera de la pared, se habia agarrado con las dos manos á un hier-

ro horizontal que atravesaba la ventana, y resistía cuanto le permitían sus fuerzas, á las que hacia su asesino para precipitarla al patio.

Los testigos de aquel horroroso espectáculo gritaban por todas partes en mi patio y en el inmediato:

— «Que suban, que echen la puerta abajo.»

Salí de mi abitacion, subí precipitadamente la escalera, de una patada hice saltar la puerta de entrada, y llegué en el momento en que la infeliz mujer, colgada del hierro con una sola mano, iba á soltarle y hacerse pedazos en el empedrado del patio. Yo no pensé sino librarla de aquel espantoso peligro, y la metí á la parte de adentro sin atender á su asesino al cual ví despues sentado en una silla con las piernas cruzadas y la mayor tranquilidad, mirando con la mas completa indiferencia como salvaba yo á su víctima.

Detrás de mí habian subido algunas otras personas que se arrojaron á él, mas no trató de defenderse ni respondió una palabra á las injurias que le dirigian.

Colocamos á la víctima en la cama, de donde el hombre la habia sacado, y aunque no estaba desmayada, el miedo que habia sufrido la habia puesto en una especie de delirio espantoso; daba diente con diente, tenia los ojos fijos y encendidos, respiraba con dificultad, y de cuando en cuando la oia yo decir en voz baja y alterada:

—¡Ah!... tengo miedo... tengo miedo...

Durante este tiempo habian ido á buscar al comisario de policia, y el asesino se habia colocado de manera que pudiese ver bien de frente á su víctima.

Habian hecho algunas preguntas á aquel hombre, pero inútilmente, pues á nada queria responder, y era imposible obtener informe alguno de la víctima. ¿Quiénes eran, pues, aquella mujer y aquel hombre? ¿cuáles sus relaciones y cual el motivo de su riña? Por una cualidad singular nadie podia responder á estas preguntas, y por un prodigio inaudito, hasta la portera, registro vivo de los habitantes de la casa, nada sabia, ó por lo menos lo decia así. De esta manera pasamos cosa de media hora; el paroxismo nervioso que habia agitado con tanta violencia á la víctima fué cediendo poco á poco, y en fin se resolvió en un diluvio de lágrimas mezcladas con dolorosas quejas, y tristes suspiros, que á pesar de ser inarticulados, manifestaban que la infeliz habia vuelto á pensar y recordaba lo que acaba de suceder. En esto llegó el comisario de policia, hombre de mala figura y de aspecto siniestro y feroz, el cual, segun parecia, no solo estaba enterado del suceso antes de llegar, sino que conocia á los personajes; el criminal se sonrió al verle, y la pobre mujer manifestó nuevo terror. Sin embargo, no se notó en M. Bonnissens (que así se llamaba el comisario) intencion alguna de dejar de cumplir con su

deber; recibió las declaraciones de los muchos que habian visto ú oido parte de aquella escena, la enferma no pudo ó no quiso hablar, y cuando interrogó al acusado este se contentó con responder en tono insolente:

—Lo único que yo tengo que decir es que no está en mi mano impedir á una loca que quiera tirarse por la ventana.

Esta respuesta escitó en todos un movimiento de indignacion; mas el acusado, dirigiendo una mirada significativa á su victima, que tenia clavados en él los ojos espantados, continuó:

—Cuando ella quiera responder á Vd. estoy seguro de que no dirá otra cosa.

La triste á quien se dirigia esta amenaza, porque lo era, ocultó la cabeza entre las sábanas procurando comprimir los suspiros y lágrimas, que volvieron á empezar con mayor violencia.

Vino al fin el médico M. Bequillet y mandó que la enferma permaneciese en una absoluta quietud; pero en aquel momento se presentó una dificultad inesperada; la mujer de quien hablamos no tenia criada, y en el estado en que se encontraba era imposible dejarla sola. Por una nueva singularidad, la portera, que de tan buena voluntad se habia constituido enfermera mia, se negó absolutamente á quedarse con mi vecina, y al fin se ofreció á ello una vieja que se hallaba entre las gentes que habian concurrido al alboroto, la cual vivia en una de las

guardillas de la casa, y barria y limpiaba el cuarto de M. Molinos. No se tomaron mas informes de ella. M. Bequillet escribió una receta, quedó instalada la vieja en el cuarto de la enferma y cada uno se retiró á su habitacion. En el momento mismo en que yo entraba en la mia se llegó á mí un caballero que me pareció que habia estado hablando con el comisario á la puerta del cuarto de la víctima, y me dijo en tono misterioso:

—Caballero: tengo que decir á Vd. dos palabras.

Yo le rogué que pasase adelante.



VIII.

Un desconocido extravagante.—Primeras confidencias.—Nuevos personajes.

Luego que dije al desconocido que se sentase empecé á examinarle. Era hombre de estatura mediana y elegante; su edad no era fácil de determinar porque no tenia barba ninguna, pero el oscuro brillo de sus ojos, el reluciente negro de sus cabellos y cejas, y el color cetrino de su rostro, de facciones muy marcadas, daban á su fisonomía un carácter de vigor y de virilidad que no dan siempre los pelos mas espesos. Sus dientes, estremadamente blancos, quedaban encajonados cuando se sonreia entre dos lábios delgados y algo oscuros, y añadian un no se qué de cruel á la espresion naturalmente grave de su semblante.

Esperé un momento á que aquel hombre enta-

blase la conversacion que me habia pedido pero aunque no parecia arrepentido del paso que habia dado, se conocia que dudaba acerca del modo con que empezaria lo que tenia que decirme.

Me examinó detenidamente, como se examina á un adversario cuyo lado flaco se quiere descubrir, y confieso que sus miradas me deslumbraron al principio y despues fueron un peso para mí. Entonces me sentí humillado de que me turbase la presencia de un hombre á quien no conocia y que se habia introducido, por decirlo así, en mi casa; y rompí repentinamente el silencio diciéndole:

—Caballero: estoy esperando las dos palabras que tiene Vd. que decirme.

—¿Sabe Vd. quién soy? me dijo.

—No por cierto.

Pues me llamo el conde de Saint-Marc.

Este nombre me trastornó, como si la pasion que profesaba á la muger que se llamaba del mismo modo fuese un insulto para el hombre que tenia delante de mí. Sentí que temblaba y me ponía encendido; el desconocido se sonrió, y añadió con una intencion manifiesta de burlarse:

—Me llamo el conde de Saint-Marc, y vengo á hablar á Vd. de la jóven á quien ha librado de la cólera de M. de Frobental.

—No conozco á esa jóven, ni á ese M. de Frobental, le digo; y no concibo en qué pueda interesarme nada que tenga relacion con ellos.

Usted está estudiando leyes, replicó, y aunque esto no indique de modo alguno que tenga ni aun el mas leve conocimiento de nuestra legislación, basta lo que Vd. sepa de mundo para que calcule que lo que ha pasado hoy en esta casa dará motivo á un proceso criminal.

—Me parece muy probable, caballero; y si llega ese caso me llamarán á que declare como testigo. ¿Es sobre eso, sobre lo que tiene usted que hablarme?

—Exactamente.

La serenidad de aquel hombre me pareció insolente, y le dije con el tono mas sério que me fué posible:

—¿Y piensa Vd. influir de antemano en mi deposición?

—No he venido á otra cosa; me contestó con frialdad.

—Caballero, exclamé levantándome y señalándole la puerta con la mano; Vd. no tenia que decirme mas que dos palabras, y yo he escuchado muchas mas que las que debiera.

El desconocido siguió con la vista la dirección de mi mano, y replicó en tono burlon:

—Y si no obedezco á su mandato de Vd... si no salgo inmediatamente por la puerta...

—En tal caso, exclamé encolerizado, le arrojaré á Vd.

La sourisa de aquel hombre me hizo detener, y

él repitió, riendose á las claras:

—Me arrojará Vd. por la ventana. Eso prueba que se puede muy bien tener la intencion de arrojar á otro por la ventana, sin ser por eso un miserable asesino.

—Hay una inmensa diferencia, caballero, entre un hombre que se dirige á otro hombre que ha venido á su casa á insultarle y que no quiere retirarse de ella, y el que; encontrandose en casa de una muger, abusa de su fuerza para....

El incógnito se encogió de hombros, y yo continué:

—A la verdad, no sé por qué me estoy tomando el trabajo de justificar el derecho que tengo á decir á Vd. que salga de mi casa: únicamente depende de Vd. que sea de una manera decorosa, ó que....

Mi interlocutor se acomodó en su sitial, y me dijo:

Está bien; arrójeme Vd. por la venta.

Diciendo así, se me cruzó de brazos y se me quedó mirando con la mayor tranquilidad.

Esta conducta era capaz de encolerizar al hombre de mas paciencia, y acabada la mia, cogí al insolente por el cuello, y le levanté; pero en lugar de oponer él resistencia ni emprender una lucha, se dejó caer pausadamente en su asiento, y repitió:

—Arrójeme Vd. por la ventana, cabalmente me

parece que será fácil, porque tiene Vd. buenos puños y yo no peso mucho.

Esta imperturbable insolencia acabó de exasperarme. Cogí mi baston que estaba arrimado á una silla, y me dirigí á él levantando el palo en alto y diciéndole:

—No señor; no le arrojaré á Vd., pero le haré que salte por ella.

Al escuchar esta amenaza desapareció la impasibilidad de mi hombre, y se puso en pié delante de mí con un movimiento tan rápido y altivo, que me pareció que en un momento habia crecido seis pies.

Relució en sus ojos el brillo fulgurante del tiro de un arma de fuego, y contrajó sus lábios una espresion tan feroz, que retrocedí como si me hubiese sentido herido por un golpe imprevisto.

Siguióse un momento de silencio y de inmovilidad por una y otra parte, y en tanto que yo dudaba si descargaría el golpe, el desconocido bajó los ojos y se los cubrió con las manos, en cuya disposicion me hubiera avergonzado de dar á un hombre que no vea de dónde venia el ataque.

—Vamos, le digo, ¿se vá Vd?

Miróme entonces como si con las manos hubiese borrado lo feróz de su semblante, de suerte que no ví en él mas que una espresion tan suave, tan humilde, tan tímida, que casi me reconvine de mi brutalidad, como si hubiese amenazado á una muger.

—He hecho mal, me dijo con voz grave, y por una equivocacion, acaso, no he de esponer el honor de una familia ilustre, la carrera de un hombre con quien unen á Vd. los lazos mas sagrados, y tal vez la vida de algunas personas.

Esto merecía alguna atencion, y por grande que fuese la irritacion que su impertinencia me habia causado, y el disgusto interior que sentia por la especie de terror que me habia inspirado, no creí que debia llevar mas allá una escena de violencia, cuyo resultado podia ser fatal.

—Hable Vd., caballero, le digo, y espíquese claramente, si es que ha entrado en mi casa con intencion formal de hacerlo.

Quedóse reflexionando un instante, y despues me dijo:

—Perdone Vd., pero las palabras que se me han escapado requieren una explicacion: acaso será preciso que me oiga Vd. bastante tiempo; ¿tendrá paciencia para hacerlo?

—Nada tengo que hacer en este momento...

—En tal caso permitame Vd. que escriba dos líneas á una persona que me aguarda, para que sepa la razon por qué no puedo concurrir.

—Haga Vd. lo que guste.

Sacó del bolsillo una cartera en el mismo momento que yo le ofrecia papel, pluma y tintero, escribió algunas palabras con lápiz, y me dijo levantándose:

—Voy á enviar esto con un mozo.

Arrancó la hoja, y como por distraccion, arrojó la cartera sobre la mesa al salir. Fuese por casualidad; por estar preparado de antemano, se salieron de la cartera que estaba abierta, cinco ó seis billetes de banco. Llamé á aquel hombre para advertíselo, mas él me respondió desde la escalera, que volvía al momento.

Me ocurrió la idea de que habria querido tal vez mostrarme por aquel olvido voluntario que tenia medios de pagarme la declaracion que sin duda queria que diese en el asunto de mi vecina, y me dispuse para recibirle como merecia; pero en vez de volver á los pocos minutos, como me habia prometido, pasó un cuarto de hora, media, una, hasta dos horas sin que volviese á parecer. En los primeros momentos no quise tocar á la cartera para que su dueño la encontrase tal como la habia dejado: pero á medida que se iba pasando el tiempo se me iba haciendo insoportable la vista de aquellos billetes abandonados en mi mesa con tal indiferencia, como si fuesen los mudos intérpretes de una posicion vergonzosa. La ausencia de tal sugeto me pareció tan insolente como su presencia, y con el objeto de librarme á un tiempo de la cartera y de las confidencias que el desconocido queria hacerme á su vuelta, estaba decidido á llamar de nuevo al comisario de policia y entregarle los billetes, dejados probablemente con intencion sobre mi mesa, cuando oí llamar á la puerta.

Abrí al momento, pero en lugar de la persona

que esperaba, vi á un criado vestido de librea, que me entregó un paquete bastante voluminoso, despues de haberse cerciorado de que era yo la persona á quien buscaba. Retiróse luego, y debajo de la primera cubierta del paquete encontré la siguiente carta:

«Caballero: un negocio de la mayor importancia para mi, me retiene en este momento, y acaso me impedirá que pueda pasar á ver á Vd. en algunos dias. Sin embargo, es preciso que Vd. no ignore los pormenores que deseaba manifestarle, y con ese objeto le remito bajo este sobre la copia de una memoria que no se ha publicado por haber mediado algunos arreglos en el asunto de que se trata. A pesar de hallarse incompleta esta memoria, creo que bastará para edificar á Vd. con respecto á ciertas personas, cuando sepa que la jóven á quien ha librado esta mañana es la misma que se designa ahí con el nombre de Justina. Todo esto lo confio al honor de Vd. y no hablo del interés que tiene en que se eche tierra á ese negocio, porque eso lo juzgará Vd. mismo. Tengo que salir de Paris por nnos dias, pero veré á Vd. luego que regrese.

Soy su afectísimo, etc.

Maximiliano de Boilloy.—Conde de Saint-Marc.

A pesar del mal humor que me habia causado este asunto, iba tomando un giro demasiado sério para que yo dejara de fijar en él la atencion, y por otra parte sentia gran curiosidad de saber qué in-

terés podia yo tener en que aquel crimen quedase oculto. Por estas razones, y por la de que nada tenia que hacer, sino esperar á que llegase la hora de la reunion de Mad. Smith, empecé á leer la tal memoria, cuya primera parte reproduzco testualmente. Mas adelante diré las circunstancias que me impidieron acabar su lectura, pues es probable que si hubiese leído el manuscrito hasta el fin, los sucesos hubieran tomado un aspecto diverso. El lector podrá juzgar, siguiéndome paso á paso en el laberinto de intereses que me veia mezclado, sin saber cómo, é ignorando qué lazo me unia á todas aquellas intrigas; tambien podrá juzgar si debí quedar sorprendido de la confianza que se me hacia, cuando hallé en la primera página del manuscrito el nombre de uno de mis vecinos, M. de Fabreuse, pues aunque no era él mismo el que se presentaba en escena, se trataba del gefe de su familia; y yo creia que aquella narracion interesaria al anciano general. En fin, dejo á mis lectores el cuidado de figurarse lo que yo debí sentir con aquella lectura. El manuscrito decia así:

(Nota de 1840). Sin duda en 1829 no volví á leer esta supuesta memoria, pues hubiera hecho la observacion que ahora me ha ocurrido, á saber: que no hay en ella, ni la forma, ni el estilo que debe tener una memoria escrita para presentarse á jueces que debán decidir una cuestion de Estado, y se parece mucho mas á una novela. Por desgracia, cual-

quiera que sea el estilo con que se esponen, los hechos que en ella se refieren son exactamente ciertos; y si bien recuso la responsabilidad de la narracion, ó mas bien de su espíritu, aseguro la autenticidad de los sucesos de que habla.



IX.

Dos señoritas nobles, sus esposos y costumbres.

El duque de Favreuse, uno de los propietarios mas ricos del mediodía de la Francia, habia casado á su hija mayor Elena de Favreuse con el duque de Frobental, señor de los mas antiguos y poderosos de la aristocracia flamenca, que ha sobrevivido hasta ahora á todas las revoluciones que han hecho ser á los que se llaman hoy Países-Bajos, la añadidura de cuantos repartos se han hecho entre las grandes potencias de Europa (1). Este matrimonio se celebró el 15 de agosto de 1790. Ocho dias despues el mismo duque de Favreuse, casaba á su segunda hija Juana de Favreuse, con el marqués de Premontré,

(1) Despues de escrito esto se ha formado con estas provincias el reino de Bélgica.

diputado en la Asamblea constituyente, el cual á pesar de su título estaba muy aliado con el partido de la revolucion. Por medio de una escritura auténtica y regular, el duque de Favreuse dividió la totalidad de sus bienes entre sus dos hijas, obligándose estas y sus maridos á pagar una renta de cien mil escudos en el pais que mas le acomodase. Por separado de este acto, M. de Favreuse hizo otra escritura reservándose el derecho de volver á recobrar sus bienes en el espacio de diez años, con la obligacion de dar á cada una de sus hijas una renta de cincuenta mil escudos.

Celebrados los dos matrimonios, y tomadas estas precauciones, esperó M. de Favreuse los sucesos, despues de haberlos previsto con una rara sagacidad; y cuando la permanencia en Francia Hegó á ser peligrosa para los que tenian un nombre ilustre y grandes riquezas emigró, dejando á sus dos yernos el cuidado de proteger sus inmensas propiedades; y como estos dos señores habian obligado por un contrato sus bienes propios para pagar la renta á M. de Favreuse, marchó este perfectamente asegurado contra las eventualidades del porvenir.

El primer yerno, M. de Frobental, se mantuvo oculto durante la tormenta revolucionaria, y en 1795 tenia un heredero de su nombre y bienes sin que nadie se hubiese metido con él. En cuanto á M. de Premontré tuvo la vulgar habilidad de ser partidario de Robespierre hasta el 7 thermidor que se pasó

al lado de Tallien; algun tiempo despues se hizo panegirista del abate Syelles, y posteriormente supo penetrar tan bien el genio de Bonaparte, que el 17 brumario decia de Syelles que no era otra cosa que un pobre resto desgastado de orador palabrero. Así es que fué nombrado para el Senado imperial, entre los pocos nombres algo elevados que se habian librado de la guillotina, é iba á gozar el fruto de sus mezquinas intrigas y bajezas, cuando murjó de un catarro, enfermedad verdaderamente digna de su vida.

El duque de Frobental, por el contrario, se presentó en el teatro político en el momento en que desapareció de él M. de Premontré; llevó la corte imperial su ilustre nombre y su inmensa riqueza, y la duquesa de Frobental se distinguió en ella por su hermosura y su ejemplar conducta. Pero es necesario que volvamos á lo pasado, y despues de haber mostrado cuál fué la existencia exterior y vulgarísima de las dos hermanas, refiramos los sucesos internos que mas adelante hacian de dramatizarla.

A principios del año 1798 tomaba una silla de posta en el camino de la quinta de Premontré, situada á una legua escasa de Mazamet; precisamente era el 22 de marzo, y aunque esta fecha sea la de la entrada de la primavera, el campo estaba cubierto de nieve, y un frio escesivo la habia endurecido hasta el punto de que se escurrian carruajes y caballos sin poder adelantar nada. Un hombre coloca-

do en lo interior de la silla escitaba constantemente con sus gritos, amenazas y promesas de dinero el impotente ardor del postillon, que se fatigaba en arrear á sus caballos, tanto como estos en arrastrar lentamente el carruaje. Cuando cesaban las imprecações y los ruegos de aquel hombre; salian del fondo de la berlina unos gemidos que parecia que se quisiesen ocultar.

—Adriano, decia la mujer que se quejaba, Adriano ¿no llegaremos jamás? Estos dolores son espantosos y yo conozco que me muero.

—Animo, Elena, ánimo, le respondia el hombre á quien habia llamado Adriano... Suframós todavía algunos minutos y nos encontraremos en casa de su hermana de Vd.

La desdichada Elena no respondia, y mordiéndolo con rábia el pañuelo, ohogaba por un momento los gritos que le salian del pecho. Pero un movimiento duro del carruaje hacia mas agudos sus dolores, lanzaba un grito, y rota la barrera que oponia á sus podecimientos, se escapaban con violencia sus gemidos: entonces el hombre que la acompañaba dirigia al camino una mirada inquieta para ver si podia alguien oír los quejidos, y empezaba de nuevo sus amenazas al postillon, que correspondia con terribles juramentos, poniendo á todos los santos del cielo por testigos de que ni por un millon volveria á á empezar el camino que le obligaban á andar.

Habian llegado al medio de una cuesta bastante

empinada, y los gritos de la mujer, las exhortaciones del viajero, y los juramentos del postillon formaban un terceto furioso, cuando por un caminito que venia de la falda de la montaña salió un hombre dirigiendo cuatro bueyes que tiraban de un rastro vuelto del revés con las puntas hácia arriba. En ellas estaban clavados tres ó cuatro haces de paja, sobre los cuales venia sentado el hombre, de manera que á pesar del mal estado del camino, los bueyes arrastraban con facilidad un peso tan ligero.

Los caballos de la silla que habian agotado ya sus fuerzas se detuvieron de repente, y con trabajo pudieron impedir que el carruaje retrocediese y volviese á bajar toda la parte de cuesta que tan penosamente habia subido. La mujer seguia quejándose, y el hombre gritaba con mas fuerza que nunca.

—Cincuenta luises te doy, si llegamos antes que sea de noche.

Sostenido hasta entonces el postillon por el atractivo de aquellas magníficas promesas, habia hecho esfuerzos sobrehumanos para merecerlas; pero cuando vió que todo cuanto hacia era inútil abandonó la partida, y dijo bajándose del caballo:

—Llévenos el diablo á todos. Aun cuando les ponga Vd. herraduras de oro con clavos de diamantes, mis pobres bestias no pueden dar un paso mas.

En aquel momento estaba la silla de posta rodeada por una especie de nube que formaba el su-

dor de los caballos al evaporarse.

—¡Hola, Limasou! gritó desde el camino una voz áspera y burlona: ¿á quién estás asesinando con mil diablos?

Mientras el hombre que venia en la silla habria la portezuela y saltaba á tierra para activar con mas energía la mala voluntad del postillon, este se habia acercado al aldeano que venia sobre la rastra, y le decia con la exaltacion de gestos y palabras que da un realce tan pintoresco á las buenas y malas cualidades de la gente de aquel país.

—Yo soy el asesinado, Juan, soy como siempre, víctima de mi buen corazon. Ahí dentro se encuentra una señora con un hombre, que viene no sé de dónde, y se han echado á mis piés, ofreciéndome diez luises porque los trajese de Mazamet á Premontré. Tú me conoces y sabes que soy la bondad personificada; no he querido dejar de hacerles este favor, sobre todo á la señora, que es muy linda, y mira en qué pasos me he metido; los caballos no pueden mas... están sudando agua y sangre, van á coger un aire, se van á aguar y á no poder dar un paso, y abré perdido dos animales que valen quinientos francos cada uno, por haber sido humano y caritativo.

Mientras Limasou hablaba así, el sugeto que habia salido del carruaje se acercó á los dos interlocutores. El aldeano le miró con vista perpicaz, y sin responder al postillon le dijo acercando la ahijada á

sus bueyes: «¿Quién es ese hombre?»

—Ese, respondió Limasou, es el criado de la señora que viene en la silla.

Juan examinó al tal criado de pies á cabeza, se rascó la nariz silbando una cancion de su tierra, y dió á los bueyes la voz que debia hacerles empezar á caminar. Pero los bueyes esperaban sin duda una insinuacion mas directa, porque no hicieron otra cosa que apoyar el testuz contra el yugo á que estaban uncidos; y el que Limasou habia dicho que era el criado, el tal Adriano, gritó á Juan:

—Diga Vd. amigo; ¿no podria Vd. ayudarnos á salir de este apuro?

—¿Quién yo? Nones: dijo el aldeano. Hace hora y media que deberia estar en casa, y así hubiera sido, si no me hubiese entretenido en tirar á los zorzales á las orillas de los bosques de Premontré.

—¿Viene Vd. de Premontré? exclamó Adriano. Eso prueba que conoce Vd. perfectamente el camino.

—Eso prueba, replicó Juan, que si no me hubiese retardado no me hubieran hallado ustedes; si no me hubiesen hallado, habrian salido de su apuro como pudieran, y por consiguiente pueden ustedes pasarse sin mí.

—Espere Vd... repitió el criado, viendo que el aldeano hacia ademán de proseguir su camino. Bien vé Vd. que no podemos salir de este sitio sino con el auxilio de alguien que pase por aquí, y con el

tiempo que hace no es probable que encontremos á nadie sino á Vd.

En este momento oyeron los quejidos de la señora, mas agudos y mas lastimeros que nunca.

—¡Elena, Elena, ánimo! exclamó Adriano corriendo hácia el carruaje.

Juan le siguió con la vista, y dijo al postillon.

—¿Dices que ese es el criado de la señora, Limasou?

—A lo menos él lo dice.

—En tal caso, puesto que la señora es linda, el servicio debe ser agradable.

—¡Vamos! dijo Limasou; bien hacen en llamarte Juan Moline, por sobrenombre lengua de hacha, porque no sabes decir una palabra que no lleve consigo algun mal pensamiento.

—Dí lo que quieras, Limasou, eso no me importa nada.

Y por tercera vez hizo ademan de querer continuar su camino, pero por tercera vez tambien le detuvo Adriano, diciéndole:

—¿No te vendria bien ganar dos luises?

El aldeano le miró como asombrado, y volviéndose hácia Limasou le dijo:

—¿Está loco ese hombre?

Adriano arrugó el entrecejo, y replicó:

—¿No me has oido sopenco?

El hombre se puso de pié sobre su rastro y contesto con voz insolente.

—Cuidado como habla Vd., caballero. Yo voy por mi camino tranquilo y sin meterme con nadie; pero no soy hombre que deje que otro me insulte ni de palabra ni con hechos.

Adriano hizo un gesto de impaciencia, y sin duda alguna iba á comprometer una riña, mas la señora que iba en el carruaje se asomó á la puertecilla y gritó:

Por Dios, Adriano, deles Vd. todo cuanto pidan.

El rústico la miró, y aunque parecia muy dueño de sí mismo, hizo una exclamacion como de asombro, y al momento saltó al suelo diciendo á Adriano:

¿Cuánto dá Vd. porque yo le lleve á Premontre?

—He ofrecido diez luises á este hombre respondió Adriano, te daré otro tanto.

—Vd. me ha prometido cincuenta luises; dijo Limasou.

—Cincuenta luises, sí, repitió la señora, que continuaba á la puertecilla de la berlina.

—Cincuenta luises para los dos, dijo Juan; no me conviene, porque no quiero tener que repartir nada con Limasou.

—Bueno; replicó este, pues no tomarás nada, porque los llevaré yo solo. Vamos, suba Vd. si quiere á la silla, que ahora vamos á ir como el viento.

Diciendo así empezó á dar latigasos á sus rocines; pero las desdichadas bestias no pudieron hacer otra cosa que dos ó tres esfuerzos inútiles, que solo

servieron para producir en el carruaje algunos movimientos violentos, que obligaron á la señora á renovar sus quejidos: Juan Moline se echó á reir á carcajada, y Adriano se volvió hácia él; tanta insolencia y crueldad exasperaron al generoso criado que corrió á la silla, tomó de una de las bolsas un par de pistolas, y volviendo á donde estaba Juan le apuntó con ellas diciéndole al mismo tiempo.

—Vas á enganchar inmediatamente tus bueyes á la silla de postas ó te levanto la tapa de los sesos.

A pesar de su imprudente serenidad perdió Juan el color, porque Adriano parecia completamente decidido á ejecutar su amenaza; pero se repuso muy pronto y respondió:

—Pues qué ¿se asesina así á un hombre que vá por su camino porque no quiere prestar ó alquilar sus bestias? Mal medio ha escojido Vd. para salir del apuro en que se encuentra.

La razon era escelente, y no se necesitaban los gritos de la señora que desde el carruaje le decia que se tranquilizase, para que renunciase á la amenaza. Por fin, dijo al aldeano:

—¿Cuánto quiere por decidirte á llevarnos?

—Ahora lo verá Vd., respondió.

Llamó á Limasou, que se acercó y le dijo:

—¿Cuánto quieres por tus dos caballos?

Limasou no le comprendió en el momento y se quedó asombrado mirándole, pero un instante despues respondió:

Quiero mil francos.

—No valen ciento entre los dos, pero te daré trescientos, y no hay mas que hablar.

—De ninguna manera.

—Vamos, trescientos francos, ó me marchó, y como tú no puedes moverte de aquí, es probable que este señor no quiera pagarte un servicio que nos has hecho.

—Pues no me acomoda ese trato, dijo Limasou.

Moline le miró friamente y sin que mediase ni una sola palabra entre los dos, bajó Limasou la cabeza, y repuso como arrepintiéndose:

—Está bien, haré lo que tú quieras.

Adriano que les escuchaba fué á sacar su bolsillo, pero Moline le detuvo diciéndole:

—Es inútil que Vd. pague; luego ajustaremos cuentas.

Y sacando de la faltriquera de los calzones una bolsa de cuero, entregó quince luises de oro á Limasou.

—Ahora, dijo Juan á Limasou, ya no te necesitamos aquí para nada, y lo que vas á hacer es volver á Mazamet y decir al doctor Boniessens que mi mujer está bastante mala; anteayer la parteó é inmediatamente vendrá á verla. Dile tambien, y no te se olvide, que pase por el camino de Chardonettes, que allí le esperaré yo. Si haces bien este encargo, te ganarás otros tres luises, que entregaré al doctor.

—Está bien, respondió Limasou, pero tú no te

duermas, porque va á caer todaviá mas nieve, pues la montaña se vá poniendo muy oscura.

—Es verdad; exclamó Juan Moline algo pensativo.

En aquel instante, y como si hubiera tenido un gran interés en que el medico viniese pronto, dijo Adriano:

—El caso es que el mal tiempo hará que el facultativo no pueda venir.

Moline se paró á pensar un momento, y despues respondió:

—Si señor, el doctor vendria aunque cayesen chuzos... Quien me dá á mi cuidado es Limasou; mírele Vd., tiene blanca la punta de la nariz, se vá enfriando, y cuando ha llegado aquí estaba como una esponja.

Miró diciendo esto á Limasou, que empezaba á rechinar los dientes, y le gritó con voz fuerte:

—¡Eh, eh, Limasou! Vamos á dar cuatro saltos para entrar en calor, porque me hielo.

—Sí, sí, vamos respondió Limasou, casi sin poder articular las palabras.

Al punto le cogió Juan por los brazos y empezó á darle vueltas, pero el desdichado postillon estaba embotado por el frio, y no hacia mas que ceder como un muñeco al impulso que le daban. Viendo esto Moline, le soltó y le dijo con furor:

—Oyes, petate, ¿piensas estarte aqui hasta que revientes como un perro?

Y sin mas ni mas le pegó un puñetazo en la cara. Lo inesperado y lo duro del ataque parece que reanimaron al pobre entumecido, que sin replicar palabra se lanzó contra su adversario.

—Sí, sí, le dijo Juan; ahora mismo me vas á devolver mis quince luises de oro.

Esta amenaza produjo todavía mas efecto en Limasou, que respondió:

—¡Cómo! ¿Quieres romper el trato? Pues ahora mismo le sellaremos con sangre.

Al momento comenzó una lucha en que el desdichado Limasou no hacia mas que recibir golpes y puñetazos que le pusieron en tal estado, que algunos instantes despues estaba encarnado como una grana y sudando. Entonces Moline le sujetó y le dijo:

—Mentecato, te estabas hélando, y dentro de un cuarto de hora te hubieras muerto si yo no te hubiese frotado tan lindamente. Aprovecha el calor del momento, corre á Mazamet, envíame el doctor, y si viene te daré seis luises en lugar de tres.

—Gracias, gracias, contestó Limasou sacudiéndose. Me parece que tienes razon; pero vamos á dar otra vuelta mas para acabar de entrar en calor.

Mas en vez de batirse, empezaron los dos á bailar en medio del camino, cantádo y dando gritos que resonaban en la montaña, hasta que de repente se marchó Limasou, corriendo como un gamo y sin decir una palabra, y Juan Moline se quedo solo con el carruaje y los viajeros.

—Despáchese Vd., le dijo Adriano, y le daré...

—Yo no acostumbro á hacer tratos en el camino real, replicó Juan con aspereza, porque si los hiciese, melo tomaria todo. Vd. me pagará como quiera cuando les haya llevado á donde deben ir.

En el mismo instante, y con una destreza increíble, desenganchó Juan los bueyes del rastro, ató con cuerdas el yugo á la lanza de la berlina y dijo al criado:

—Ahora podrá Vd. andar un poco á pié, que eso no le hará mal, y en cuanto á la señora, vea Vd. si esta bien arropada.

—Muy bien, respondió Adriano. Pero Juan sin hacer caso de él, se dirigió al carruaje y preguntó á la señora; «¿Cómo se siente Vd?»

—Tengo frio, contestó ella.

Al momento se quitó Moline la blusa de sarga y se despojó de una piel de cordero que llevaba debajo, la cual alargó á la señora diciendo:

—Tome Vd., ya la he calentado con mi cuerpo.

Corre en seguida á su rastro, rompe la cuerda que ataba uno de los haces de paja, saca de en medio de él una escopeta y una hacha, hace un monton de paja en medio del camino, y encendiendo una yesca con el eslabon y la piedra de la escopeta, le prende fuego.

—Vaya Vd. á buscar las capas y todos los vestidos exteriores de esa señora, le dice á Adriano, y este obedece inmediatamente.

Moline vá acercando sucesivamente aquellos vestidos al calor del fuego y corre á llevarlos muy calientes al carruaje, cubre con ellos á la viajera con la mayor atencion y delicadeza, le toca los piés que vé que están helados, coge la zalea, la calienta al fuego, y envuelve con ella aquellos piés yertos, cuya elegancia no deja de notar. Continúa asi, reemplazando los vestidos frios con vestidos calientes, hasta que se reanima la enferma, cuyo rostro estaba un momento antes contraído por el frio y el dolor, y le dice con una especie de efusion:

—¡Ay! ¡ahora me siento bien!

—Si vuelve Vd. á tener frio, repuso Moline, toque al vidrio y volveremos á encender fuego, porque todavia nos quedan tres horas de marcha.

—¡Tres horas! repitió Adriano.

—¡Oh! he dicho tres y puede que sean cuatro, cinco, seis...

—¿Y con qué hemos de encender fuego?

—No falta leña por el camino, respondió Juan poniéndose la escopeta á la espalda, y colgando el hacha de la cintura; y cuando faltase, ahí están las chozas de verano de los pastores, que arden bien y mejor que la leña verde: Vamos, coja Vd. por la brida uno de los caballos, yo cogeré el otro y mis bueyes lo llevarán todo.

Con efecto, escitados por la voz y por la ahijada de su amo, arrancaron los bueyes el carruaje; y sea que el cansancio hubiese agotado en la viajera

la facultad de sufrir, sea que el suave calor de los vestidos con que la habian cubierto hubiese calmado algo sus dolores, sea en fin que la tranquila regularidad de la marcha de los bueyes disminuyese la dureza del movimiento de la silla de posta, pudieron llegar á lo alto de la colina sin que se repitiesen los quejidos de la enferma. Hasta aquel instante no habia renovado Adriano su conversacion con Moline que iba muy ocupado en dirigir y escitar á sus bueyes; pero cuando al llegar á la altura descubrió delante de sí un horizonte muy estenso, sin percibir el mas pequeño vestigio de habitacion, preguntó en tono bastante inquieto:

—¿Dónde está la quinta de Premontré?

—Cuando háyamos bajado esta colina, atravesado la llanura, y subido la altura que tenemos en frente, tomaremos un camino que vá por la cresta misma de la altura, bajaremos por un camino abierto en la roca y llegaremos á la quinta.

—Pero para eso se necesitan seis horas, dijo Adriano: la noche se acerca por momentos y por desgracia empieza otra vez á nevar. Yo creo que no llegaremos nunca.

—Si señor, llegaremos: pero no es esa la dificultad: la cosa está en saber si llegaremos á tiempo.

Pronunció Moline estas palabras con acento tan particular y tan bien explicado por una mirada oblicua dirigida á la berlina, que Adriano no pudo menos de preguntar:

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?

—Quiero decir, replicó Moline, que la señora tiene acaso mas prisa que la que Vd. cree.... En este instante va bastante bien, pero de un momento á otro pueden volver los dolores, y venir de veras; y si tal sucediese, el diablo me lleve si yo sé como habiamos de salir del apuro. Como hace dos dias que me he encontrado en otra fiesta semejante, sé que basta para volverle á uno loco.

Hablaba Moline con aquella indiferente seguridad, que apenas deja negar un secreto tan visiblemente conocido, y Adriano no sabia qué responder al aldeano, cuando este continuó.

—Además, si no les esperan á Vds. en la quinta, no hallarán á nadie en ella.

—Pues qué ¿no está Mad. de Premontré? preguntó Adriano.

—Sí, señor, respondió Moline; lo que quiero decir es que... al fin, Mad. de Premontré no es comadre.

—¿Y dónde va Vd. á parar con todo eso?

—Con todo esto voy á parar á que un cuarto de legua de aquí, tomando á la izquierda, sé yo de una casita de gentes honradas donde la señora será muy bien recibida y bien cuidada, y donde estará el medico dentro de una hora.

—¡Y esa casa es sin duda la de Vd! exclamó Adriano con el tono de un hombre que cree que le tienden un lazo al hacerle una proposicion.

—Si señor, la mia, replicó Moline. Allí encontrará Vd: á mi padre, mi madre, el hermano Jacquinet, la criada y yo, todos dispuestos á servir á Vds.; y además mi mujer que dirá alguna palabrita á la de Vd. para animarla, y la asegurará que hay un momento en que al ver una madre á su hijo esclama: «Bien empleado está lo que he sufrido por verme tan feliz.»

Adriano escuchaba á Moline, cuya voz se habia alterado suavemente al hablar de su mujer; le escuchaba sin advertir que aquel hombre habia descubierto su secreto y el de la enferma, y no tenia otra duda sino la de saber si convendria que siguiese á su conductor á una casa probablemente aislada, en la cual se encontraria, asi como su compañera, á merced de personas estrañas. El porte de aquel hombre á quien Adriano miraba con atencion para ver si descubria en su rostro lo que de él podia esperar ó temer, no hacia mas que redoblar su inquietud.

El aseo de su traje, el dinero que llevaba consigo y que con tanta facilidad habia dado por un trato cuyas condiciones no habia siquiera estipulado, manifestaban un hombre acomodado y franco; los cuidados que habia tenido con la paciente parecia que anunciaban tambien un corazon bondadoso; pero por otra parte su conducta era tan estraña, que daba que pensar á Adriano. El rostro de aquel hombre nada indicaba de bajo ní cruel; pero pre-

sentaba una espresion tan atrevida, tan resuelta, que fácilmente podria inferirse que ningun temor era capaz de detenerle en la ejecucion de un mal pensamiento, como hubiera llegado á formarle. Entretanto, la enferma nada decia, y creyendo Adriano que los dolores se habrian calmado completamente y que tendria fuerzas bastantes para sufrir el viaje hasta el fin, respondió á Moline.

—Vd. se ha comprometido á llevarnos á Premontré, y yo deseo que lleguemos allá lo mas pronto posible.

—En este caso; replicó Juan, sin mostrar que le contrariase en nada aquella resolucion, adelante. Suba Vd. á la berlina, porque vamos á llevar un paso que no podria Vd. seguir.

La indiferencia con que Moline accedia á su deseo, calmó los temores de Adriana. Sin embargo, si subia al coche era preciso entregarse completamente á la voluntad de aquel hombre en medio de la noche, y el supuesto criado volvió á titubear.

—Vamos decídase Vd., dijo el aldeano, ó si no quiere hacerlo por sí, consulte á su ama, que dirá lo que mejor le parece.

Manifestarla temor de ningun peligro en el estado en que se halla seria matarla, dijo Adriano.

En aquel momento bajó la señora el cristal de la berlina, y preguntó con voz muy débil:

—¿Por qué nos detenemos tanto tiempo?

Adriano se acercó entonces á ella, y en pocas

palabras la informó de la propuesta que le habia hecho Moline de llevarla a su misma casa.

Nunca, respondió la señora; de ningun modo; vamos á Premontré, que es á donde quiero llegar muerta ó viva.

—Como Vd. guste, señora, dijo Molíne; pero acaso no despreciaria la hospitalidad del pobre aldeano, si supiese que su mujer se llamaba en otro tiempo Bernardina Jacquinet.

¡Bernardina! exclamó la enferma.

—Si, señora duquesa, continuó Juan, y todo cuanto hay en nuestra casa está á la disposicion de usted.

La duquesa de Frobental, que asi se veia descubierta, no se mostró tan asustada como acaso hubiera podido estarlo, sin duda porque á los crueles dolores que habia sufrido habia seguido una prostracion de fuerzas que dejaba el corazon sin sensibilidad para sufrir y á la cabeza sin poder bastante para comprender.

—¡Vamos allá! exclamó recostándose en el fondo del carruaje. Verdaderamente, qué ¿importa que muera ahí ó en otra parte?

—¿Conoces á esta señora? preguntó Adriano con ansiedad.

—Y tambien á Vd. señor conde de Saint-Marc, respondió Juan. Ahora, puesto que la señora consiente, vamos pronto.

El conde Adriano de Saint-Marc subió á la ber-

lina, y media hora despues la duquesa de Froben-tal estaba acostada en la cama de la madre de Mo-line. Este habia referido á su mujer y familia el encuentro que habia tenido, aunque sin nombrar á las personas á quienes daba hospitalidad; y poco despues de haber llegado volvió á salir de su casa para ir á esperar al doctor á donde habia dicho.

La madre, el padre y el hermano Jaquet, se habian mostrado muy solícitos con la duquesa el poco tiempo que habia permanecido en casa de Juan, de quien parecian mas bien criados que pa-dres; pero apenas se ausentó dejaron á la duquesa sola con M. de Saint-Marc, y se fueron á donde estaba Bernardina, mujer de Juan, que habia pa-rido la ante-víspera.

Luego que estuvieron solos madama de Froben-tal, y M. de Saint-Marc, entablaron el diálogo si-guiente:

—Es preciso avisar á mi hermana, decia la du-quesa; quiero verla, absolutamente.

—Elena, respondió el conde de Saint-Marc, tenga Vd. un poco de paciencia.... acaso sea posi-ble no tener que darle cuenta de este secreto.

—¿Y por qué se lo he de ocultar á mi her-mana?

—Querida amiga, el dueño de esta casa y su mujer que, segun parece, conocen á Vd., están á pesar nuestro enterados de este misterio, ya no es-tá en nuestra mano impedir que sea así, pero ¿pa-

ra qué hemos de aumentar los riesgos de la situación en que Vd. se halla, buscando nuevos confidentes?

—¿Y qué pretexto daré yo para mi viaje á este pais si no voy á casa de mi hermana? He escrito á Holanda á M. de Frobental, que salia á toda prisa porque acababa de recibir la noticia de que Mad. de Premontre estaba muy mala.

—¡Pero si su hermana de Vd. no ha estado ni está enferma!

—Diré, despues que entendí mal las espresiones de una carta suya. Bien sabe Vd. que en la horrosa incertidumbre en que me encontraba, recibí como una esperanza de salvacion la carta de Juana, en que me decia que M. de Premontre salia para Italia, y que se quedaba sola en esta quinta. Esta noticia me pareció un aviso del cielo, y no ignora Vd. que nos hemos puesto en camino inmediatamente resueltos á confiárselo todo.

—Es verdad, dijo el conde de Saint-Marc, pero ahora temo que hayamos cometido una tontería, y que hubiera sido mucho mejor detenernos en cualquier pueblo donde no nos conociesen, pasar en él quince dias ó un mes y volver en seguida á Paris.

—Y ¿cómo esplicaría yo esa ausencia? preguntó la duquesa. ¿Qué diria que habia hecho durante ese mes á las pocas personas que trato todavía, y al mismo tiempo á M. de Frobental? No,

señor, no; hemos tomado el partido mas prudente, y lo único que ruego á Vd., amigo mio, es que vaya en persona á buscar á mi hermana....

Y viendo que M. de Saint-Marc callaba añadió Elena:

—Bien conozco lo prevenido que está Vd. contra ella; se la han pintado como una muger de carácter seco, sin corazon.... pero no es así. Juana es religiosa y por consiguiente severa: en su lenguaje, en sus cartas, se encuentra algunas veces una dureza que le ha asustado á Vd.; pero la conozco bien, y sé que todo eso desaparecerá al ver una desgracia como la nuestra.

Si el conde no hubiese estado tan absorto en sus propias reflexiones, hubiera podido notar el tono de reserva irónica con que Mad. de Frobental bacía aquel elogio de su hermana; pero M. de Saint-Marc era uno de aquellos hombres de talento que están condenados á ser juguete de otros toda su vida, y no atendiendo mas que al sentido tectual de las palabras de la duquesa, respondió:

—Siendo así, iré yo mismo. Voy á ver si habrá en esta casa quien pueda servirme de guia; pero necesito algun pretesto para entrar de noche en la quinta y un medio para hacer que me presenten inmediatamente á Mad. de Premontré.

Madama de Frobental se incorporó en la cama y dijo:

—Le escribiré una carta, porque quiero verla,

lo quiero absolutamente.

Para obedecer esta voluntad tan formalmente espresada, salió el conde del cuarto á fin de buscar lo necesario para que Elena escribiese. La noche estaba terriblemente oscura, y M. de Saint-Marc creyó imposible poder encontrar solo, el paraje en que habian puesto la silla de posta; llamó, pero nadie vino; volvió á llamar y al fin salió el padre de Moline, que le preguntó con aspereza si no le bastaba haber recibido la hospitalidad en la casa, sin que hubiese de perturbar la quietud de sus habitantes. El conde examinó entonces al viejo que le hablaba de este modo, y creyó que nunca habia visto una fisonomía mas cruel y mas baja al mismo tiempo, unida á un cuerpo mas deforme. Inspiró aquel hombre tal temor y desconfianza al conde, que estuvo para volver al cuarto donde estaba la duquesa y renunciar al proyecto de ir á la quinta de madama de Premontre; mas como era preciso que digese algo habiendo llamado, pidió una linterna para ir á buscar unas cosas á la berlina.

—No tenemos aqui linternas, respondió el viejo.

El conde vió una colgada junto á la chimenea de la cocina en que se hallaba, lo cual le bastó para conocer la mala voluntad del viejo: mas sin embargo, le dijo:

—Ahi veo una.

—Es verdad, le respondió riendose; pues tóme-la Vd.

—¿Qué es esto? dijo el conde de Saint-Marc. ¿Qué significan esas maneras? ¿Nos ha traído aquí su hijo de Vd. para engañarnos?

No se atrevió á emplear otra espresion mas fuerte.

—Mi hijo es dueño de su casa, respondió el viejo, y puede traer á ella á quien quiera; pero no está en el caso de obligarnos á servir al primero que se le antoje recoger en un camino.

—Acaso no tendria Vd. reparo en servirle, dijo el conde, si estuviese seguro de que le pagarian bien sus servicios.

—¿Trae Vd. mucho dinero? preguntó acercándose á M. de Saint-Marc.

Habianse pintado en el rostro de aquel hombre una alegría tan feroz y una esperanza tan cruel, que no dudó el conde que le habian armado un lazo, y con el fin de advertir á los habitantes de la casa que si cometiesen un crimen no quedaria impune, respondió despues de un momento de silencio:

—No me faltará dinero, amigo, aunque no le traiga yo encima. Madama de Premontre nos lo dará, nos espera, y es necesario que la escriba cuatro lineas para advertirla de las razones por qué no hemos podido llegar á su quinta.

Un gruñido sordo y como de disgusto fué la única contestacion del viejo, que retrocedió como el perro de presa á quien la mano de su amo quita la tajada que ya creia segura. En aquel momento se

oyó una voz de mujer que le llamaba, y salió de la cocina diciendo:

—Es Bernardina, es mi nuera, que me llama, dijo el viejo. Tome Vd. la linterna y salga por esa puerta; la cochera está á la derecha, y allí encontrará la silla de posta.

Convencido M. de Saint-Marc de que lo que acababa de decir habia cortado, á lo menos por el momento las malas intenciones que pudieran tener los habitantes de aquella casa, se apresuró á ir á buscar su cartera que habia dejado en la berlina, resuelto á escribir á Mad. de Premontre, en lugar de ir á buscarla él mismo, pues no queria dejar sola á Mad. de Frobental en una casa tan sospechosa; pero al mismo tiempo pensó que si confiaba su carta á otro, podria suceder que no la entregasen, y ese era acaso un nuevo peligro.

Discutia consigo mismo esta dificultad cuando llegó á donde estaba el carruaje. En la posicion en que se encontraba cualquiera circunstancia era bastante para escitar sus sospechas, y no es extraño que le causase una nueva alarma al encontrar abierta la puertecilla, y algo trastornado todo el interior. La prisa con que habia sacado de la berlina á Mad. de Frobental, para llevarla á la cama, podia servir de esplicacion á este desorden; pero M. de Saint-Marc creyó por algunos indicios que habian registrado el carruaje. Examinó la arquilla, que estaba bien cerrada, trató de recordar los objetos que habia dejado

en las bolsas ó sobre los asientos y le pareció que nada faltaba; halló tambien su cartera y creyendo que se habria engañado cerró bien la puertecilla y volvió á entrar en la casa.

Al atravesar la cocina, por donde habia pasado tambien al salir, oyó una discusion bastante animada en el cuarto de donde habia salido la voz de mujer que llamó al padre de Moline, y percibió que decia la misma voz en tono colérico:

No, no les harán Vds, nada, ni Vds. ni Juan, antes me matarán á mí.

—¡Que no reventaras, necia! respondió otra voz de mujer. ¡Que se haya ido á enamorar Juan de una bestia como tú y á casarse contigo!

¡Oh! bien sé yo que Vd. lo siente mucho, replicó Bernardina, pero por fortuna ese mal está hecho, y Juan les sacaria á Vds. el corazon si me tocasen en lo mas mínimo; á no ser así hace mucho tiempo que podia haberme encomendado á Dios.

—¿Crees, acaso, que tengo mas miedo á Juan que á tí? replicó la vieja con su acento furioso.

Hubo algun movimiento en el cuarto, cayó al suelo una silla, y el conde oyó al viejo Moline que decia en voz baja:

—Calla, mujer, ya sabes que Juan nos ha dicho que tendríamos tocino sin necesidad de matar al cerdo.

El horrible sentido de esta frase, y la asquerosa ferocidad de la espresion hicieron estremecer al con-

de, que por un momento quedó fuera de sí, y perdió alguna parte de la conversacion. Cuando estuvo capaz de oír y de penetrar el sentido de las palabras, era un muchacho el que hablaba y decia:

—Les digo á Vds. que no hay otra cosa en el carruaje: unas capas, una manta, almohadas, botellitas y el pañuelo que tiene Bernardina, y que he traído porque está marcado.

—Sí, y segun lo que Vds. me dicen de la figura de esa señora, y las letras E. F. de la marca del pañuelo debe ser ella. Además, queria ir á Premontré; no hay duda.

—¿Y quién es? preguntó el viejo.

—Eso es lo que no sabrá Vd. nunca; pero si tiene intencion de hacer alguna mala pasada, empiece Vd. por mí, ó juro á Dios que le denuncio.

A la declaracion de Bernardina se siguió una serie de maldiciones é invectivas de parte de los otros tres personajes de aquella escena: pero el mismo tono rencoroso de aquellas amenazas daba á conocer su impotencia; y se adivinaba fácilmente que aquellos miserables estaban tanto mas furiosos quanto que se hallaban comprimidos por una fuerza superior.

Aunque no muy tranquilo con la idea de la intervencion de Juan Moline en todo aquello, se separó de allí el conde, y entró inmediatamente en el cuarto en que estaba la duquesa.

Hallábase esta entregada á los mas vivos dolores,

y el conde, que hasta entonces se habia mostrado muy poco deseoso de avisar á Mad. de Premontre, rogó á la duquesa que escribiese inmediatamente. Ella se incorporó en la cama, y en medio del horroroso tormento que sufría, escribió con mano trémula el siguiente billete, que con el tiempo habia de traer para ella terribles consecuencias:

«Mi querida Juana: recibe con toda confianza al sugeto que te entregue esta carta: él te explicará la série de fatales circunstancias que han hecho que no haya podido llegar á Premontre. No puedo escribirte mas porque estoy sufriendo horrorosamente... Me encuentro en una casa aislada, sin auxilio alguno, y conozco que se acerca mi última hora. Ven, y trae contigo un médico, una comadre, cualquiera... No puedo mas.»

El billete apenas podia leerse y la firma ni aun estaba acabada: pero una persona acostumbrada á ver la letra de la duquesa no podia menos de reconocer su mano.

Luego que estuvo acabada la carta, volvió á caer en su lecho Mad. de Frobental, y M. de Saint-Marc se encontró en una nueva perplegidad.

—Vaya Vd., vaya Vd. al instante, le decia Elena: quiero ver á mi hermana, quiero tenerla á mi lado si me he de morir.

Sabido es con cuanta facilidad se exaltan los enfermos cuando están persuadidos de que su salud depende del cumplimiento de sus deseos. Viendo

la duquesa que el conde titubeaba, le pedia que marchase, ya con lágrimas, ya con reconvenciones: mas él permanecía indeciso. ¿Era, en efecto, conveniente dejar á Elena sola en aquella casa, en que estaba rodeada de personas de tan criminales disposiciones? El estado mismo en que se encontraba la duquesa, ¿no podia sugerirles la idea de hacer que pasase por una muerte natural el crimen que intentasen cometer? El peligro era ciertamente espantoso. Por otra parte, resistirse á la voluntad de la enferma, ¿no era escitar una exasperacion nerviosa que podia comprometer su vida? M. de Saint-Marc trataba de calmarla, pero la duquesa habia llegado á aquel grado de violencia que nada escucha, y sin acordarse de que descubria el secreto que habia estado guardando con tanto empeño, gritaba desaforada:

—¡Mi hermana! ¡mi hermana! Vaya Vd. á buscar á mi hermana.

Asustado el conde con aquel delirio, que cada vez iba en aumento, en medio del cual no se atrevia á dejar á la duquesa, pero que no podia menos de conocer que se aumentaba con su presencia, se hallaba en la mayor perplejidad, cuando se abrió la puerta y entró en el cuarto Moline con otro hombre de estatura elevada.

M. de Saint-Marc se acercó á Juan, mientras el doctor se quitaba una gran capa de viaje: le esplicó lo que deseaba la duquesa y le pidió que mandase á

alguien que le guiara á la quinta de Premontre. Entretanto la duquesa continuaba gritando, sin que la contuviese la presencia de los recién llegados.

—¿Quiere ver á su hermana? dijo Moline, arrugando el entrecejo. Bien... ahora que se halla aquí el doctor, podrá venir Mad. de Premontre.

El tono de cólera y desprecio con que Juan pronunció la última frase chocó algun tanto al conde, pero no tenia tiempo para andar pidiendo esplicaciones, y además, Juan llamó á Jacquinet, que vino con la cabeza baja y manifestando humildad. Moline le miró un momento y el muchacho se puso á temblar.

—¡Ya habrás hecho de las tuyas! dijo Moline con voz terrible.

—Nada, yo no he hecho nada, respondió el muchacho.

Juan le cogió por un brazo y le llevó al cuarto en que estaba acostada Bernardina, al cual les siguió el conde.

En el momento en que Moline se presentó, se separaron su padre y su madre, con mal humor bajando la cabeza. La autoridad que al parecer ejercia Juan sobre toda aquella gente, era terrible. Se acercó á la cama de su mujer, y dijo mirando á los dos viejos con aire amenazador:

—¿Ha ocurrido alguna cosa mala?

—No, no ha sido nada; respondió Bernardina.

—Por poco que sea habrá sido mucho, replicó

Juan. Me parece que andan buscando que yo acabe de una vez.

Un murmullo irritado salió de los labios de su padre.

—Le digo á Vd. que me obligarán á acabar de una vez, repitió Juan. Me ha enseñado usted demasiado á mancharme las manos con sangre para que crea ahora que nada podrá detenerme.

Bernardina perdió el color, é incorporándose en la cama señaló á Juan una cuna y le dijo:

—¿Y el niño?

Moline se sonrió mirando al niño, cubrió su rostro una espresion de tristeza, y dijo entre dientes:

—Tienes razon, Bernardina; un mal padre es una maldicion del cielo.

—Y tambien un mal hijo, respondió el viejo con aire amenazador.

Pero no pudo sostener la mirada de su hijo, y volviéndose á su mujer la cogió de un brazo y se la llevó diciendo:

—Vámonos á dormir, que aquí ya no somos mas que unos perros.

Al salir encontraron al conde á la puerta; la vieja le miró con aire amenazador, y despues dijo:

—En fin, si sucede alguna desgracia, aquí hay uno que declarará que nos has amenazado con asesinarnos.

Sin duda Moline no hubiera dejado de responder á estas palabras, pero se mostró tan ofendido é

irritado de que el conde se hallase presente, que toda su atencion se fijó en él. M. de Saint-Marc, aunque valiente, tuvo que hacer un esfuerzo para no intimidarse al ver el aspecto de Juan; que al cabo de un momento se tranquilizó y dijo al conde:

En fin, sé lo bastante de Vd. para que le convenga callar acerca de lo que ha oido aquí.

En seguida mandó á Jacquinet que guiase al conde á la quinta de Premontré. El muchacho no hizo observacion alguna mientras Moline le explicaba las sendas por donde habia de ir para llegar mas pronto. La luna habia salido, y alumbraba lo bastante para distinguir los caminos, y segun dijo, aquel viaje que en coche hubiera sido de algunas horas haciendo grandes esfuerzos, un viajero determinado podia hacerle á pié en una hora.

Esta circunstancia hizo titubear de nuevo á M. de Saint-Marc, pues pensó que tal vez Juan habia querido antes asustarle con lo largo del camino para traerle á su casa, y ahora querria engañarle en sentido contrario, y no se sorprendió menos cuando Juan entregó al muchacho una llave y le dijo:

—Introducirás al señor por la puerta del jardinito.

El conde no dejaba de estar indeciso, pero al fin le tranquilizó la presencia del médico: por otra parte la duquesa no cesaba de llamar á su hermana, y el doctor creyó que era preciso darla gusto, á fin de no esponerse á temibles accidentes. M. de Saint-

Marc salió, pues, de la casa á las diez de la noche, poco mas ó menos.

Entretanto veamos lo que sucedia en la quinta de Premontre.



X.

Una gran señora que se fastidia..

Hallábanse dos mujeres al lado de la chimenea en un vasto aposento cubierto con tapices ya antiguos: una de ellas estaba tendida en un sitial y contemplaba la movible llama de la chimenea; la otra sentada en la alfombra, parecía sumergida en una profunda meditacion. La que estaba sentada en el sitial tendria de veinte y cinco á treinta años, y se hallaba en todo el brillo de la hermosura. Su vestido de terciopelo negro hacia resaltar la blancura de sus hombros y cuello, y una cabellera tambien negra y abundante coronaba su frente, cuya forma poco elevada y saliente hácia las sienes indicaba una voluntad no inteligente, pero muy obstinada. Los ojos, rodeados de largas y negras pestañas y protegidos por espesas cejas, tenian un brillo estraordi-

nario; la boca, de labios algo gruesos y marcados, se abría dejando ver dos filas de dientes perfectamente colocados, pero estrechos y agudos; las formas del cuerpo, admirablemente desarrolladas, indicaban una salud robusta; en una palabra, era una mujer sumamente hermosa; y sin embargo, al verla se conocía que no podía agradar á ningun hombre de gusto delicado.

Por un contraste extraño, pero que se renovaba á cada momento, la espresion del rostro de aquella mujer manifestaba alternativamente, ya el mas excesivo descaro, ya el mas tímido candor. Cuando elevando los ojos al cielo lanzaba el fuego de sus miradas; cuando su boca se contraía ligeramente por una sonrisa sardónica; cuando recostada en el fondo de su sitial abría con un movimiento repentino el vestido que la cubría, se hubiera dicho que se habia despojado hasta del último resto de pudor, y que entregada á delirios abrasadores esperaba con impaciencia la hora en que hubiesen de realizarse. En aquellos momentos se mezclaba con la violenta espresion del deseo un no sé qué de feroz y de cruel; mas de repente cubría los ojos con el ancho velo de sus párpados, cerraba la boca que parecia una rosa sin abrir, cruzaba sus hermosas manos sobre el pecho como si fuese á rezar, y su rostro respiraba una tranquilidad tan cándida, tan inocente tan fresca, que cualquiera juraría que era una niña que no sabia hacer de su hermosura, su juventud y su cora-

zon. Esta mujer era Juana de Favreuse, marquesa de Premontré, hermana de la duquesa de Froben-tal. Sobre una mesa que tenia al lado, y en que es-taban ardiendo dos bujias, se veia un libro abierto.

La otra mujer vestida como criada aunque toda-
via jóven, tenia alguna edad mas, pues parecia co-
mo de treinta y seis años. Era pequeña, delgada,
con la piel morena y curtida, cabello negro y relu-
ciente, talle delgado y manos y piés delicados, fren-
te elevada y espaciosa, nariz regular y labios del-
gados.

En sus miradas brillaba el fuego de pasion;
pero parecia que la dominaba el cálculo y la re-
flexion, mientras que en su ama todo era instintivo
irreflexionado, y para usar de la verdadera palabra,
brutal. Esta segunda mujer se parecia muchisimo á
Juan Moline.

De repente la marquesa se inclinó al fuego y ob-
servó con la mayor atencion un chorreo de llama
que salia de un pedazo grueso de leña. Dicha llama
se apagaba unas veces y no era mas que un poco de
humo, y otras se encendia por el contacto de otras
llamas, y entonces ardia brillante como una luz de
gas. La marquesa observaba con ansiedad aquellas
alternativas y las iba contando. La criada, á quien
habia sacado de su distraccion la voz de la señora
que contaba una, dos, tres, etc., la miraba con
ademan de asombro, al fin contó Juana hasta diez, y
levantándose de pronto, exclamó, como si un poder

estraño la arrancase de la incertidumbre en que se hallaba un momento antes:

—Está bien, que venga, Marina.

—¿Cómo? preguntó Marina señalando al fuego; ¿es eso lo que le ha decidido á Vd.?

—Me fastidio horrorosamente. No porque yo lo quiera... pero al fin, es hombre de buena familia... hombre á quien se puede ver y tratar. M. de Premontré se manifestará celoso si quiere, pero no podrá negarse, sin ponerse en ridículo, á recibir en su casa á uno de sus vecinos de campo, propietario rico como él, y caballero como él tambien.

—Sin embargo, Vd. no le quiere... dijo Marina.

—No lo sé; tiene buena figura, á pesar de sus cuarenta años, y es muy bueno.

Calló un momento, y continuó con acento de tristeza.

—Sí, Marina, es muy bueno. Me ha dicho cosas que me han atormentado el corazón. ¡Válgame Dios! ¿Por qué habré hecho lo que he hecho?... Pero ¿es culpa mia? ¿Por qué me deja mi marido que me muera aquí en un rincón, mientras él está en París en sus asambleas? Y ahora que vá á Italia como ministro plenipotenciario, ¿por qué no me lleva consigo?

—Reflexione Vd. lo que hace, dijo Marina; usted no quiere á M. de Lory, pero él la quiere á usted, y no es amante que se toma y se deja á la puerta como el pobre...

—La mirada que madama de Premontré dirigió á Marina contuvo las palabras en los lábios de esta.

—¿Le he puesto yo acaso á la puerta? dijo con cólera la marquesa. ¿No ha sido él tan necio que me ha sacrificado á un, escrúpulo, á...?

La marquesa se detuvo tambien como si le faltasen palabras con que espresar su pensamiento, y continuó con una rábia mal disimulada:

—En fin, es infeliz... Ama á su mujer, adora á su Benardina... ¿No ha parido ella ayer ó antes de ayer? Ya tiene un hijo, y por consiguiente nada le queda que desear.

Marina nada respondia, y la marquesa continuó:

—Llegaré á querer á M. de Lory, porque es un hombre digno de mí; es un sujeto de mi misma clase y no como esos miserables...

Detúvose de nuevo madama da Premontré y se puso encendida: ocultó la cara y aun se le saltaron algunas lágrimas arrojando al mismo tiempo un suspiro. Volvió á sentarse en su sillón, y alzando hácia el cielo las manos cerradas exclamó:

—¡Dios mio! No sabia yo eso... ¡Si hubiera tenido otro marido!

Quedóse otra vez en silencio, y la criada permaneció inmóvil, mientras el ama volviéndose á levantar recorria la sala con agitacion estrema. Discutia consigo misma la decision que habia de tomar, y al cabo de algunos minutos, como si escuchase la voz de la razon principal que la conducia por una senda,

que ella en su interior detestaba, exclamó:

—Lo ves tú, Marina? Me fastidio; me fastidio de una manera horrorosa.

Marina levantó la cabeza y procurando suavisar y bajar su voz, como si las palabras que iba á pronunciar no debiesen llegar ni á las paredes de la sala, dijo:

—Mire Vd. bien lo que hace, señora. M. de Premontré no sospechará jamás de un hombre como Juan, ni aun de un pobre diablo como B... que está loco por Vd., y se arrojaría al agua por poder besar una uña de Vd., pero M. de Lory es otra cosa, y además, Vd. no le quiere.

—Es verdad que no le quiero, dijo la marquesa, sin embargo... en fin, no puedes comprenderme porque no es posible que te ponga en mi lugar.

—Jamás comprenderé ciertamente, replicó Marina, que una mujer elija á un hombre á quien no ama.

—Es que yo creo que le amo; no como á los otros, sino de una manera estraña y nueva para mí, Marina. M. de Lory es tan bueno, tan dócil, que siempre tiene una tentacion de burlarse de él, y te aseguro que cuando lo veo delante de mi en adoracion, me parece hasta ridículo. Me habla como hablaría á una santa, á una mujer cuya conciencia teme alarmar... es casi tan necio como mi señor marido, y me rio de él algunas veces; pero al mismo tiempo no puedo decirte cuanto me interesa y se apodera de

mi corazón, ese sincero homenaje de un hombre tan distinguido.

—Inclinóse luego la marquesa hácia Marina, y la dijo con voz á un mismo tiempo triste y colérica.

—A pesar de que no me ha hecho jamás una reconvencion, ni se ha permitido la menor alucion á lo que las gentes habrán podido decir de mí, el amor de M. de Lory me hace avergonzar de lo que he sido.

—La criada se alarmó, al parecer, algun tanto, y madama de Premontre continuó, como si respondiese á su propio pensamiento.

—¡Es imposible que se ame á una mujer con esa delicadeza, esa elegancia, ese respeto aun en medio de su falta! Y yo, marquesa de Premontre, hija del duque de Favreuse, he podido entregarme á esos rústicos groseros, que...

—Volvió á callar, rechinando los dientes, y á decir otra vez:

—¡Por qué me habrá cabido en suerte un marido como el mio!

Marina entonces se arriesgó á decirle:

—Pero, señora, si M. de Lory le parece á Vd. ridiculo, no le dé esperanzas. El la ama á Vd. con una de esas pasiones que dan demasiado para no quererlo todo... ¡Si supiese que Vd. le tiene por necio!

—¡Necio! exclamó la marquesa. Digo que me parece tal cuando le comparo á todos los demas que hacen vanidad de no tener respeto á nadie ni fé en nada; cuando pongø en parangon la tímida modestia

de sus dircusos y pretenciones, con la libertad de las palabras y la insolencia de los modales de otros; cuando le oigo definir en términos tan gratos la felicidad de un amor profundo y misterioso, y recuerdo esas cenas, esas orgías en que solo se busca el placer, en que se califica de necedad la constancia, y en que pasar alegremente la vida es el precepto que dirige el corazon, y el que me ha entregado á los caprichos mas estravagantes... Hay momentos, en que por no confesar que he pasado parte de mi vida en medio de la crápula, quiero que me parezca ridiculo, pero hay otros, Marina, en que no es posible que te figures lo que padezco... Hay en el fondo de mi alma ciertos ecos que estaban dormidos y que ese hombre ha despertado. Yo no he sido siempre lo que soy en el dia, y M. de Lory me ha recordado lo que fui.

Empezó á pasearse por la sala con la frente arrugada y los ojos fijos, como si tratase de esplicarse á sí misma el influjo que aquel hombre habia ejercido en su corazon.

—¡Oh! dijo de repente, ese hombre no ha penetrado en derechura en mi corazon, sino en lo que he sido y lo que soy. Cuando le he visto tan esmerado en su persona, en su traje, en sus modales, en la eleccion de sus palabras, he recordado que asi eran las gentes entre los cuales he nacido. Todo en ellas era elegancia y finura, discrecion, lenguaje escogido; estos gratos recuerdos de mi juventud se han

suscitado en mí de repente, y M. de Lory, solo con su persona y su conversacion, ha suscitado, por decirlo así, alrededor mio, la sociedad con medias de seda, zapatos de tacon y bolillos de encaje, con quien he pasado mi niñez, de suerte que cuando me he visto en presencia de los zapatones toscos, la chaqueta de color de castaña, la alegría desmesurada y las brutales chanzas de otros, me he puesto colorada de vergüenza.

Marina se encogió de hombros con impaciencia y respondió:

—Me parece, señora, que, bien pidan con un poco mas ó menos de finura aquello que desean, los hombres no tratan de otra cosa que de perdersenos.

—Ningun motivo tienes para decir eso de M. de Lory.

Marina se echó á reir y replicó:

—El hombre que dentro de pocos minutos estará á la puerta del jardinito para que yo le introduzca aquí, estando ausente su marido de Vd., me parece que exige de Vd. lo que otros...

—¡Lo que otros han obtenido! exclamó la marquesa, dando una patada con desesperacion. Si, si, prosiguió llorando, pero me ama, y su lenguaje y su persona han escitado en mí los recuerdos de otra sociedad, y la expresion de su amor ha removido en el fondo del alma sentimientos que yo misma no creia que existian en ella. ¿Crees acaso que ha-

biéndome sacrificado cuando jóven la avaricia de mi padre M. de Premontre, no ha pensado nunca que podria consolarme su amor discreto, encantador, sincero, que cuidase de mi honor y que estuviese lleno de dulces esperanzas, de tiernas inquietudes y de alegrías misteriosas? ¡Te ries, Marina! ¡Ah! Si quieres tomarlo con todo el rigor de la mas severa moral, en este amor, habrá crimen como en cualquier otro; pero no hay esa enorme degradacion que hace que una se avergüence de su falta, no tanto porque es falta, cuanto por el modo indigno con que se comete.

Marina miró á la marquesa con ademan colérico y presentándose en su rostro una especie de orgullo ofendido, respondió con voz alterada:

—Señora marquesa, hay personas del pueblo que tienen mas honra...

¡Ah! ¡No me comprendes! exclamó la marquesa. ¿Sabes tú que si en la conducta pasada de que te hablo hay algun recuerdo que me rehabilite á mis propios ojos es el de tu hermano?

—¿Es posible? repuso la criada.

—Sí, porque él me amaba de veras, y aunque aldeano tenia bajo sus rústicas maneras un corazon noble: y una pasion decidida. Con él podré haber degradado mi clase y mi nombre, pero no mi corazon. Su amor era verdadero, solo que ha sido demasiado violento y tiránico: ha exigido de mí un sacrificio imposible, y eso es lo que me ha perdido.

Detúvose la marquesa, pues estaba trémula, sin color, y la voz alterada salía con trabajo del pecho.

—Una vez cometido el crimen, continuó, he continuado, no ya solamente por distraerme de mi desgracia y del detestable lazo que me han impuesto, sino para huir del pensamiento de ese mismo crimen; y como he hallado á la mano hombres que se han formado una moral de vicios, hombres para quienes todo deber es preocupacion añeja, todo escrúpulo una debilidad, he seguido por ese camino de impudencia, hasta el momento en que ha llegado un hombre que al principio me ha parecido necio y ridículo, y que ahora me causa miedo... Sin embargo, Marina me parece que si le amase me sinceraria á mis propios ojos.

—Son las once y media, señora, dijo Marina. A las doce puede estar aquí.

¡Oh! No, no quiero que venga... él, jamás, exclamó la marquesa con desesperacion.

Marina la miró asombrada, pues no podia comprender aquella resistencia á los deseos de un hombre de quien su alma hablaba con una especie de entusiasmo: su ama para quien una nueva aventura era por lo regular un placer de que gozaba anticipadamente. A la verdad el corazon de las mujeres encierra tan estraños misterios, que á veces no puede sondearles ni la vista de otra mujer.

Volvió la marquesa á ocupar su sitio junto á la chimenea, y quedó de nuevo entregada á sus re-

flexiones. De cuando en cuando miraba á las manecillas del reloj y á medida que se acercaba la hora de la cita solicitada, iba haciéndose la lucha mas ardiente y penosa: madama de Premontre tenía razon; despertábase en ella la vida jóven y verdaderamente amante despues de una vida de desórdenes y de vergonzosas debilidades. Mujer corrompida y entregada á todos los desprecios que hasta entonces habia arrostrado con insolencia, se detestaba finalmente á sí misma por haberlos merecido: sin conocerlo amaba mas bien el nuevo amor que se le presentaba que al hombre que la queria con aquel amor fino y elegante, y no podia perdonarse el haberse degradado tanto que conociese que era indigna de inspirarle.

Pero lo que le atormentaba mas que nada era el pensamiento de que acaso un dia, sabedor M. de Lory de todo lo que habia pasado, le rechazaria con desprecio, condenándola de nuevo á sus vergonzosos desórdenes, como una embustera cortesana; y esta idea escitaba en ella un orgullo detestable.

—Que otros me insulten y desprecien, se decia á sí misma, no se me dá nada; al fin son unos viles y yo no he engañado á ninguno de ellos. El dia que me han agradado se lo he dicho; el que me he cansado de ellos se lo he dicho tambien; me han tomado como yo me he entregado y por lo que me he entregado, y mi amor valia tanto como el

que ellos me tenían. Pero él no me ama de esa manera, y aceptar ese amor que me ofrece toda su vida es engañarle; sin embargo, me parece que pudiera pagársele; se me figura que para él volvería á encontrar todo el candor de mi alma.... Pero si despues que yo haya formado esos vínculos, una luz espantosa viniese á revelarle lo que he sido, ¡qué dolor y qué humillacion para mí!

Levantóse, y arrebatada por el pensamiento que la dominaba, continuó en voz alta:

—¿No sería mejor confesárselo todo? ¿Pedirle su apoyo, su auxilio, su compasion? Es generoso, es bueno y me favoreceria... Pero dejaria de amarme, y yo no quiero la compasion de nadie. ¡Yo compasion! No, Marina, no quiero verle y no le veré.

Apenas habia dejado de hablar la marquesa, dieron un golpecito á la puerta que salia al jardin desde la sala en que se hallaban.

—Sin duda es él, señora, dijo Marina, se habrá cansado de esperar con el tiempo que hace y habrá escalado la pared, ó forzado la puerta, á menos que Vd. no le haya dado la llave.

—La mia está aquí, respondió la marquesa, como tú no le hayas dado la tuya.

—La mia la tengo yo.

—Pues como no sea la que Juan dijo que se le habia perdido, no hay mas llaves de esa puerta, y no se escala una pared de doce piés de alto, ni se

fuerza una puerta de encina de dos pulgadas de grueso, con la facilidad que supones. Además M. de Lory es incapaz de cometer una accion violenta; no puede ser él, no.

Entretanto dieron mas golpes á la puerta, y la marquesa, tomando un candelero, fué á abrir la persiana que daba al jardin; mas como las observaciones que habia hecho eran muy justas, exclamó Marina asustada;

—No abra Vd., señora. ¿Quién sabe si serán ladrones?

La marquesa se detuvo; en un momento se verificó una completa revolucion en aquella estraviada cabeza y en aquel depravado corazon, y exclamó:

—Si son ladrones podrán matarme, y acaso seria lo mejor que pudiera sucederme.

Iba á responder Marina, cuando oyó al otro lado de la persiana una voz de muchacho que decia:

—Abre, hermana, abre.

—¡Es Jacquinet! exclamó Marina asombrada.

—!Tu hermano pequeño! dijo la marquesa.

—Debe haber ocurrido alguna desgracia en casa de Juan, continuó Marina abriendo la puerta sin esperar las órdenes de su ama.

Apenas abrió, se introdujo en la sala Jacquinet, y dijo:

—Entre Vd., caballero, entre Vd.

La marquesa se vió entonces frente á frente con un hombre absolutamente desconocido para ella.

Por grande que fuese la elegancia habitual del conde de Saint-Marc, y por mas distinguido y noble que fuese su rostro, su aspecto en aquel instante no era el mas á propósito para tranquilizar á dos mujeres. El vestido con que venia disfrazado, el desorden que habia causado en él un viaje de mas de doscientas leguas, la marcha que acababa de hacer á pié por sendas desconocidas, lo descuidado del cabello y lo largo de la barba, que no se habia afeitado en cuatro dias, le daban el aspecto de un bribon escapado de la cárcel, mas bien que el de un caballero.

Retrocedió, pues, la marquesa espantada y corrió hácia su alcoba para tirar de la campanilla y que acudiesen los criados. Marina, tan atemorizada como su ama, siguió á esta y M. de Saint-Marc y él muchacho corrieron tambien detrás. Afortunadamente pudo el conde detener el brazo de Juana antes que tocara la campanilla y la dijo precipitadamente:

=Señora, lea Vd. esta carta y nada tema.

=Y ¿de quién es esa carta? preguntó la marquesa, mirando con mas atencion al hombre que se la entregaba, como si quisiera encontrar en su memoria algun recuerdo de las facciones del desconocido.

=Es de su hermana de Vd., respondió Adriano en voz baja.

La marquesa abrió el billete y dijo:

=Esta no es su letra.

=Lea V. la carta, continuó el conde con voz aun mas baja, y lo que le escribe Elena podrá explicarla por qué temblaba su mano cuando ha escrito, y por qué está tan desfigurada su letra.

=Juana leyó muy despacio el billete de su hermana, y al principio no comprendió bien su sentido; le leyó segunda vez y mirando al conde como si de pronto se hubiera explicado todo por ella, exclamó con voz baja:

=¡Es posible, Dios mio!

M. de Saint-Marc respondió con un movimiento de cabeza afirmativo y añadió en el mismo tono de voz:

=La espera á Vd. con la mayor ansia.

La marquesa dobló el billete, le guardó en el bolsillo del vestido, volvió á sentarse junto á la chimenea, invitó á M. de Saint-Marc á que hiciese otro tanto, y dijo á Marina.

=Prepara todo lo necesario para vestirme, que voy á salir.

Probablemente Jacquinet habia contado á su hermana lo que habia ocurrido en casa de Juan Moline, porque sin manifestar ningun asombro de aquella resolucion, preguntó á su ama:

=¿Quiere Vd. que la acompañe?

=No hay necesidad, respondió la marquesa.

Salió la criada llevándose al muchacho, y Juana quedó sola con el conde de Saint-Marc.

Todo esto habia pasado con suma rapidez, y es probable que Mad. Premontré luego que leyó la carta de su hermana adivinase quién era el hombre que se la traía; pero luego cuando se vió sola con él le ocurrió la idea de que pudiera equivocarse, y sin entrar en pormenores que pudieran comprometer á Mad. Frobenal, preguntó al mensajero:

—Antes de pasar adelante es necesario que yo sepa quién es Vd., caballero.

Soy el conde de Saint-Marc; respondió su interlocutor. Al oír aquel nombre miró la marquesa al portador de la carta con una singular curiosidad, y le preguntó de nuevo:

¿Es Vd. el conde de Saint-Marc, general del ejército de Italia?

—Sí, señora.

—¿El convencional que se ha atrevido á defender públicamente á Luis XVI?

—Sí; señora.

—¿El antiguo conde de Saint-Marc, que muy jóven adquirió tanta fama en las guerras de América?

—El mismo, señora, contestó el conde bajando los ojos con modestia.

Le volvió á mirar la marquesa, como para examinarle bien, y de repente, sin responder una palabra, se recostó sobre el respaldo del sitial y tapándose la cara con las manos empezó á derramar copiosas lágrimas.

No era posible en manera alguna que el conde pudiese comprender el motivo de aquel dolor tan vivo y repentino; y como ignoraba completamente la vida pasada de la marquesa, y no podía conocer los pensamientos que poco antes la agilaban, atribuyó aquel movimiento de desesperacion al pesar que le causaba la falta de su hermana.

—Compadézcala V., señora, dijo en tono humilde; es bien desgraciada, y el único criminal soy yo.

Estas palabras hicieron aun mas vivos los tormentos que sufría la marquesa, como que en aquel momento no lloraba por su hermana, sino por sí misma. En la disposicion de espíritu en que se encontraba al llegar el conde, no pensó sino en sí misma, y si se hubiera atrevido á confesar lo que la hacia llorar de aquel modo, hubiera quedado muy sorprendido el conde al saber que él era el motivo primero de aquella desesperacion.

—Conque segun eso, pensaba en su interior Mad. de Premontré, Elena, que es ya vieja en comparacion de mí, Elena, delante de la cual no tenia reparo en otro tiempo de decir que yo habia reunido toda la hermosura y talento de la familia; esa Elena, porque ha sabido mantener un poco de decoro en su vida porque ha encontrado un marido que no la abandonó al principio al fastidio y luego al desprecio, ha podido inspirar una pasion sincera y profunda á un hombre como el que tengo en mi presen-

cia! ¿Qué no ha arriesgado, y que no está pronto a arriesgar acaso todavía para protegerla y evitarla un sonrojo? Por ella lo ha abandonado todo, su casa, sus deberes, tal vez su misma carrera: todo eso ha conseguido ella, y yo, yo miserable, tan vana con mi hermosura, tan confiada en mi juventud, he tenido ocasion en que me han vendido como un gran sacrificio el de abandonar por una hora el café ó el villar en que pasaban todo el dia...

Esta comparacion entre ella y Mad. de Froben-tal fué tan cruelmente dolorosa para el corazon de Juana, que rechinó los dientes con violencia, y estuvo muy próxima á sufrir un ataque de nervios. Consiguio al fin dominar su dolor y dijo al conde con voz apagada:

—¿Y Vd. la ama mucho?

Sorprendido el conde con esta pregunta, se puso algun tanto colorado y respondió con una voz un poco trémula:

—La amo, señora, como un hombre de honor debe amar á la mujer cuya vida ha comprometido.

Aunque parecian destruidos en el corazon de Mad. Premontré hasta los sentimientos mas comunes de delicadeza, no pudo menos de comprender el verdadero sentido de la turbacion del conde de Saint-Marc, y sobre todo la verdadera inteligencia de la respuesta que habia dado. No podia dudar que M. de Saint-Marc se mostraba tan decidido á todo por una mujer á quien ya no amaba, y á quien aca-

so no habia amado nuuca; y conoció que el poder de las mujeres no está solamente en la juventud, en la belleza y en el talento, sino principalmente en el respeto que se guardan á sí mismas, aun cuando cometan una falta.

Entregada á sus propias reflexiones parecia que olvidaba el motivo con que habia venido el conde, pues le preguntó:

—¿Y hace mucho tiempo que tiene V. relaciones con Elena?

Esta pregunta sorprendió todavia mas á Adriano, el cual, sin embargo, no creyó que podia dejar de responder á ella, en la situacion precaria en que se hallaba, y mas aun que él la duquesa.

Respondió, pues;

—Hará todo lo mas un año que tuve la honra de encontrar á Mad. de Frobental, por primera vez en Mons, donde me hallaba de guarnicion.

¡En Mons! repitió la marquesa. La primera carta que recibí de mi hermana cuando estaba en esa ciudad, fué el mes de Junio último; ¡y hoy se ve obligada á venir aquí á ocultar el nacimiento de un hijo adulterino!

—Señora; esciamó el conde de Saint-Marc, por Dios, no piense Vd. mas que en su situacion.

Se levantó la marquesa, y con una espresion cruel en el rostro, y un tono solemne de desprecio añadió:

—A la verdad, la resistencia no habrá sido muy larga, ¡y me escribía cartas tan llenas de hipocresía! ¡Oh, señor conde, señor conde! ¿No es justo que cada uno pague la pena de sus faltas? ¿Debo yo salir ahora a cubrir la honra de mi hermana?

M. de Saint-Marc no conocía á la marquesa, ni sabia nada de su vida, y así fué muy fácil que se engañase acerca del pensamiento que dictaba aquellas crueles palabras; creyó, pues, que calmaria su cólera con una frase comun que imaginaba debia ser aplicable á una mujer que se mostraba tan severa, y repuso en tono sério y humilde:

=Señora, á nadie toca tanto el perdonar como á la virtud.

Madama de Premontré miró á M. de Saint-Marc para adivinar si habia querido dirigirla un amargo epigrama; pero el rostro del conde estaba tan sereno, su espresion era tan sincera, que conoció que habia hablado de buena fé. Se avergonzó, pues, del indigno movimiento á que habia cedido un instante y le dijo:

=Tenga Vd. la bondad de esperar unos minutos, caballero, que muy en breve estaré en disposicion de seguirle.

Entró, diciendo esto, en su tocador, donde la esperaba Marina; mas en vez de responder á las curiosas preguntas de su confidente acerca de la señora enferma que había llegado á casa de Juan Moline, la mandó callar y se visitó con presteza.

Mil pensamientos contrarios agitaban el corazón de la marquesa; el amor de M. de Lory había escitado en ella un retorno á mejores inclinaciones, y la llegada de M. de Saint-Marc, la noticia que le había traído, debían producir necesariamente en ella una revolución. Sin poderse explicar bien á sí misma lo que experimentaba, comprendía que iba á tomar una resolución importante y que esta dependería en gran parte de la conversacion que iba á tener con Mad. de Frobental. Impelida, pues, por un pensamiento que era puramente personal, pero que M. de Saint-Marc podía interpretar como efecto de un verdadero cariño fraternal, salió á la sala apresuradamente y le dijo:

—Vamos, señor conde, vamos.

XI.

Las buenas madres.

Una hora despues entraba la marquesa con el conde de Saint-Marc en casa de Juan Moline. Hallaron á la familia de este reunida en la cocina y supieron al momento que la forastera habia parido y que el doctor habia prohibido que nadie entrase en el cuarto de la enferma hasta que con el sosiego reanimase sus fuerzas agotadas por tantas fatigas y dolores. Madama de Premontré se sentó al lado del hogar, y entonces vió á Juan Moline, de pié y apoyado al otro ángulo de la chimenea. Bajó la cabeza la marquesa y lanzó un profundo suspiro, mas se sobrepuso inmediatamente á la turbacion que le habia causado el ver las miradas curiosas é insolentes con que la examinaba el padre de Juan Moline, y dijo friamente á este:

—¡Hola, Juan! ¿Cómo está tu mujer?

—Muy bien, respondió Moline en voz natural.

—¿Y el niño? preguntó Mad. de Premontré con acento algun tanto alterado.

—Espero que irá bien igualmente; respondió Juan arrugando el entrecejo.

Apenas habia mediado este diálogo entre el aldeano y la marquesa, se oyó por la rendija de una puerta entreabierta una voz en que se advertian la cólera y la queja que decia:

—Juan, ven acá, ven acá inmediatamente.

Juan se volvió, y dando un grito corrió hácia la puerta.

—¿Qué has hecho, desgraciada? dijo cogiendo en sus brazos á Bernardina. Te has levantado y andas con los piés desnudos por el suelo.

Diciendo así, llevó á la cama á su mujer, la cual sin reparar en que de la cocina oirian las palabras que pronunciase, respondió:

—Quédate aquí, Juan: no quiero que vayas allá fuera, no quiero que vuelvas á ver á esa mujer.

—¡Calla! dijo Moline separándose de ella para cerrar la puerta de comunicacion.

¡Juan! exclamó colérica Bernardina, echándose de la cama abajo antes que él llegase á la puerta. ¡Juan! no vayas ó haré cualquier desatino.

Moline volvió inmediatamente hácia su mujer, y la dijo colocándola de nuevo en la cama:

—No me voy, no; solo queria cerrar la puerta...

—¡Ah! replicó Bernardina. ¿Tienes miedo de que me oiga?

—Calla, calla; dijo Juan mirando hacia la puerta.

Bernardina le tenia cogido por las dos manos, y añadió:

—¡Jola! ¡Temes que crea que quieres estar conmigo! ¡Tienes miedo de amarme delante de ella! ¿No es así? ¡Ya se vé! se burlaría de tí, dirias que eres un imbécil...

—Bernardina, replicó Juan bajando la voz, tú estás loca. Bien sabes que te quiero, que á nadie quiero sino á tí...

—Pues bien, contestó ella, fijando en su marido una mirada abrasadora, dilo en voz alta, dilo bien fuerte para que ella pueda oirlo.

—Bernardina, no dés un escándalo, yo te lo suplico; si no por ella á lo menos por su hermana, á quien tanto quieres y que está muy cerca...

—Bien sabes que la duquesa no puede oirme, replicó Bernardina, cada vez mas animada. Tú eres el que teme dar un sentimiento á esa mujer. Apostaria, añadió sentándose en la cama con violencia, apostaria á que todavía la amas.

—Estás loca... calla, calla... decia Moline sin atreverse á soltarse de las manos de su mujer para cerrar la puerta, porque la queria con aquel amor que hace obediente y tímido al hombre mas implacable y resuelto.

—Vamos, continuaba Bernardina, dí que no la

quieres, dilo, dilo al momento.

=Basta, basta, exclamó Juan soltándose de su mujer y corriendo hácia la puerta.

¡Ah! ¡Es eso lo que quieres! gritó ella levantándose y echando la mano á una cuna que habia cerca de la cama.

¡Desdichada!... dijo Moline, volviendo otra vez hácia ella.

¡Y qué! gritó Bernardina entregada al mayor furor, si matase á mi hijo haria como ella y tal vez eso te agradaria.

Moline arrancó la cuna de manos de su mujer que cayó en la cama agotada por aquel arrebató de insensatos celos, y luego corrió á cerrar la puerta, sin atreverse á mirar á la cocina, para ver el efecto que habian producido sus palabras y las de Bernardina.

Mr. de Saint-Marc las habia escuchado con asombro, y es probable que no hubiera comprendido lo que significaban, si Moline, el padre, y su mujer, no hubiesen cuidado de aplicarlas á las personas á quien correspondian.

Mientras la marquesa ocultaba aterrada la cabeza entre las manos, la vieja daba á su marido con el codo y decia:

—¡Ah! mirala... bueno es divertirse... pero al fin se paga.

—¡Ah! si supiese ahogar á la Bernardina, respondia el viejo, ¡cuánto favor nos haria!

En el momento que se oyeron las últimas palabras que acusaban á una madre de haber matado á su hijo, se puso de pié la marquesa de repente, con los ojos desencajados, el rostro pálido y rechinando los dientes: la madre de Moline se levantó tambien tan asustada como la marquesa, y atemorizada por las miradas de esta, bajó la cabeza y dijo murmurando en voz baja:

—No puede ser otro que Juan quien se lo haya dicho.

Antes que M. de Saint-Marc pudiera esplicarse á sí mismo los hechos horrorosos é inauditos que revelaban aquellas palabras, se abrió otra puerta, la del cuarto donde estaba la duquesa, y se presentó el doctor Bonissens diciendo:

—Pueden Vds. entrar.

La marquesa se precipitó al cuarto y el conde la siguió á el.

Al verlos, la duquesa alargó la mano á su hermana, y dijo al conde con voz breve é imperiosa:

—Caballero, déjeme Vd. sola con Juana.

El conde, sin saber por qué se alarmó de semejante peticion, y respondió con amabilidad:

—Y ¿por qué he de dejar á Vd. sola con su hermana? ¿No puedo yo saber lo que Vd. decida?

—Es que quiero estar sola con ella; lo quiero ¿me ha entendido Vd?

—Venga Vd. conmigo, caballero, dijo el doctor, venga Vd., es preciso no contrariar á las enfermas.

Además, añadió mirando cara á cara á la marquesa, estaremos muy cerca, y podremos entrar al menor ruido.

Se retiraron el médico y el conde, y las dos hermanas quedaron solas. Miró entonces la duquesa á su hermana con mas atencion, y notando la palidéz de su rostro y el terror que aparecia en él, la dijo:

—¿Qué tienes, Juana? ¡Hasta tal punto te asusta la vista de mi desgracia, que no has sido para darme un abrazo!

—¿Qué quieres de mí, Elena? respondió la marquesa con voz cortada y desfallecida. Habla, habla pronto... Todo cuanto quieras lo haré; pero despáchate, porque no puedo, no quiero permanecer en esta casa un minuto mas. Habla... habla...

La duquesa miraba á su hermana, sin poder comprender la causa de aquel terror; pero ella misma estaba dominada por un pensamiento demasiado espantoso, para que pudiera detenerse á pedir una esplicacion, y así dijo á Juana:

—¿Quieres salvarme?

Juana no respondió sino con una señal afirmativa.

—Pues bien, tú tienes grande influjo en este país, y puedes á fuerza de dinero hacer callar á todas las personas que te rodean.

—Callarán, dijo la marquesa.

—Mas no basta eso; es necesario que nunca pueda un interés cualquiera que sea, incitarles á

romper el silencio. Puede llegar un dia en que, despues de haber vendido cara su discrecion, quieran todavía sacar partido de ella, amenazando con que revelarán mi secreto.

—¡Ah! exclamó Juana mirando á su hermana por primera vez con atencion.

—Eso no tiene duda; pero la revelacion de ese secreto solo seria temible cuando se apoyase en un testimonio... existente.

Detúvose la duquesa, y arrostrando despues las penetrantes miradas de su hermana, añadió en voz muy baja.

—Entiéndeme bien. He venido á Premontre, porque en una de tus cartas me decias que estabas muy mala, y temí que estando sola en este pais, carecieses de los cuidados necesarios.

—Te entiendo, respondió Juana.

Un accidente imprevisto me ha obligado á detenerme en esta casa, me habia engañado, por fortuna, te he enviado á buscar y has venido.

—Bien, bien.

—Me has encontrado algo indispuesta por las molestias del viaje, acompañándome tan solo un criado, á quien despediré mañana y se irá de este pais.

—Bueno, bueno.

—Quince dias despues volveré á París, y si pasados algunos años cualquiera de los que están en el secreto de lo que ha pasado aquí se atreviese á divulgarle, seria un miserable calumniador.

—Es justo, es justo, dijo la marquesa con una risa sardónica.

—Pero para poder tratar de calumnia semejante acusacion, continuó la duquesa demasiado ocupada con lo que iba á decir para observar la espresion del rostro de su hermana, para que nada pueda apoyarla ni hacerla verosímil, es preciso que no quede ninguna prueba viva de ella.

La misma insinuacion se reproducia bajo diversas formas; pero la marquesa no respondia, y la duquesa agarrando á su hermana y trayéndola hácia sí, dijo por fin con toda claridad.

—Es preciso que desaparezca esta criatura.

Apoyó Juana la mano en la frente de la duquesa, la obligó á que la mirase bien, y dejándola caer sobre la almohada con violencia exclamó:

—Estaba segura de que ibas á venir á parar á eso.

—Y qué, preguntó la duquesa volviéndose á incorporar, ¿me negarás?...

—¡Un crimen! ¡Un crimen! dijo la marquesa, subyugando á la enferma con su mirada. Un crimen! No sabes tú lo que es un crimen. Hay momentos en que se levanta delante de ti y te cierra el paso; hay horas en que se acuesta á tu lado y te abraza y te hace estremecer... hay horas en que el crimen habla desde todos los puntos á donde se vuelve la vista.

La marquesa estaba fuera de sí, y acercándose

mas á su hermana, dijo en voz sumamente baja:

—¿No has oído á Bernardina?

—Juana, Juana, no te entiendo, respondió la duquesa. ¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir que me basta con mi crimen, sin que me haga cómplice del tuyo.

—¿Cómo! ¿Tú?... preguntó la duquesa espantada.

—¡Si, yo! respondió Juana.

—¡Qué horror! exclamó Mad. de Frobenta retrocediendo.

Juana se quedó inmóvil de asombro al oír aquel grito de indignacion, y dirigiendo á su hermana una mirada amenazadora, dijo:

—¡Y acabas de proponérmelo para salvarte!

La duquesa miró friamente á su hermana y contestó:

—Es que yo tengo una reputacion intacta que conservar.

Esta respuesta en vez de exasperar á la marquesa la dejó muda, y cayó en una silla lanzando un sordo gemido. Por lo demás, aquella frase era muy cierta; era la sinceridad de la hipocresia llevada á su último extremo.

Un momento despues se levantó Mad. de Premontré y dijo con mas dolor que cólera:

—Si, si, tienes razon. Yo que estaba perdida ¿para qué habia de cometer un crimen? Era inútil. Pero á tí, que has sabido ocultar tus desórdenes con tanta habilidad que ninguno de cuantos te co-

nocen se atreveria á formar la mas leve duda acerca de tu virtud, á tí te es permitido un infanticidio... Salvaré tu honor.... puesto que tienes todavía honor que salvar.

Detúvose la marquesa, y elevando sus brazos hácia el cielo con una espresion terrible de dolor, exclamó:

—¡Dios juzgará entre nosotros! Dame, dame esa criatura, y no volverás á oír hablar de ella.

Diciendo así y sin esperar respuesta de la duquesa, cogió á la niña, la envolvió en su capa, y salió por una puerta que daba al patio.

Quedóse sola Mad. de Frobental, asustada de las palabras y de la accion de su hermana, y cuando hubo pasado un rato bastante largo, llamó para que viniesen. El doctor y M. de Saint-Marc entraron al mismo tiempo, y no encontrando en la alcoba á la marquesa, miraron con terror á todas partes, y aun el conde preguntó:

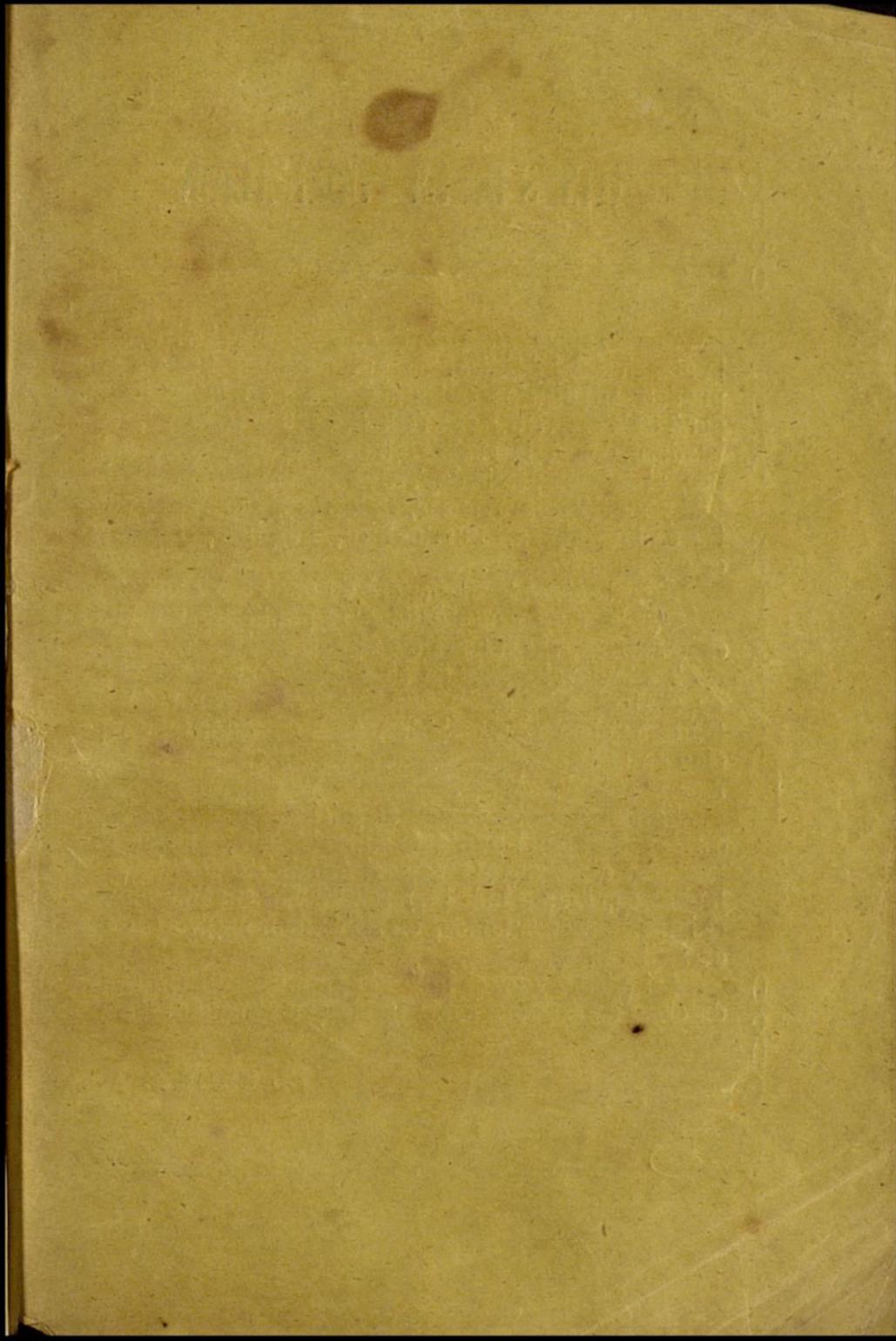
—¿Y mi hija?

—Se ha encargado de ella mi hermana, respondió la duquesa, y la buscará una nodriza á alguna distancia de aquí. Por lo que á mí hace me obligo á pagar al doctor una pension anual de mil doscientos francos para que cuide de la niña, si vive, y en el caso de que muriese, creeria no haber pagado caros los cuidados y la discrecion del doctor, aumentando la pension de dos mil francos.

El doctor Bonissens no respondió ni una palabra,

y saliendo por la puerta que habia quedado entrea-
bierta, trató de alcanzar á la marquesa. M. de Saint-
Marc se quedó solo con la duquesa, lleno el co-
razon de una sospecha tan terrible y tan ultrajosa
para aquella mujer que no se atrevia á manifestar-
la. Hizo, pues, varias preguntas á la enferma para
saber qué disposiciones habia tomado con respecto
á la niña, pero no pudo obtener otra respuesta, que
—Mi hermana se ha encargado de todo.

Algunas horas despues volvió el doctor y anun-
ció que la criatura no habia podido resistir el esce-
sivo frio que habia sufrido desde la casa de Juan
hasta la quinta de Premontré, y por consiguiente
habian desaparecido todos los indicios de aquel su-
ceso. El dia siguiente trasladaron á la duquesa á
la casa de su hermana, y en el mismo volvió á salir
para París el conde de Saint-Marc, habiendo sido
despedido delante de todos los habitantes de la quin-
ta, como un criado incapaz y torpe que habia es-
puesto la vida de su ama, confiándose á un posti-
llon borracho que habia abandonado el carruaje en
medio del camino. A los quince dias salió la duque-
sa para París, donde encontró á su marido, que la
repreñió dulcemente por la exaltacion de amor fra-
ternal que la habia movido á emprender un viage
tan peligroso.



BASES DE LA PUBLICACION



Los Dramas Desconocidos, que llamará vivamente la atención del público, se publicarán á fin de que puedan adquirirlos todas las clases de la sociedad, por TOMOS EN 8.º MAYOR DE 200 PÁGINAS, encuadernados á la rústica, buen papel y nuevos tipos, al módico precio de TRES REALES EN CADIZ, tres y medio en provincias, Baleares y Canarias y cuatro en la Habana, Puerto-Rico, Filipinas, Montevideo y Buenos-Aires.

Toda la obra se compondrá de unos 6 ó 7 tomos.

Con la mayor puntualidad se publicará un tomo cada semana, sin intervalo de género alguno.

Tanto en el punto de su publicacion como en los demás indicados, serán satisfechos el importe de los tomos en el acto de recibirlos, á fin de evitar interrupcion en la buena marcha administrativa que nos hemos propuesto seguir.

Los señores que deseen adquirir la obra y no haya corresponsal en el punto de su residencia, pueden entenderse directamente con el Administrador de esta biblioteca, (Santa Inés 14,) remitiendo cuando menos el importe de dos tomos, en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro.

Así mismo y en el indicado punto se satisfarán toda clase de reclamaciones justas que se hagan.

EL EDITOR.